

A romantic couple is shown in an airport setting. The woman, with long brown hair and wearing a grey dress and large earrings, is leaning her head against the man's chest. The man, wearing a grey suit and a light pink shirt, is looking down at her. In the foreground, a red suitcase and a black bag are visible on a luggage cart.

Jonaira Campagnuolo

Fragmentos de mí

FRAGMENTOS DE MÍ

Jonaira Campagnuolo

FRAGMENTOS DE MÍ

Copyright © 2024 Jonaira Campagnuolo

Primera Edición Octubre de 2024

SC: 2308165071858

© Diseño de portada e interior: **Jonaira Campagnuolo**

© Imagen de portada: www.freepink.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1. A ponerse las alpargatas, que lo que viene es joropo.](#)

[Capítulo 2. ¿Qué podría salir mal?](#)

[Capítulo 3. Cuando la soledad comienza a pasar factura.](#)

[Capítulo 4. Sigue buscando.](#)

[Capítulo 5. En el camino se enderezan las cargas.](#)

[Capítulo 6. No pierdas el foco, niña.](#)

[Capítulo 7. Cómo dominar a los demonios internos.](#)

[Capítulo 8. ¿Quién es la tabla de salvación de quién?](#)

[Capítulo 9. Una luz clara y fuerte.](#)

[Capítulo 10. Marcando límites.](#)

[Capítulo 11. Un hombre *tripolar*.](#)

[Capítulo 12. ¿En dónde te metiste?](#)

[Capítulo 13. Otra carga más.](#)

[Capítulo 14. Una mujer sin filtro para depurar pensamientos.](#)

[Capítulo 15. Un hombre herido.](#)

[Capítulo 16. Has creado un monstruo.](#)

[Capítulo 17. Nada está perdido en el mundo.](#)

[Capítulo 18. Hacer lo que se puede con lo poco que se tiene.](#)

[Capítulo 19. ¡Niña, deja el drama!](#)

[Capítulo 20. Reconoce tu más grande debilidad.](#)

[Capítulo 21. Visita inesperada.](#)

[Capítulo 22. Paso fronterizo ilegal.](#)

[Capítulo 23. Aprender a decir que « NO ».](#)

[Capítulo 24. ¿Quieres una cita?](#)

[Capítulo 25. Lo difícil de decir: « quédate ».](#)

[Capítulo 26. Una gran transformación.](#)

[Capítulo 27. Me gané la lotería.](#)

[Capítulo 28. ¿Y si las cosas salen mal?](#)

[Capítulo 29. Difícil de controlar.](#)

[Capítulo 30. Pinta tus cicatrices con oro.](#)

[¿Te gustó?](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

Capítulo 1. A ponerse las alpargatas, que lo que viene es joropo.

Una vez más, el fantasma nauseabundo y aterrador de los problemas aparecía para romper su existencia en mil pedazos.

Las cuentas no cuadraban, las mirase por donde las mirase. De nuevo los egresos superaban a los ingresos.

Elizabeth sabía que, de seguir así, estaría obligada a meter las manos en sus ahorros. Unos que ella había sellado a cal y canto porque esperaba que fueran su pase a una mejor vida.

—No puedo disponer de ese dinero, con él pienso marcharme de España. ¿Qué hago? ¿Qué hago? —se dijo a sí misma, con la mirada aterrada clavada en la pequeña libreta llena de números rojos que tenía en su mano.

Su salario como mesera del bar «Salchichas artesanales» ya no le era suficiente, y eso que cobraba más que el resto de los empleados gracias a que hacía muy bien sus tareas.

No solo conseguía propinas generosas, sino que los dueños la consideraban para realizar labores de supervisión y organización del personal, así como entrenamiento a nuevos integrantes. En tres años trabajando con ellos se había ganado toda su confianza.

Sin embargo, aquello ya no cubría sus gastos. Una seguidilla de situaciones complejas volvía ese dinero arena entre sus dedos, que se escurría más rápido de lo esperado.

—Elizabeth, en unos minutos abrimos el bar —le informó Giselle, la chef y uno de los dueños del establecimiento.

Al ver que la mujer salía de la cocina y se detenía junto a ella, enseguida guardó la libreta en el bolsillo frontal del delantal que le servía de uniforme y se irguió convirtiendo su cara preocupada y ansiosa en su típica careta de aburrimiento.

—Genial. Ya todo está preparado para la apertura y los dos nuevos meseros están listos para iniciar —dijo y señaló con un movimiento de cabeza a los jóvenes que esperaban nerviosos cerca de la barra.

Giselle respiró hondo al verlos y comprimó el rostro en una mueca de inquietud.

—Espero den la talla y duren más tiempo que los últimos. Se notan tan asustados... —exclamó con pesar.

Elizabeth resopló divertida.

—Es que trabajar contigo no es fácil, mujer. Eres una ogra. Das más miedo que las madrastras malas de los cuentos.

Giselle la observó un instante con los ojos muy abiertos, pero enseguida los entrecerró y se cruzó de brazos.

—Un día de estos, tu humor negro me sacará de mis casillas.

—Ese es mi plan macabro. Llevo años planificándolo —expuso y evaluó con fastidio su manicura.

La chanza hizo que Giselle mostrara una media sonrisa y relajara los hombros, que sin darse cuenta los había tenido tan rígidos como piedras de mármol.

Desde hacía varios meses su bar mantenía un ritmo de trabajo acelerado que la tenía complacida. Sus platillos de origen caribeño resultaban un éxito y sus cócteles se vendían como agua fresca en verano, pero le costaba encontrar a meseros eficientes.

Se había empeñado en dar oportunidad a jóvenes estudiantes o a extranjeros recién llegados a Valencia, ciudad portuaria de España, porque ella misma se había visto en una

situación similar nueve años atrás cuando aterrizó en ese lugar venida desde Colombia, con ganas de fortalecer sus estudios sobre cocina.

Era joven, extranjera y no tenía nada de experiencia. Le costó mucho esfuerzo, sudor y lágrimas salir adelante, más aún, al ser madre soltera de un chiquillo que para esa época solo tenía un año de edad.

—No sé si será recomendable seguir contratando a jóvenes sin referencias previas — reflexionó en voz alta.

—¿Tienes acaso un problema con tu complejo de Santa Teresa de Calcuta?

En esa ocasión, la burla de Elizabeth irritó a Giselle.

—¿Puedes dejar de bromear un instante? Para mí este asunto es delicado. Aunque por bondad intento ayudar a esos chicos, exijo cierto grado de responsabilidad.

Al ver que su jefa en verdad se mostraba angustiada por la situación de los nuevos empleados, decidió bajar sus murallas para darle una respuesta más acertada.

—Crecer no es fácil, Giselle, lo sabes. Nosotras somos expertas en el tema porque desde la adolescencia debimos asumir muchas responsabilidades, luego tuvimos que abandonar nuestros países de origen y abrírnos paso en tierras desconocidas estando completamente solas. Logramos superar todas esas situaciones gracias a que nunca nos rendimos, ni siquiera, cuando las circunstancias fueron catastróficas, y lo hicimos porque entendimos que no teníamos otra opción, era eso o morir. Esos chicos aprenderán su lección, solo tienes que darles tiempo.

—Ese es el problema. No hay tiempo —reveló triste—. El bar exige respuestas ya, si no atendemos a los clientes con seriedad no volverán. Ellos no dan segundas oportunidades.

—Tranquila, todo saldrá bien —aseguró Elizabeth retomando su actitud jocosa—. Si llegan a equivocarse, *les haré pagar muy caro sus faltas*.

Eso último lo mencionó con una voz exagerada y alzando el puño de su mano derecha cual Scarlett O'Hara en *Lo que el viento se llevó*.

Giselle intentó mirarla con reproche, pero no pudo evitar sonreír. Elizabeth de todo hacía un chiste para quitarle el hierro a los problemas, así lograba que las situaciones complejas fueran menos desagradables.

—Eres terrible. —Sonrió con poca gracia.

—En resumidas, tómame la noche con calma y dale una oportunidad a esos críos. Están asustados, pero lo hicieron muy bien en el entrenamiento y están dispuestos a dar lo mejor de sí porque necesitan el trabajo. Hace una semana llegaron de México y esta es la primera oportunidad laboral que encontraron. Estoy segura de que se lucirán —expuso con convicción.

Giselle volvió a respirar hondo, esta vez, más calmada.

—Tienes razón. No debería inquietarme sin haberles dado una oportunidad. Tengo que ser más optimista, como tú siempre lo has sido.

Después de decir aquello, se irguió e hizo brillar una sonrisa en su rostro. La charla la ayudó a desterrar los problemas de su mente y mirar con mayor confianza el porvenir. Regresó a la cocina sintiéndose aliviada.

Al quedar sola, Elizabeth volvió a resoplar y bajó los hombros con derrota.

—¿Yo optimista? —se preguntó a sí misma y sacó la libreta donde registraba sus gastos personales del bolsillo delantero de su delantal, para darle una mirada—. Maldita sea, ¿cómo voy a resolver esto? —se quejó.

Cuatro años atrás había llegado a España venida de Venezuela y pensó que había pasado su etapa de «entrar en pánico y huir», que solía afectar a los nuevos emigrantes cuando veían que nada salía como ellos lo habían planificado en el nuevo país.

En su caso, se sentía detenida, como si hubiesen clavado sus pies a la tierra mientras el mundo giraba a su alrededor a una velocidad vertiginosa.

Durante el tiempo en que estuvo trabajando en ese bar había ahorrado una pequeña parte de su salario con intención de invertir en mejoras para sí misma, algo que nunca había podido hacer estando en Venezuela, ya fuese para alquilar un piso más amplio y cómodo, para viajar y conocer España o algún destino turístico de Europa, o para pagar una carrera técnica como *bartender* y aumentar el valor del trabajo que realizaba, pero los inconvenientes parecían espiarla.

Esperaban el momento en que ella se sintiera más confiada para atacar y hacerla retroceder hasta el inicio, robando todo lo que tenía.

Cuando la vida se le volvía del color del ébano, ella huía. Por eso, la única solución que hallaba para el problema que tenía con sus finanzas era emigrar de nuevo, diseñar un plan que la sacara de esas tierras en busca de destinos que le garantizaran más ganancias.

Pero estaba bloqueada. Antes le había resultado muy fácil tomar sus pertenencias más urgentes, abandonar el resto y correr como si no hubiese un mañana. Ahora era distinto, tenía miedo y no sabía el motivo. Nunca había estado tan insegura.

No pudo continuar autoflagelándose con sus conflictos porque debía iniciar la jornada de trabajo. Las puertas del bar fueron abiertas y casi enseguida todo comenzó a moverse con aceleración a su alrededor.

Guardó de nuevo la libreta en el bolsillo de su delantal y enderezó los hombros sacando a relucir su cara de mujer alegre y descomplicada. «El show debía continuar».

No podía seguir hundiéndose en sus desgracias porque la vida, como los clientes de aquel negocio, no daba segundas oportunidades.

Horas después, regresaba agotada a su casa. Al menos, no había tenido que tomar el metro. Giselle decidió darle un aventón ya que debió quedarse hasta luego de su turno para ayudarla a cerrar el bar.

Aquella noche había estado bastante agitada y, para evitar inconvenientes, Elizabeth no solo debió cumplir con sus tareas, sino socorrer en varias ocasiones a los nuevos meseros. Estaba exhausta.

Atravesó el estacionamiento que precedía a la residencia donde se hospedaba con el cuerpo hecho un guiñapo y fumando con rapidez un cigarrillo.

La frescura de la brisa primaveral que soplabla en Valencia no le resultaba reconfortante. En ese momento, nada lo hacía. Sus angustias y su cansancio le impedían apreciar las bondades del clima.

Entró en su pequeño habitáculo, que solo contaba con una cocina/comedor de unos pocos metros y le seguía una habitación diminuta con un baño similar al de las casas rodantes, sintiéndose a salvo. Ese era su refugio. Su «baticueva», como ella lo llamaba.

Apagó el cigarrillo en un cenicero repleto de colillas ubicado sobre la encimera y pasó al baño arrastrando los pies y dejando caer su bolso en el suelo de la habitación.

Además de su trabajo en el bar, en las mañanas cuidaba a ancianos, o hacía labores de limpieza en casas de familias adineradas, por eso se sentía físicamente tan agotada. Su vida se consumía con la misma facilidad con que se pasaban las hojas en el calendario.

Luego de darse una ducha con agua caliente y ya preparada para irse a dormir tocaron a su puerta. Fue a atender al visitante en pijamas, con cara adormilada y con sus cabellos rizados aún sin peinar. No le importaba quien fuera, estaba tan cansada que no tenía ganas de disfrazarse de persona normal.

—Elizabeth, ¿podemos hablar?

Franco, su casero, era quien se encontraba al otro lado de la puerta y parecía angustiado. Ella enseguida se irguió para mostrarse más repuesta e intentó controlar sus rizos con las manos.

Temió alguna mala noticia. Sabía que la esposa del hombre estaba muy enferma.

—¿Todo bien? ¿Quieres pasar?

Él negó con la cabeza.

—Será rápido, necesito irme ya, solo vine para hablar con los inquilinos. —Su premura le produjo a la mujer una mala espina en el pecho—. Llevo días tratando de hablar contigo sobre un tema delicado, pero, o tú no estás o yo estoy muy apurado. Espero sepas disculparme por lanzarte esta noticia de forma tan repentina.

—¿Qué sucede? —quiso saber, mosqueada.

—¿Recuerdas que hace unas semanas te hablé sobre los difíciles problemas económicos por los que atravieso y las acciones extremas que debía tomar si no lograba resolverlos para antes de que terminara este mes?

El miedo que la ducha caliente había relajado comenzó a palpar de nuevo en su interior.

Las tragedias nunca venían solas. Las muy miserables fustigaban en equipo.

—Elizabeth, mis esfuerzos fracasaron —dijo el hombre con desesperación y con los ojos llenos de lágrimas de vergüenza—. En el banco no me dieron el crédito que solicité para cubrir el pago de las facturas del hospital de mi esposa y la novia de mi hijo quedó embarazada, él no podrá darme una mano con los gastos. Tengo que vender esta casa sí o sí.

Ella cerró los ojos un instante y respiró hondo para llenarse de valor.

—Me habías advertido que eso pasaría, solo tienes esta propiedad y tu pequeño departamento como soporte —respondió con sequedad.

—Lo lamento mucho, corazón, pensé que podía evitarlo —se quejó—. Sé que te prometí que haría lo posible para...

—Franco, ahora la salud de tu esposa es lo primordial. Si no pagas esas cuentas, a Jimena no la seguirán atendiendo como se lo merece. —El hombre comprimió el rostro en una mueca de incomodidad—. Hace semanas, cuando me comentaste de la posibilidad de que esto sucediera, busqué un lugar donde quedarme —mintió, para evitar su lástima—. Dime cuánto tiempo tengo para mudarme.

Franco se encogió de hombros, parecía estar a punto de llorar.

—Una semana —confesó entre dientes.

—¿Una semana?! —exclamó Elizabeth, indignada.

—¡Perdóname! —exigió el hombre con sincero pesar—. Debí avisártelo hace días, pero no pude. Los problemas financieros y la mala salud de Jimena me tienen al borde de un precipicio —reveló extenuado—. Como te dejé poco tiempo para prepararte y sabiendo que en estos días es difícil conseguir donde mudarse, quería pedirte que aceptaras mi oferta de...

—Una semana —dijo con firmeza, para interrumpirlo.

Sabía lo que él iba a hacer, lo conocía bien, y no estaba dispuesta a aceptar migajas de nadie. Odiaba que la compadecieran.

—Perdón, Elizabeth —suplicó él—. Encontré un comprador dispuesto a darme más de la mitad del valor de la casa por adelantado y el resto en unos pocos meses. Él necesita con urgencia un lugar para trasladar las oficinas de su empresa, porque el edificio que arrenda van a demolerlo. Con ese adelanto garantizaré la continuidad del servicio de salud para Jimena —habló, en medio de un suspiro—. Como era algo que venía sospechando, no renové este mes el contrato de la mayoría de los inquilinos y muchos ya se fueron. Solo quedas tú, la pareja de

alemanes del apartamento dos y la bailarina que vive en la planta alta. Los alemanes ya me había dicho que se volvían a su país por asuntos familiares y tienen todo empacado, en dos días se van; y la bailarina lleva meses gestionando su traslado a Madrid y al fin obtuvo su oportunidad, también está por irse. Quedas tú —dijo eso último cabizbajo.

Elizabeth respiró hondo sintiéndose arrasada por los inconvenientes. Había pillado que sus vecinos se iban de a poco de la residencia desde que Franco les había comentado de la posibilidad de venta de esa casa, ella fue la única que se durmió en los laureles.

Sus problemas personales la hicieron olvidarse de aquella situación convirtiendo ese asunto en otra carga que debía soportar sobre sus hombros.

—Franco, no tienes que justificarte conmigo —respondió—, solo me sorprendió que el tiempo disponible para mudarme fuese tan corto. Pensé que me darías, al menos, un mes.

—Me urge el dinero, Elizabeth. Llevo atraso con las facturas y no puedo desaprovechar esta oportunidad que me ha caído del cielo —explicó, dolido—. Por eso quiero ofrecerte la posibilidad de quedarte en mi departamento mientras encuentras algo. Tenemos espacio en la sala y Jimena estaría encantada de tenerte...

—De verdad, gracias por la confianza —lo interrumpió—, pero ya encontré donde quedarme —volvió a mentir.

—¿De verdad? —consultó desconfiado—. Si consideras que una semana es muy poco tiempo para una mudanza, puedo intentar conseguirte más días con el nuevo...

—No —volvió a dificultar su explicación. Esta vez, con mayor firmeza—. Me iré en una semana. Tengo todo casi listo.

—Elizabeth... —quiso intervenir él, al dar una ojeada al interior del departamento y ver que ella no tenía nada empacado.

—Una semana, Franco —lo calló de nuevo y cerró un poco la puerta para que no mirara el interior desordenado de su departamento—. Por favor, preocúpate por la salud de tu esposa y por las deudas que te quedan pendientes. No por mí.

—Es que... más que una inquilina, te considero mi amiga —expuso sincero.

De todas las personas que habían pasado por su residencia, con ella había logrado una mejor relación. Le encantaba su eterna alegría y su positivismo.

—Y gracias por eso. Yo también los considero a tu esposa Jimena y a ti mis amigos, pero ahora los conflictos los agobian, piensen en ellos, y en el nieto que está en camino.

La mención de esa buena noticia transformó el rostro del hombre y lo llenó de esperanzas.

—Aunque ese embarazo complica un poco las cosas, nos renueva las energías. Jimena está tan feliz que ha estado con más ánimos. Otra vez habla del futuro y no de la muerte.

—¿Te das cuenta? En eso debes enfocarte. Yo estaré bien, en unos días me iré a mi nueva residencia y tú podrás cancelar tus deudas más grandes.

La sonrisa de Franco era temblorosa. Aunque el hombre trataba de confiar en las palabras de ella, tenía sus dudas.

En esos tres años había podido conocerla casi a la perfección, notando lo buena que era para ocultar sus emociones, pero sus problemas eran tan grandes que no podía echarse sobre los hombros otra carga más. Si no cancelaba sus deudas, su esposa no recibiría la atención médica indicada y su estado se deterioraría rápido.

Sintió alivio de que ninguno de sus inquilinos le hiciera algún problema por la repentina venta de esa casa, eso le confirmaba que había recibido a personas comprensivas.

—Gracias. Espero que sepas que, aunque cerraremos el contrato de alquiler, siempre podrás contar conmigo. Tienes como contactarme.

—Lo sé —respondió ella con una sonrisa sincera y le dio un abrazo antes de despedirse.

Al cerrar la puerta, apoyó la espalda en la madera permitiendo que sus ojos se llenaran de lágrimas.

—Bueno, Elizabeth, *a ponerse las alpargatas, que lo que viene es joropo* —se dijo a sí misma, usando un refrán venezolano que hacía referencia a que debía aceptar que no tenía más opción que prepararse para lo que se venía.

Llorar no la ayudaría en nada.

Engañó a Franco haciéndole creer que tenía donde quedarse y rechazó su oferta de asilo porque odiaba dar lástima. Ahora debía moverse rápido para conseguir un lugar que no fuese tan costoso, así no perdería todos sus ahorros ni se vería obligada a dormir de nuevo en la calle, como tuvo que hacerlo cuatro años atrás al llegar a España.

Debía aplicar una capa extra de pegamento a su alma fragmentada para evitar que se hiciera añicos por culpa de los inconvenientes y hacer brotar su espíritu de guerrera.

Era eso o se vería sumergida en serios problemas, y quizás en esta ocasión no tendría el mismo ánimo del pasado para salir del hoyo.

Capítulo 2. ¿Qué podría salir mal?

Elizabeth había llegado a España desde Venezuela cuatro años atrás. Dejó su palpitante Caracas para vibrar al ritmo que imponía el viejo continente. Atrás quedaron su madre y sus dos hermanos menores, producto de un segundo emparejamiento.

No solo se fue escapando de la crisis económica que asfixiaba a los países latinoamericanos, sino también, de su crisis existencial. Y no había ido sola. Walter, su novio, fue quien la convenció de llevar a cabo aquella aventura.

El plan era trabajar en ese país por un año, viviendo arrumados en la casa de un amigo de su novio para reunir dinero y luego regresar a Venezuela a establecer juntos un negocio de venta de hamburguesas y cachapas (tortillas o panqueques de maíz tierno rellenas con queso blando).

A ella le pareció viable la propuesta. En Caracas se sentía perdida, sin un rumbo claro que seguir, y por más que trabajara, el dinero que ganaba solo le alcanzaba para sobrevivir y darse esporádicos caprichos.

A pesar de que entre ellos dos ya no existía un amor que superara barreras, su propuesta la sintió como un alivio. Anhelaba escapar de aquella realidad agobiante.

Desde que su madre la había echado de casa, teniendo diecinueve años, vivía como un bote de vela perdido en alta mar: solo movida por el viento.

Pasaba temporadas en casa de familiares o de amigas, rodando de un lado a otro hasta que se volvía un estorbo. Trabajaba en tiendas, bares o merenderos, ganando solo lo justo para no morirse de hambre. Hasta que decidió irse con Walter a la casa de la familia de él, a vivir reclusos en un cuarto pequeño que debían compartir con un montón de trastes.

—Estaremos bien, Eli. Jonathan está en Madrid con su novia desde hace varios meses, reparte pizzas en una moto y cobra bastante bien, cinco veces más de lo que pagan aquí por el mismo trabajo. Podemos vender el televisor y varias de nuestras pertenencias para completar los pasajes —propuso el hombre una madrugada en que tuvieron que quedarse fuera de la casa, porque el padre de Walter había llegado borracho de un encuentro con sus amigos.

Cuando eso sucedía, el hombre se volvía violento. Solía gritar, romper cosas y meterse en las habitaciones buscando a alguien con quien trenzarse en una pelea.

Si no querían verse involucrados en un problema con él, debían salir de la casa y esperar a que la madre de Walter lo calmara y lo convenciera de irse a la cama. Una vez dormido, era posible regresar.

Ambos estaban sentados en la acera. Soportaban el frío porque no habían tenido tiempo de llevar consigo abrigo. Elizabeth estaba ansiosa por ponerle fin a esa pesadilla casi diaria, pero no tenía otro lugar a donde ir. Por eso la idea de marcharse a España la animaba y asustaba al mismo tiempo.

—¿Madrid? ¿Eso no es muy lejos? —inquirió, insegura.

Tenía amigas que se habían ido a Perú y otras a Ecuador, y unos primos que, con esfuerzo, consiguieron visa para irse a Estados Unidos, pero nadie cercano a su círculo había cruzado el océano. Solo amigos de sus amigos, o conocidos de su novio.

—Es Europa, cariño, ¡el primer mundo! —exclamó Walter para convencerla—. Allá ganaremos bien y cobraremos en euros, que aquí valen una fortuna. Cuando regresemos montamos nuestro negocio de comida, ese con el que tanto hemos soñado, y alquilamos un piso para nosotros solos. Estaremos más cómodos.

Elizabeth pensaba en la ida y en la estadía, dos situaciones que la ponían nerviosa porque no tenía suficiente dinero para defenderse y estaría sola en una tierra desconocida y lejana, sin posibilidad de volverse caminando si algo salía mal.

Le resultaba imposible especular con el regreso, en volver con una «fortuna» en los bolsillos para construir un negocio con el que solo soñaba Walter, porque sus noches solían estar agobiadas por pesadillas o fantasías frustradas, no con ideas para el futuro.

Esa parte del plan se difuminaba en su mente. Por más que se esforzaba le era difícil verlo y eso la llenaba aún más de terror. ¿Sería acaso una nefasta premonición?

A pesar de sus miedos e inseguridades aceptó la propuesta, vendió todo lo que pudo y se subió a un avión con solo una maleta en la mano. Su cuerpo temblaba de forma sutil y disimuló su estado volviéndose arisca.

No dejaba que Walter la abrazara ni que la tomara de la mano para que no descubriera lo asustada que estaba. Siempre mantuvo una actitud firme y determinada, revelando, en su intimidad, sus angustias.

Cuando fue a despedirse de su madre recibió un trato frío e indiferente que la hizo sentir miserable.

—¿España? ¿Y crees que allá lograrás algo? —le dijo la mujer cuando hablaron del tema — Si aquí no has logrado nada, teniendo a amigos y familiares a tu alrededor que siempre te tienden una mano, allá obtendrás mucho menos. De seguro, en tan solo unos meses estarás de regreso y más arruinada que ahora.

Los buenos deseos de su madre se le clavaron en el pecho como espinas, unas que debió soportar en silencio mientras preparaba todo para el viaje y se subía al avión.

No tenía con quien desahogar sus heridas. Walter nunca la entendía y hasta la acusaba de dramática y rencorosa si lo conversaban.

Cuando el avión despegó, creyó que moriría. Aquella era su primera vez y tuvo que tragarse sus dudas e inquietudes para no aparentar debilidad.

Cuando al fin estuvieron en el aire, fue al baño y vomitó lo poco que había comido ese día y derramó gruesas lágrimas de pena. Sintió como si le hubiesen arrancado una parte de sí misma que quedó atrás, en su país.

Esa sensación fue similar a la que experimentó cuando su padre se había marchado de casa, teniendo ella solo seis años de edad, o cuando él murió por un ataque al corazón siendo una quinceañera.

O cuando su madre le gritó a la cara, al cumplir los dieciséis, que no podía ser una carga y debía salir a la calle a trabajar como todos los demás, porque ya su padre no estaba para ayudarlos y había otras bocas que alimentar, las de sus hermanitos menores.

O cuando le pidió desalojar su habitación a los diecinueve porque ya estaba muy grande para vivir bajo el techo materno y su segundo esposo quería usar el espacio, que daba al exterior, para montar una tienda de víveres porque la empresa donde trabajaba había cerrado y él quedó sin empleo.

Aquel viaje representaba un gran cambio y desgarraba de su ser esa parte que debía dejar atrás, esa que añoraba el amor de su familia, que sufría por la pérdida y estaba aterrada por el futuro, pero que le complicaría la transformación si no la desechara.

Se rompía a pedazos, como si fuese una naranja a la que poco a poco le quitaban la cáscara hasta dejarla en carne viva.

Al llegar a Madrid era otra persona, había logrado cruzar una frontera personal y emocional de la que no tendría retorno. También se había profesionalizado en la construcción de

caretas, se volvió una experta en el arte de ocultar sus verdaderos sentimientos.

Se sentía más fuerte y decidida, más capaz para enfrentar nuevos retos. Pensó que tenía lo suficiente para salir ilesa de esa experiencia, que nada podría salirle mal, porque lo peor ya lo había experimentado, pero se confundió.

Todo lo que podía salir mal, lo hizo con estilo.

Las primeras semanas fueron catastróficas para Elizabeth y para Walter. Llegaron a Madrid creyendo que se comerían al mundo, sin imaginar que el mundo se los engulliría en tan solo semanas.

El tal Jonathan no pudo refugiarlos por mucho tiempo. Tuvo problemas con su casero por recibir a otros sin haberlo consultado antes. Debieron buscar un albergue para inmigrantes, pero todos estaban llenos.

Por varios días durmieron en la calle, hasta que un trabajador social los ayudó a conseguir asilo y un empleo que les asegurara la comida.

Lo peor vino cuando llegó el invierno, ninguno de los dos estaba preparado para aquella realidad. Nadie les había hablado de las temperaturas bajo cero, del tipo de abrigo que debían usar en esas épocas o de la forma en que se transformaba la rutina de los españoles cuando los días se hacían más cortos y helados.

En Caracas, la temperatura rara vez bajaba de los quince grados Celsius, pero en Madrid llegaba a tener valores negativos y eso para ellos resultó terrible.

La vida en ese lugar les pareció una montaña rusa, muy extrema. No solo Elizabeth enfermó por culpa del clima y del estrés, complicando su posibilidad de trabajar, sino también Walter.

Semanas después de haber aterrizado en esas tierras, él ya hablaba de regresar, tema que angustiaba a Elizabeth. Empezar aquella aventura no le había resultado nada fácil, tuvo que desprenderse de muchas pertenencias personales para completar el costo del pasaje, si regresaba, sin haber logrado nada en ese país, quedaría en una situación peor a la que había tenido antes de marcharse de Venezuela.

Cumpliría así con la predicción que había hecho su madre: «en tan solo unos meses estarás de regreso y más arruinada que ahora».

¿Qué le esperaba en su país? ¿El rechazo de su familia? ¿La indigencia? ¿Vivir por siempre dependiendo de Walter y de la caridad de la familia de él? ¿O rogar por la compasión de sus amigas hasta que volviera a sostenerse por sí misma?

En Madrid había logrado que la contratara por horas una empresa de mantenimiento a domicilio, que la enviaba a diversos hogares para limpiar casas, zonas comunes en edificios o instalaciones públicas. No era un trabajo estable, pero ganaba algo de dinero, solo debía esforzarse por ahorrar y aprender a soportar las inclemencias del clima.

Si había logrado superar todos los baches que le había impuesto la vida, con ese no se rendiría, al menos, no tan rápido. Era una guerrera.

Así que decidió quedarse sola, sorda a los ruegos e insistencias de Walter. A los pocos días no tuvo otra compañía en aquel lugar que a sí misma y el miedo que no dejaba de palparle en las venas.

Había que ser muy valiente para vivir solo, para soportar el peso del silencio y la frialdad del vacío, donde solo se escuchaban los ecos de los recuerdos y habitaban los fantasmas del pasado. Pero Elizabeth había practicado mucho desde hacía varios años, aquella no había sido la primera vez que se enfrentaba al monstruo de la soledad.

Se mantuvo lo más erguida posible, llorando a escondidas su pena, ocultando tras una cara

indolente su hambre y sus temores.

Vivió por meses y por voluntad propia en la más ruda carencia, gastando solo en lo primordial, de esa manera reunió la mayor cantidad posible de dinero con el que pudo poner en orden su estadía en ese país.

Llegó a adelgazar más de veinte kilos y sufrir de dolencias que antes no había experimentado, pero igual no cayó doblegada.

Los venezolanos que pasaron por el albergue donde se residenciaba le hablaron muy bien de Valencia. Aseguraban que esa era una ciudad mucho más pequeña y no tan agitada como Madrid, y en ella los gastos diarios y de alquileres eran menos costosos.

En ese tiempo Elizabeth había logrado reunir una pequeña suma, pero si se quedaba allí, casi todo se le iría en alquileres. Era hora de buscar otro puerto y el valenciano parecía una opción razonable.

Su jefe, gracias a su buen desempeño, le facilitó los datos de dos compañías de mantenimiento parecidas a la suya en esa ciudad, para que solicitara empleo, y le entregó una referencia que le serviría de aval. También le dio el contacto del amigo de un amigo que alquilaba anexos a parejas sin niños o personas solas, así conoció a Franco.

Un año después de su llegada a Madrid se mudaba a Valencia. Otra vez sintió un desgarré en su alma, una mutación. Parecía que su vida no se cansaba de experimentar cambios y desprendimientos.

Al poco tiempo de estar allí, supo que esa había sido hasta ahora la mejor decisión que había tomado, porque casi enseguida conoció a mucha gente maravillosa que le tendió una mano y la ayudó a seguir adelante.

Como Giselle, quien una vez contrató a la empresa de mantenimiento para la que ella trabajaba para que le limpiaran el local que recién habían adquirido y donde montaría su bar «Salchichas artesanales», junto a otros dos socios.

Ambas tuvieron buena química desde que se conocieron. Las dos debieron pasar por calvarios diferentes, pero la soledad y frustración que experimentaron eran las mismas.

Elizabeth no se lo pensó dos veces para aceptar la oportunidad que la mujer le ofreció en su bar como segundo empleo, necesitaba algo más estable. Sin embargo, las buenas experiencias inevitablemente tenían fecha de caducidad y su tiempo en Valencia parecía llegar a su fin.

Lo que una vez le había resultado una buena salida a su difícil situación, ahora comenzaba a complicarse. De nuevo su economía estaba apretada y no tenía un lugar donde vivir.

Miró con tristeza su «baticueva», que ahora se mostraba casi vacía. Esa noche no había dormido por empacar la mayoría de sus pertenencias, para que estuviesen listas al momento de encontrar un sitio a donde mudarse.

Afuera amanecía, un nuevo día se presentaba en el horizonte. Los rayos del sol se escurrían por entre las cortinas para mostrarle su triste realidad, una que se repetía muy a menudo: cajas apiladas, silencio y soledad. Un espacio lleno de incertidumbres y sombras.

—¿Cuándo dejará de suceder esto? —se preguntó a sí misma, frustrada.

Se había sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas cruzadas en posición de loto. Entre sus manos, su teléfono móvil daba vueltas sin parar y vibraba por culpa de decenas de mensajes que llegaban uno tras otro.

No quería responder, deseaba hacerse invisible. Por más kilómetros que impusiera entre ella y sus inconvenientes, estos seguirían acosándola. Nunca lograría ser libre.

Capítulo 3. Cuando la soledad comienza a pasar factura.

Esa noche, en el bar «Salchichas artesanales», Elizabeth procuraba realizar su jornada sin mostrar su creciente preocupación. Para su suerte, los nuevos meseros le dieron trabajo qué atender, porque cometieron algunos errores que ella debió solventar sin que nadie lo notara. Aunque luego los reprendía indicándoles cómo debían actuar en esas situaciones.

Al finalizar la jornada, la aparición de su amiga Malena la ayudó a dibujar una sonrisa sincera en su rostro y alivió un poco sus cargas. Aquella morena de piel acaramelada, venida también de Venezuela, siempre aparecía en sus días más sombreados llenando con su luz cada rincón.

—¿Cansada?

—Para nada, soy autorecargable. ¿Qué planes tienes para hoy? —dijo Elizabeth mostrando un ánimo renovado.

—Vengo a invitarte a tomar una cerveza irlandesa. Dicen que son buenas para el estrés.

—¿Estás estresada? —preguntó con chanza.

—¿Quién no?!

Ambas sonrieron con pesadez y salieron del establecimiento. Ese día Giselle tenía ayuda para cerrar el negocio, así que Elizabeth se dio el gusto de ir por un trago sin remordimientos.

Entre risas, y charlando de anécdotas graciosas de su día, caminaron hasta un bar irlandés cercano que se había convertido en su favorito y cada una pidió una jarra de la mejor cerveza del lugar.

Se sentaron en una mesa cercana a una ventana para conversar mientras Elizabeth fumaba un cigarrillo.

—¿Cómo van tus cosas con Sergio? —interrogó ella cuando ya estuvieron instaladas y refiriéndose al novio de su amiga, quien además era uno de los socios de Giselle en el bar.

—Genial, con él todo es maravilloso —reconoció Malena en medio de un suspiro enamorado. Eso hizo que Elizabeth pusiera los ojos en blanco, le pareció una muestra cursi de amor.

—Entonces, ¿a qué se debe esa cara de mujer apaleada y arrastrada por cuatro calles?

Malena agrandó los ojos en su máxima expresión.

—¿Tan mal me ves?

—Más o menos —reveló Elizabeth con picardía, así logró que su amiga torciera una sonrisa como si el gesto le costara realizarlo por pereza.

—Ya sabes que en mi vida no puede faltar el drama.

—¿No me digas que Antonio sigue atormentándote? —preguntó en referencia al exmarido de Malena, de quien aún se estaba divorciando.

—¿Cómo sabes que él es el culpable?!

—Desde que te conozco él siempre ha sido el culpable —respondió con obviedad y le dio una calada a su cigarro.

Malena suspiró con agobio.

—Le ha dado por llamarme —confesó con desánimo—, y visitarme cada fin de semana. Me invita a salir usando como excusa el tiempo que le corresponde compartir con Alejandro, pero incluyéndome en los planes, y ya no sé cómo rechazarlo sin dejar de ser diplomática. No quiero crear un conflicto con el padre de mi hijo.

—¿Será que Antonio quiere recuperar a su esposa? —bromeó Elizabeth observándola con fijeza.

—¡No! —rebatí molesta—. Lo que pasa es que está solo y a los millonarios, dueños de la empresa para la que trabaja, les gusta promover la vida familiar. Es decir, Antonio necesita de una familia para seguir ganándose su preferencia. Como dejó a su noviecita, ahora viene a buscarme.

—Como dicen los españoles, tu esposo es todo un capullo —comentó con tono de burla y fumó de nuevo.

Malena volvió a suspirar mostrándose extenuada.

—Aunque he tratado de manejar su insistencia lo mejor posible, Sergio se ha dado cuenta y, a pesar de que no me ha dicho nada, empieza a mostrar su incomodidad. He tenido que mantenerlo alegre estos días para que no se enfade y yo termine con otro lío en mi vida. Además de Antonio, mi hijo ha estado recargado de trabajo en el instituto y he tenido que ayudarlo, y Luciana, mi hermana, que tan solo tiene unos meses en este país, ya anda sufriendo por un español que le rompió el corazón y también me toca consolarla —reveló con fastidio—. A todo eso súmale la enorme carga de trabajo que tengo en el estudio contable donde trabajo y la colaboración que le presto a Sergio con la contabilidad de sus negocios. En fin... —culminó suspirando de nuevo—, creo que arrastrada por cuatro calles es muy poco, yo incluiría unas dos calles más.

Elizabeth sonrió con sarcasmo.

—Tú eres como Giselle, aman cargar sobre sus hombros los dramas de todo el que les rodea y luego se quejan por el estrés. No saben decir «No» a nada.

—¡Eso se llama solidaridad! —terció Malena como reprimenda.

—¡A eso los españoles de dicen gilipollez! —soltó Elizabeth y tomó su cerveza—. Tienen que aprender a soltar, a romper cadenas —expuso antes de darle un trago a su bebida.

Malena la observó con atención.

—¿Y por qué tú no cumples con tu consejo?

La pregunta casi logra que Elizabeth se atragante. Dejó el vaso en la mesa y tosió para recuperar el habla.

—Soy fiel seguidora de mis consejos.

—Entonces, ¿a qué se debe tu rostro acontecido de estos días?

Elizabeth quedó paralizada, jamás había fallado en su tarea de ocultar sus emociones, por eso le sorprendía aquella duda de su amiga.

—¿De qué hablas?

Luego de observarla un instante de forma evaluativa, Malena asumió una pose defraudada.

—Pensé que me tenías confianza.

—¡Y la tengo! —expuso Elizabeth, indignada.

—Entonces, ¿por qué te haces la desentendida? —El silencio fluyó un instante entre ellas mientras se debatían con la mirada, hasta que Malena lo rompió—. He notado que has estado muy preocupada, y eso que apenas nos vemos una o dos veces por semana. Giselle me comentó lo mismo, que en ocasiones te ve taciturna, o muy enfadada. Suponemos que esos cambios se deben a que tienes algún problema, pero no sabemos por qué te cierras a nosotras.

Elizabeth emitió una risa falsa antes de hablar.

—Ustedes no son las salvadoras del mundo. Acabas de enumerar la gran cantidad de problemas que tienes en casa y en el trabajo y sé que Giselle está saturada con el manejo de su negocio, ¿qué hacen pendientes del resto de los mortales?

—No hablamos de simples mortales, sino de ti. ¡Eres nuestra amiga, nos importas!

—Soy una persona cabal y lo suficientemente madura como para manejar mis propios problemas, de la misma forma en que lo hacen ustedes. No tienen por qué preocuparse —dijo con altanería antes de dar un trago a su bebida y dejar el vaso con cierta rudeza en la mesa reflejando en su cara un semblante molesto.

El enfado que Elizabeth sentía no era por la forma en que sus amigas pretendían meterse en su vida, sino por haber fallado en su plan de ser discreta con los asuntos que la agobiaban.

Hubo otro incómodo silencio antes de que Malena hiciera una nueva intervención.

—No nos consideres unas metiches, solo... estamos preocupadas por ti, porque te queremos.

Aquello fue como una puñalada al estómago. Elizabeth apretó la mandíbula para controlar el creciente disgusto que sentía consigo misma.

¿Cuándo fue la última vez que alguien le decía algo tan bonito?

No podía ser tan miserable con las personas que le regalaban su cariño y su grata compañía en aquel mundo tan solitario.

Dio una profunda calada a su cigarro antes de hablar.

—El marido de mi madre la abandonó para irse a Italia, huyendo de la crisis que hay en Venezuela, y ella pretende que ahora yo la mantenga, a ella y a mis dos hermanos menores, a pesar de que sigue diciendo que soy una fracasada *por no tener a mi lado a un hombre que me represente* —dijo eso último remedando la voz de su madre.

—¿A un hombre qué te represente? —preguntó Malena, extrañada.

Elizabeth puso los ojos en blanco y suspiró con agobio.

—Sí, ella es de las que piensan que si no te casas antes de los veinte y enseguida activas tu fábrica de hacer niños, no tienes una función real en el mundo. Además, aún no me perdona que me haya quedado sola en España sin Walter. Aunque lo odia, porque lo considera un don nadie, dice que él es mejor a estar sola.

—¿Es mejor seguir al lado de un sujeto que te abandona ante el primer problema y sin sentir remordimientos? Porque me contaste que él no volvió a llamarte luego de regresar a Venezuela.

—Así es mi madre —expuso y alzó los hombros con indiferencia.

Malena resopló.

—Pero igual te llama para pedirte ayuda —pronunció con sarcasmo.

—No paro de cometer errores que la avergüenzan, pero ahora soy la que tiene la posibilidad de impedir que se muera de hambre. Insiste en que regrese al país para ayudarla o le envíe mensualmente dinero. —Elizabeth miró con rabia la cerveza que quedaba en su vaso, como intentando hallar en su interior respuestas a las grandes incógnitas que por siempre la habían acompañado—. En fin... es mi madre y no tengo corazón para negarme a darle una mano aunque me moleste su actitud, pero me pide más dinero de la cuenta complicando mis finanzas. Por eso he estado un poco ida y enfadada estos días. Es todo.

Resumió de esa forma su situación, sin animarse a hablar de sus otros problemas. Si le contaba a Malena sobre su urgente necesidad de conseguir un sitio dónde quedarse, sin invertir mucho, esta querría resolverle todos los asuntos empeorando su vida.

No podía seguir recibiendo la caridad de otros, tenía que cortar esa cuerda cuanto antes y salir por su cuenta de ese atolladero. En caso contrario, seguiría sintiéndose anclada en un círculo vicioso en el que se mantenía desde que había decidido abandonar su país.

—¿Y por qué no nos habías contado nada de eso?

—Porque ya ustedes tienen demasiadas complicaciones encima.

—¿Acaso nos estás pidiendo dinero o un favor?! —La inquietud de su amiga hizo sonreír con pesar a Elizabeth—. Para eso son estas escapadas a tomar cerveza irlandesa, para desahogarnos. Yo aprendí este último tiempo que desahogarme con amigas me ayuda a soportar mejor las cargas y a pensar con claridad.

Elizabeth reflexionó esas palabras. Era cierto que se sentía menos tensa al contar uno de sus tantos problemas, pero su alivio no era total porque seguía ocultando sus situaciones más preocupantes.

El repique del teléfono móvil de su amiga la salvó de disculparse y poner más dramática la conversación.

—¿Es Sergio? —preguntó al verla revisar sus mensajes con una sonrisita tonta en el rostro.

—Terminó su reunión con Giselle. —Malena se mordió el labio inferior antes de continuar, dando a entender que estaba a punto de decir una picardía—. Hoy iremos a su casa para celebrar. Alejandro se quedará esta noche con mi hermana Luciana.

—¿Celebrar, qué?

—Que cumplimos seis meses juntos —reveló emocionada.

Elizabeth hizo un gesto teatral de dolor en el pecho que desató una carcajada en su amiga.

—Creo que me dio un coma diabético por esa declaración tan empalagosa.

—¡No seas mala! —se quejó Malena sin parar de reír.

—¿Por qué ustedes son tan... cursis? —dijo antes de terminar de fumar su cigarro.

—Ahí, amiga, es que... —El rostro de Malena estaba tan iluminado por la felicidad que encandilaba. Sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría y refulgieron como diamantes—. Estoy enamorada —reconoció feliz.

—¿Y es la primera vez que lo estás? —preguntó Elizabeth con las cejas arqueadas.

—No, yo... de Antonio también me enamoré, pero... no me ENAMORÉ —expuso engrandeciendo la última palabra con su tono y con gestos de sus manos—. Este amor es un amor más grande, más profundo, más...

—Es que con Sergio todo es más grande —comentó Elizabeth con segunda intención para rebajar un poco el éxtasis que dominaba a su amiga, quien parecía estar a punto de flotar por culpa del amor como si fuese un globo lleno de helio.

—¡No es eso! —gritó Malena dándole un manotazo en el hombro—. No sé cómo explicarlo, es algo muy especial. Él es mi amigo, mi igual, mi compañero, mi loco amante, mi secuaz... Eso ha llevado nuestra relación a un nivel mucho más íntimo. Con él no necesito tener caretas, ni justificaciones, porque me entiende, me alienta y siempre está allí, sin imponerse, ni limitarme, sin robarse mi espacio o entrometerse, sabiendo que yo estoy allí también, para él.

Por un instante Malena calló, dejando perder su mirada soñadora en la nada, quizás, en recuerdos amorosos y felices. Su actitud confundió un poco a Elizabeth, le costaba entenderla porque jamás había experimentado una relación a esa profundidad.

Lo que había tenido con Walter no podía definirlo de amor. Sí llegó a existir cariño, pero nada lleno de intensidad. Con los hombres con los que había salido antes que él, e incluso, después, tampoco había sentido tal conexión.

La evitaba porque le rehuía al compromiso. Le era suficiente con el acuerdo de supervivencia que tenía consigo misma.

—Ya verás, amiga. Me entenderás cuando te enamores. Cuando las mariposas comiencen a bailar dentro de tu estómago y te sientas dichosa.

Elizabeth se irguió demostrando altanería y se tomó lo que quedaba de su cerveza de un

solo trago.

—Hora de irse.

—¿Por qué?! —preguntó Malena pensando que su amiga se había molestado al sacar a relucir el tema del amor.

—¿No tienes una celebración romántica pendiente?! —apuntó Elizabeth con fastidio.

—Ah, cierto —respondió la otra y enseguida saltó de la mesa para llamar al mesero y pagar la cuenta.

Entre risas y bromas pesadas regresaron al bar en busca de Sergio. Luego ellos acercaron a Elizabeth hasta su «baticueva» antes de irse a su fiesta privada.

Los vio alejarse sintiendo una extraña molestia en el estómago que se negaba a reconocer como envidia.

Ella estaba feliz por los logros alcanzados de su amiga, que obtuvo luego de haber derramado muchas lágrimas de pena por la traición de su esposo, pero comenzaba a sentirse muy sola.

Encendió un cigarrillo y subió a su piso procurando olvidar esas desagradables sensaciones.

Capítulo 4. Sigue buscando.

Las mañanas de los miércoles, Elizabeth cumplía con un trabajo que venía realizando desde hacía dos años y era uno de los que más le encantaba.

—¡Se murió, te juro que está muerta!

—¿Por qué mejor no te apartas de la ventana, Guille? —pidió ella desde la cocina, donde terminaba de preparar un atol de avena para la merienda de Guillermina Catalina Ibáñez de Rocca, la abuelita de Hugo Rocca, el segundo socio de Giselle en el bar «Salchichas artesanales».

Guillermina, o Guille, como dulcemente le decía Elizabeth, era una mujer de noventa y cuatro años que por culpa de una desviación en la cadera poco podía caminar. Se la pasaba sentada en una butaca ubicada en un rincón estratégico del piso de su nieto, quedando frente al televisor y al lado de una ventana desde donde podía espiar a los vecinos con unos binoculares.

Gracias a eso se conocía las costumbres y rutinas de muchas personas. A algunas les ponía nombres sacados de sus antiguos ancestros, ya que no las conocía.

En su regazo siempre descansaba un gato grande, gordo y perezoso, y tan negro como un carbón, que lo único que hacía era mirar con altanería a cualquiera que se acercara y movía la cola cuando su dueña le acariciaba las orejas.

—No ha salido más de su departamento. Su esposo debió matarla con alguno de los cuchillos que compraron el mes pasado. Yo sabía que esa no sería una buena compra. Quise advertírselo a Rufina, pero Hugo no me dejó.

Elizabeth respiró hondo y disimuló una sonrisa mientras se llegaba hasta donde estaba la anciana para poner dos platos de avena en una mesita móvil, que en ese momento se hallaba contra la pared.

Lolo, el gato, ronroneó de gusto porque sabía que uno era para él.

—¿Cómo sabes que Rufina compró cuchillos? —preguntó, a pesar de que sabía cuál era la respuesta.

Su trabajo en esa casa era entretener a Guille los miércoles en la mañana, que eran los días en que Olivia, la hermana mayor de Hugo, asistía a clases de yoga.

—¡Porque lo vi! —expuso la anciana con obviedad y molestia—. Desde aquí puedo ver la mitad de su cocina.

Elizabeth se sentó junto a la mujer para dar una ojeada al departamento ubicado en frente, del que podía apreciarse una buena parte de la sala y de la cocina gracias a que las cortinas estaban abiertas de par en par.

—¿Y qué te hace pensar que su esposo la mató?

—Discutieron muchísimo ayer cuando él llegó del trabajo, creo que la engaña. Rufina lo empujó e intentó golpearlo, pero él la detuvo. Estoy segura que esperó a que ella se durmiera para apuñalarla.

Los ojos de Elizabeth se ampliaron en toda su extensión.

—Creo que fue una mala idea la de Hugo de comprarte esos binoculares.

—¿Qué puede hacer una vieja encerrada todo el día en casa que no sea espiar a los vecinos? —se quejó, sin apartar en ningún momento sus ojos del departamento de enfrente.

—No sé, revisemos que hay en la televisión.

Elizabeth tomó el control remoto, guardado en una funda atada al brazo de la butaca de la

anciana, y comenzó a hacer zapping hasta que consiguió una telenovela que transmitían por las mañanas. Sabía que aquello llamaría la atención de la vieja.

Y efectivamente, Guille apartó su atención de la ventana para acomodarse las gafas y mirar la televisión.

—Los padres de Igor piensan impedir la boda entre él y Amaranta a como dé lugar —comentó la anciana—, pero no saben que ella tiene muchas dudas y está por marcharse a África para hallar las respuestas que necesita.

—¿Conoces esta novela? —preguntó Elizabeth, sorprendida.

—La he estado viendo con Olivia estos días —contestó con cierto fastidio y sin dejar de observar lo que sucedía en la televisión.

Elizabeth aprovechó la ocasión para quitarle con delicadeza los binoculares de las manos y acercar la mesita móvil.

Tomó el platito del gato y lo puso en el piso junto a la butaca. Ese era el único momento en que veía a Lolo moverse del regazo de Guille. El gato enseguida se bajó para comer su avena.

Ella sonrió triunfal al ver a la anciana muy entretenida con lo que pasaba en la pantalla, al tiempo que comía su merienda.

Guardó los binoculares y se recostó en la butaca a relajarse, sabiendo que así estarían por al menos, una hora. En ocasiones era fácil cuidar de esa mujer. Mientras ella no tuviera una dolencia o una angustia por alguno de sus nietos, todo iba bien.

Pero el descanso le duró poco, pues, la llegada de Hugo al apartamento la hizo casi saltar de la silla para ir con él. Era urgente hablar con el hombre.

—Qué bueno que llegaste.

—Tardé porque la reunión de esta mañana se extendió y ya me tengo que ir de nuevo. Debo visitar a un cliente —dijo, y dejó su maletín en una mesa auxiliar para luego quitarse la chaqueta del traje.

Elizabeth esperó a que él fuera a saludar a su abuela con un beso en la frente, después se dirigieron juntos a la cocina para conversar.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me llamaste con tanta insistencia? No suelo venir a casa antes de la una, estoy haciendo una excepción por ti. Te salvaste de que el cliente al que tengo que visitar está de camino —explicó mientras abría el refrigerador para sacar la jarra del jugo de toronja que su hermana había preparado esa mañana.

—Para mí es urgente y no puedo hablar contigo en el bar porque nunca tengo descansos gracias a que debo evaluar el trabajo de todos los meseros. Además, tú siempre estás encerrado con Giselle y con Sergio en la oficina, en largas reuniones —se quejó.

—Nos organizamos porque Sergio está por abrir un nuevo bar y Giselle pide dos semanas de descanso para llevar de vacaciones a su hijo a Francia, no se van de vacaciones al exterior desde hace dos años. Por eso necesitamos encontrar pronto un sustituto para la cocina mientras ella está de viaje.

Elizabeth suspiró con agobio. La llegada de un suplente podría significar una mayor carga de trabajo en el bar.

Esperó a que Hugo buscara un vaso de vidrio en una alacena y se sirviera jugo para encararlo y hacerle llegar sus peticiones.

—Necesito que me ayudes con tus contactos.

—¿A qué? —preguntó luego de dar un trago largo a su bebida.

—Quiero hacer trabajos de limpieza en las mañanas por mi cuenta, no para la empresa de mantenimiento que me contrata, porque ellos siempre se quedan con una parte de mis ganancias.

Te pido que me recomiendes entre tus amistades de mucho dinero para que alguno me contrate de forma permanente, al menos, por lo que resta de año.

—¿Tienes apuros económicos?

—Mi madre no la está pasando bien en Venezuela —comentó con una mueca de disgusto—. Debo enviarle una pensión mensual similar a mi sueldo.

Él suspiró hondo antes de responderle.

—Lo siento mucho, pero no puedo ayudarte con eso.

—¿Qué?! ¿Por qué?! —inquirió indignada.

—¿Pasa algo?! —gritó Guille desde la sala al escucharla alterada.

Elizabeth se tapó la boca con las dos manos arrepentida por su desliz.

—¡No pasa nada, Guillermina! —La calmó Hugo antes de lanzarle una mirada de reproche a la mujer—. Por ahora no conseguiré a alguien que te emplee porque ya hay una propuesta de trabajo para ti—. Ella bajó los hombros con alivio y esperó con expectación la explicación de su jefe—. No puedo hablarte bien del asunto porque es una oferta de Sergio. Se está asociando a un nuevo bar en el centro y necesitará que entrenes a su personal. Le exigimos que ese trabajo no afecte tus horas con nosotros, porque con la marcha de Giselle, tú serás imprescindible.

—¿El entrenamiento será por dos semanas? —consultó, sabiendo que aquel tiempo era el habitual para ese tipo de trabajo.

—No sé, quizás todo un mes, o dos, porque además quiere que hagas seguimiento luego de la inauguración. Él después hablará contigo y te explicará mejor la propuesta. Yo aparte le pedí que no te ocupara los miércoles porque te necesito aquí. Eres la única persona, fuera de la familia, con quien Guillermina se siente cómoda. No puedo ponerme ahora a buscar y probar a nuevo personal, y nadie acepta un trabajo por un día a la semana.

Elizabeth asintió. Si bien aquello no era una solución estable para su situación, al menos, sería una ayuda para esos días. Eso le daría un ingreso extra que obtendría mientras conseguía algo más que hacer.

Encontrar un buen trabajo en Valencia no era nada sencillo, menos, si se trataba de un empleo que se vería limitado por los horarios de los otros que ya poseía.

El bar «Salchichas artesanales» era algo así como su casa, no deseaba abandonarlo, y cuidar de Guillermina un día a la semana no solo era una entrada adicional de dinero, sino que lo hacía con gusto. Amaba a esa viejita como si fuese la abuela que nunca tuvo.

—¿Tienes algo más que pedirme?

Ella se lo pensó un instante antes de responder. Estaba a punto de rogarle que le consiguiera un lugar donde quedarse, pero luego tendría que molestarlo para que la ayudara a encontrar un trabajo cuatro días a la semana cuando terminara el entrenamiento del nuevo emprendimiento de Sergio. No quería agobiarlo con exigencias.

—No, nada más —dijo cabizbaja.

—Bueno, entonces me voy. Quiero terminar temprano la visita al cliente porque esta tarde tengo otra reunión antes de ir al bar —expuso, y dejó el vaso vacío en la encimera para ir a darle cariños a su abuela.

Ella quedó allí, inquieta. Esa mañana, antes de ir a cumplir con su trabajo en esa casa había ido a visitar un par de anexos que alquilaban, pero los precios eran exorbitantes y los documentos que pedían resultaban muy engorrosos de tramitar.

Sería difícil hallar algo para mudarse la próxima semana, tendría que doblegar su orgullo y hablar con Franco, su casero, y pedirle que le consiguiera más tiempo con el nuevo dueño. No quería molestarlo porque la enfermedad de su esposa consumía toda su atención, pero no veía

otra opción.

—Sigue buscando, mujer, sigue buscando —se insistió a sí misma mientras se dedicaba a ordenar la cocina.

No podía bajar tan pronto sus armas. Aunque el reloj avanzaba muy rápido, aún le quedaba tiempo suficiente para resolver sus asuntos sin incomodar a nadie.

Capítulo 5. En el camino se enderezan las cargas.

Esa noche, en el bar, al finalizar la jornada, Elizabeth se reunió con Sergio para hablar sobre la nueva propuesta de trabajo. Para su alivio, la tarea iba a iniciar al día siguiente y sería muy bien remunerada.

Ella sospechaba que Malena había tenido algo que ver en el asunto, incluso, Hugo, pues era evidente que el hombre conocía su urgencia de dinero y decidió adelantar el entrenamiento al nuevo personal y ser generoso con el pago ofrecido.

Sus sospechas fueron confirmadas cuando, la mañana del jueves, asistió al establecimiento ubicado en las afueras del casco histórico de Valencia, en un área muy concurrida, sobre todo, por turistas, y el segundo socio se mostró sorprendido por su presencia.

El negocio aún se encontraba en remodelación, no tenían clara la fecha de apertura. Estaba asentado en una calle donde se hallaban muchos otros bares, pero todos siempre estaban repletos. Por tanto, la aparición de uno nuevo no generaba una competencia feroz, sino una forma de aliviar la marejada de clientes que siempre se paseaban por allí, ansiosos por encontrar un lugar donde descansar y disfrutar de una buena bebida.

Julián Arévalo, que así se llamaba el nuevo socio de Sergio, era un sujeto alto, de piel morena y cuerpo atlético, que no se mostró muy feliz con la asistencia de ella ese día.

Si no hubiese sido por su cara de malas pulgas y su mirada amargada, Elizabeth lo hubiese considerado un tipo atractivo. Tenía un porte elegante, una barba recortada muy sexy y unos ojos verde agua seductores, que observaban con tanta profundidad que resultaban intimidantes.

Su único defecto físico, eran las grandes ojeras que le rodeaban los ojos. Debía tener días sin dormir.

Luego de una discusión mal disimulada que ambos hombres tuvieron a varios metros alejados de ella, se aproximaron para presentarse.

—Elizabeth, él es Julián Arévalo, mi socio —habló Sergio—. Él será el gerente del bar y cubrirá parte de los temas de logística.

Ella se irguió poniendo su mejor rostro de «me importa una mierda que estés molesto, yo necesito el trabajo» y estrechó su mano.

Julián se plantó frente a ella y le dirigió una mirada fría de «no me gusta que cambien mis rutinas y me impongan algo», aunque trató de ser lo más cortés posible.

—El plan es que a partir de hoy Elizabeth se familiarice con el negocio y con el servicio que vamos a prestar, y nos ayude con las entrevistas. El lunes deberíamos iniciar el entrenamiento —expuso Sergio hacia Julián.

—Si a la señorita no le importa estar entre carpinteros y albañiles toscos, yo no tengo ningún problema en que inicie a partir de hoy —respondió él con una sonrisa tan falsa y prepotente que despertó a la bestia adormilada de ella.

—La señorita tiene gran experiencia en trabajar rodeada de tipos rudos y salvajes. Nada de eso la cohibe.

Él quedó mudo ante la respuesta firme y directa de ella, nada habitual en las mujeres que había tenido el placer de conocer.

Sergio respiró hondo y se guardó las manos en los bolsillos de su pantalón sintiéndose desarmado.

Sabía lo que sucedería al unir a dos almas endurecidas por los inclementes golpes de la

vida, pero no tenía más opciones. Ambos eran los mejores en lo que hacían y a él le gustaba rodearse de gente eficiente y dedicada.

—¿Extranjera?

La duda de Julián inquietó a Elizabeth.

—¿Sufres de xenofobia?

—Él no lo dijo por eso —se obligó a aclarar Sergio para evitar un debate acalorado.

—Tu acento me pareció exótico, es todo. No tengo nada en contra de los extranjeros —respondió Julián posando en ella sus ojos desafiantes. Aquello comenzaba a acelerar las palpitaciones de la mujer. Elizabeth amaba los buenos retos—. Aquí hay muchos extranjeros trabajando conmigo desde hace meses —dijo y repasó el negocio con una mano para señalar a los albañiles—. Puedes preguntarles a ellos si sufro de xenofobia o no.

El intenso debate de miradas que se produjo inquietó a Sergio. Ese duelo de egos, justo después de la presentación, no sería bueno para el negocio.

—Entonces —interrumpió para llamar la atención de ambos—, Elizabeth comenzará hoy. Si no aceleramos el entrenamiento del personal que atenderá las mesas jamás lograremos inaugurar el bar. ¿Estás de acuerdo? —preguntó hacia Julián notando que su amigo aún no había apartado su atención de la mujer, ni ella de él.

Aquel reto parecía fascinarle a ambos, porque hasta se notaban sonrisas en sus caras que trataban de disimular.

—Perfecto —contestó finalmente Julián—. Déjala que se familiarice con el local, espero sea de su agrado.

Aunque él parecía disfrutar del enfrentamiento disimulado con la mujer, su actitud cambió de forma repentina luego de unos segundos de silenciosa disputa, como si de pronto hubiese recordado algo que le molestaba.

Su postura desafiante pasó a una irritada casi enseguida. Elizabeth podía jurar que la cara del hombre hasta se había colorado por la ira antes de que le diera la espalda y desapareciera en el interior de la cocina.

—¿Crees que puedes manejarlo? —preguntó Sergio al quedar solos.

—Sabes que no soy una novata con este tipo de trabajos ni con sujetos mal llevados —respondió ella con orgullo, aunque sin dejar de observar con curiosidad el lugar por donde había desaparecido Julián.

Lo que ella vio en los ojos y en la actitud de él no era un simple arranque de malcriadez por el repentino cambio ocasionado, sino algo más oscuro y perturbador. Vio heridas, unas profundas y aún sangrantes.

—Julián está superando una situación muy difícil. Puede aparentar ser inaccesible, pero en realidad, no es así, solo hay que tenerle paciencia —reveló Sergio.

—No soy una buena fuente de paciencia, pero puedo trabajar con gente como él. Mientras haya respeto, el trabajo fluirá.

Sergio volvió a respirar hondo, esta vez, llenándose de resignación.

—Confío en ti, así que me iré porque debo reunirme con unos proveedores. Ante cualquier novedad escríbeme al móvil. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, jefe —dijo ella e hizo un gesto militar que a él le arrancó una sonrisa, calmando sus ansiedades.

Se despidieron enseguida y, al quedar sola, ella lanzó una mirada cansada hacia la cocina, donde se hallaba su nuevo y complicado jefe.

—Bien, allá vamos, Elizabeth. Recuerda que *en el camino se enderezan las cargas* —se

animó a sí misma usando un refrán venezolano que animaba a la paciencia y a la perseverancia.

Quizás al principio fuese difícil su tarea, pero luego, con el transcurso del tiempo, las dificultades podrían mejorar.

Ella necesitaba creer en eso porque no podía prescindir de ese trabajo. Sus finanzas dependían de él para arrancar con buen pie, así que el tal Julián debía tragarse sus incomodidades y aprender a bailar a su ritmo, porque ella no se rendiría con facilidad.

Aunque la mañana fue tensa para ambos, lograron superarla. Elizabeth recorrió el negocio apuntando en una libreta algunas observaciones y haciendo un mapa algo rudimentario del lugar y su distribución.

Julián la miraba desde la distancia con curiosidad, veía como ella se manejaba sin problema entre los albañiles y carpinteros mientras les consultaba sobre los ajustes que hacían.

Hacía un recorrido por el local simulando llevar bandejas o botellas en las manos, zigzagueando como si hubiese mesas colocadas por el salón, tal vez, tomando medidas sobre la disposición del mobiliario para determinar los movimientos de los meseros.

Le resultaba una mujer extraña, pero muy inteligente, y nada acomplejada por el qué dirán de los demás.

Cuando algún trabajador se aventuraba a hacerle algún comentario por su raro actuar, ella lo callaba dirigiéndole una mirada salvaje o alguna frase lapidaria. Hasta él sintió temor y se mantuvo al margen. Si ella se le acercaba para hacerle alguna consulta, se la respondía enseguida y buscaba rápido alguna otra distracción que lo alejara.

Al terminar la jornada, Elizabeth se despidió tomando sus cosas para marcharse. Al salir, Julián se llegó hasta uno de los ventanales desde donde pudo seguir su partida con detalle.

Evalúo desde la distancia la forma de su cuerpo, sus largas piernas y su caminar sexi. La manera en que el viento hacía volar los rizos salvajes que le caían sobre los hombros y como ella los manejaba batiéndoselos de un lado a otro para que no le taparan la visión.

El desborde de seguridad y sensualidad en esa mujer le resultaba muy atrayente y particular, no había conocido una así... ¿o sí lo había hecho?

Un amargo recuerdo lo obligó a apartarse de la ventana y de aquella exquisita tentación. Al girarse, se topó con varios empleados que también miraban embobados la partida de la mujer.

—¿No piensan seguir con el trabajo?! —se quejó molesto, haciendo que los tipos desaparecieran a las carreras.

Resopló con enfado y se frotó la cara con una mano para despejarse. No podía perder el foco o caería de nuevo en un espiral tóxico del que le costaría escapar.

Capítulo 6. No pierdas el foco, niña.

Esa noche, luego de la jornada de trabajo, Elizabeth y Malena fueron al bar de siempre por una cerveza irlandesa. Al llegar se encontraron con Luciana, la hermana menor de Malena, y con Gabriela, una joven que había trabajado con ellas en el bar «Salchichas artesanales».

—Hoy no hay nada de cerveza. ¡Tendremos tequila, con mucho limón y sal! —anunció Luciana y alzó la botella de tequila cuando ellas se acercaron a la mesa.

—¿Ya está borracha? —quiso saber Elizabeth y ocupó un puesto cerca del ventanal mientras abría su bolso en busca de su caja de cigarrillos.

—Dice que está alegre, que celebra la vida —expuso Gabriela con una sonrisa algo triste.

Malena respiró hondo y lanzó una ojeada hacia su hermana. Hacía tan solo un mes Luciana había comenzado sus labores como enfermera para un centro de estética privado y aún tramitaba la homologación de su título universitario. Con él buscaría empleo en algún hospital, pero, para ganar experiencia, trabajaba en aquel establecimiento.

Días después de haber iniciado, uno de los doctores la sedujo y ella, una joven inmigrante recién llegada al país y maravillada con todo el derroche y las bondades de esa tierra, cayó muy fácil en su juego terminando en pocas semanas con el corazón hecho pedazos.

—Hable con Giselle y me permitirá volver a trabajar en el bar. Necesitan ayuda especializada —comentó Luciana ocupada en servir vasitos de tequila para todas.

—¿Regresarás al bar? —consultó Malena, indignada—. ¿Abandonarás el trabajo en la clínica?

—No puedo volver a ese lugar. Todos se enteraron lo sucedido con el doctor Ares, no soporto sus caras de lástima y burla —dijo mientras se colocaba un poco de sal en el dorso de su mano y tomaba un vasito de tequila—. Ya he tenido demasiadas humillaciones en la vida como para soportar más —dictaminó, y lamió la sal para luego beber de un solo trago el tequila. Enseguida chupó el limón soportando el fuego de llameaba en su garganta.

—La apoyo. A la mierda las humillaciones —expuso Elizabeth y dejó el cigarrillo sin encender en la mesa para imitarla.

Gabriela no se quedó atrás. Aunque no era dada a beber licor, ese día quería apoyar a su amiga, porque para ella las penas se superaban mejor si estabas acompañada.

Malena, aunque no le agradaba que su hermana perdiera la oportunidad de obtener experiencia en su área de trabajo, no iba a permitir que sufriera más de lo que ya había sufrido. Se esforzó por sacarla de Venezuela para vigilarla de cerca, Luciana era muy sensible y emotiva, y allá había quedado sola porque la madre de ambas había muerto aquejada por una enfermedad.

Las mujeres se entregaron a disfrutar de la noche sin remordimientos, terminándose, entre todas, media botella de tequila y varias cervezas irlandesas.

En cierto punto de la velada, Gabriela y Luciana estaban en la pista bailando animadas al ritmo de los temas de David Bisbal mientras Malena y Elizabeth conversaban sentadas en la mesa. Esta última, fumándose un cigarrillo junto a la ventana.

—¿Así que Gabriela también piensa volver a trabajar en el bar? —preguntó Malena con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Le gustaba tener cerca a esa chica, era dulce y alegre, le parecía una buena influencia para su hermana.

Además, como todas ellas, era inmigrante venezolana, eso las hacía sentirse como si fueran

parte de una misma familia.

—Su madre no lo acepta, pero ella ya es una mujer. ¡Está por cumplir veintitrés años! —soltó Elizabeth—. Su madre tiene miedo de que descuide la universidad ahora que está en el último año, pero la chica solo quiere un poco de independencia.

—Sus miedos son válidos. Yo también quisiera que Alejandro solo pensara en sus estudios mientras yo tenga la posibilidad de cubrir todos sus gastos —habló en referencia a su hijo.

—Alejandro tiene doce años, recién despierta a la vida —se quejó Elizabeth—. Gabriela debe hacerlo por obligación o terminará peor que Luciana, siendo blanco fácil para cualquiera que pretenda burlarse de ella.

Malena suspiró con agobio.

—Que dura es la vida en ocasiones —expuso con tristeza.

—Y nunca para —completó Elizabeth como para sí misma y expulsó el humo que tenía acumulado en los pulmones.

El recuerdo de sus actuales urgencias palpitó en su mente para agobiarla.

—¿Cómo te fue esta mañana en el nuevo bar? —preguntó Malena para cambiar el tema.

Estaba interesada en conocer detalles del nuevo trabajo de Elizabeth que la ayudaría con su apuro económico.

Por un instante, la interrogada se sintió incómoda. Cada vez que recordaba el extraño comportamiento del tal Julián, y su mirada hechicera y cansada, se inquietaba.

—Bien. Como siempre —expuso y apagó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Bien? ¿Es todo? —quiso saber Malena arrugando el ceño. Le extrañó ver a su amiga realizando movimientos nerviosos mientras daba un trago a su cerveza—. ¿Y? ¿Qué tal es Julián Arévalo como jefe? Yo he tratado con él solo tres veces en la vida, cuando se reúne con Sergio en el departamento estando yo de visita. Es callado, muy serio y de mirada esquiva, aunque se comporta de forma cortés. Sergio me dijo que ha tenido un par de años muy dramáticos y eso lo ha encerrado en sí mismo, pero que antes era un tipo conversador y divertido. Se conocen desde la universidad.

Elizabeth escuchó con suma atención todo lo que le contaba su amiga, rememorando en su cabeza la imagen intimidante, varonil y enigmática de Julián.

—¿Ha tenido dos años dramáticos? ¿En qué sentido? —consultó, curiosa. Quería saber más de ese hombre.

—No sé, nunca hemos hablado mucho de él. Podrían ser problemas familiares serios, como la pérdida de algún ser querido, o asuntos financieros. Sergio me dijo que en parte había aceptado asociarse a ese proyecto para ayudarlo a recuperarse. Tal vez, perdió una empresa, o inversiones, y ahora busca reiniciar de nuevo.

A la mente de Elizabeth llegaron los momentos en que lo había visto muy pendiente del trabajo de los albañiles, supervisando con suma atención las tareas, dando sugerencias y hasta ayudando a sostener alguna madera, martilleando o trasladando materiales de un lado a otro.

No era un hombre perezoso ni descuidado, era evidente que amaba lo que hacía y asumía sus responsabilidades con sumo interés. Entonces, ¿cómo era posible que perdiera empresas o inversiones de forma repentina?

¿Qué le había sucedido para que se gestara en él un cambio tan radical de personalidad y terminara arruinado?

Aunque las dudas se le acumulaban en la cabeza y la hacían experimentar una enorme necesidad por darles respuesta, disimuló su inquietud ante Malena para que ella no se percatara de lo que pensaba y así no generar mal entendidos.

—Vaya, pero esa costumbre de considerarse el salvador de los más necesitados parece contagiosa —soltó con ironía—. Primero Giselle con los inmigrantes indocumentados que llegan al bar, luego tú con las almas desamparadas que se cruzan en tu camino y ahora Sergio con su amigo de la universidad. Tendré que alejarme un poco de ustedes —finalizó para terminar su cerveza de un solo trago.

Malena le dio un manotazo en un hombro como reprimenda.

—Tonta, ni se te ocurra alejarte de mí. Tú has sido una de mis anclas.

—¿Me estás diciendo que soy una pesada?! —preguntó con falsa indignación, solo quería molestar a su amiga y desviar la conversación a puertos más seguros.

—¡Claro que no, tonta! ¿Por qué siempre sacas todo de contexto? —expuso riéndose—. Eres terrible.

—Me lo han dicho mucho —dijo con orgullo, pero no pudieron continuar su conversación porque oyeron un sonido que atrapó la atención de ambas.

En medio del baile embriagado de Luciana y Gabriela, ambas se habían tambaleado empujando una mesa y sus ocupantes. Una pareja de mediana edad se quejaba y Gabriela intentaba balbucear una disculpa mientras Luciana se partía de la risa.

—Creo que es hora de irse —anunció Elizabeth, y se puso de pie para buscar a sus amigas y alejarlas de los líos.

Después de pagar la cuenta, enseguida salieron las cuatro del bar en busca de un taxi que las regresara a sus casas.

En la privacidad de su «baticueva» Elizabeth pensó en Julián y en todo lo que su amiga le había contado. Sentía una gran curiosidad por conocer la historia de ese hombre, aunque muy pocas ganas de dedicarse a indagar sobre ello.

Mientras se desvestía, vio abandonada sobre una mesita auxiliar la libretita donde apuntaba las cuentas.

El recuerdo de sus finanzas destruidas y que tan solo le quedaban cinco días para mudarse la sacudió.

—No pierdas el foco, niña. Tienes mucho de qué preocuparte y no puedes mal invertir tu tiempo pensando en hombres traumatizados —se reprendió a sí misma, obligando a su mente a olvidar la divina distracción que resultaba Julián Arévalo.

Capítulo 7. Cómo dominar a los demonios internos.

El viernes en la mañana Elizabeth llegó unos minutos tarde al nuevo bar por ir a mirar un piso en alquiler.

Además de haberle resultado engorroso el viaje de ida y vuelta, el precio era muy parecido al que le daban por un piso en las cercanías, aunque fuese un poco más espacioso.

No valía la pena el esfuerzo, lo que hacía era complicarse por no cumplir a tiempo con sus responsabilidades.

—¿Siempre eres de llegar al trabajo después de la hora de entrada? —preguntó Julián cuando ella fue a reportarse con él.

El hombre no la miraba por estar agachado evaluando la parte interna de unos muebles que habían instalado en la cocina. Por estar ocupado en esa tarea, no llegó a ver el rostro fiero de la mujer, quien ya de por sí estaba enfadada consigo misma.

—Si tuviera buena comunicación con su socio sabría a qué atenerse conmigo.

Él se levantó de golpe por esa tosca respuesta, golpeándose la cabeza. La observó iracundo mientras se frotaba el lugar lastimado.

—¿Eso quiere decir que eres o no eres impuntual?

—Nunca lo he sido. Sergio Ferrero es testigo de eso —dijo ella con altanería y se cruzó de brazos.

—¿Hoy comenzaste? —expuso poniéndose de pie.

Ella entrecerró los ojos controlando su ira. No podía pelear con su nuevo jefe recién iniciado el trabajo.

—Tuve un inconveniente, pero le aseguro que no se repetirá de nuevo.

—Eso espero —rebatió y se acomodó la ropa para mostrarse también altivo—. Ahora no tienes más responsabilidades que tu adaptación y una que otra entrevista que haya quedado rezagada, pero el lunes inicia el entrenamiento al personal. Debes ser la primera en llegar.

Elizabeth lo calcinó con sus ojos encendidos antes de responderle.

—Para cuando usted llegue, yo ya estaré en la puerta.

Él se guardó las manos en los bolsillos del pantalón sin apartar su atención de ella.

—Ya veremos —contestó con arrogancia y le dio la espalda para irse a otro lado, lejos de la mujer.

Elizabeth sentía que hervía por dentro como una caldera. Odiaba a aquel sujeto, pero debía controlar su boca y no ser tan insolente o perdería el trabajo. Tenía que recordar que necesitaba con urgencia de ese dinero.

Así que procuró mantener atada a su fiera interior mientras se ocupaba de sus obligaciones y entrevistaba al personal que ese día había sido citado.

Julián se quedó en las cercanías, veía como ella conversaba con los jóvenes que habían acudido. Algunos eran inexpertos, otros bastante adecuados, aunque a esos últimos él notaba que estaban siendo tratados en la entrevista de forma muy exigente.

Sin embargo, decidió no intervenir para saber hasta dónde podía llegar la mujer. Ella se manejaba con tanta seguridad frente a todos ellos que nadie se atrevía a confrontarla.

Al terminar con la primera ronda, y mientras estaba sentada sola en una mesa tomando apuntes, decidió acercarse y exponer sus impresiones.

—¿Sergio te comentó sobre lo que espero de este bar?

Elizabeth detuvo su escritura para alzar la cabeza y observarlo con extrañeza.

—Cuando habla de «lo que espera», ¿se refiere al nivel de profesionalismo del personal o a la calidad de los productos y servicios que ofrecerá?

Él la observó con una ceja arqueada.

—De ambas cosas.

Ella respiró hondo y cerró su libreta de apuntes para dedicarle toda su atención. La forma en que él la había estado observando de lejos durante las entrevistas y cómo lo hacía ahora, le hacía pensar que la evaluaba.

—Para serle sincera, Sergio no me dijo nada de usted. Solo que este nuevo proyecto es muy importante para él y con eso yo asumo que busca lo mejor.

Julián quedó en silencio un instante.

—Bien, pero resulta que Sergio se ocupará de la parte administrativa y financiera y seré yo quien estará día y noche al frente de cada uno de los procesos que aquí se desarrollen. Por eso, lo importante es lo que yo espero del proyecto y me interesa que el nivel del personal sea el adecuado. Ello me garantizará que tanto el producto que se ofrece, como el servicio que se presta, sean de calidad.

La mujer entrecerró los ojos y se cruzó de brazos al sospechar por dónde venían los tiros de esa conversación.

—¿Tiene alguna queja con respecto al trabajo que estoy realizando?

Él la vio sorprendido, como si hubiese sido pillado en medio de una travesura.

—Noté que a los prospectos novatos los interrogas menos que a los que presentan cierto nivel de experiencia. Parece que desconfías de los que tienen más tiempo desarrollando este tipo de trabajo.

—No puedo preguntarles a los novatos lo que no saben.

—Si no lo saben es porque no están aptos para ejercer esta profesión, deberías desecharlos de una vez.

—El hecho de que no sepan no quiere decir que no aprenderán rápido y que lo harán bien —respondió con firmeza, sin apartar sus ojos de los de él—. Créame, en mis tres años de experiencia he visto a muchos *novatos* dar lo mejor de sí y a *expertos* mostrar poca disposición en el trabajo —expuso remarcando los calificativos—. Para esos expertos los años que poseen ejerciendo la profesión pareciese que fuese un justificativo para no hacer ciertas cosas, o hacerlas como se les viene en gana y no como el dueño lo espera.

Julián apretó la mandíbula sin poder rebatir sus palabras, que estaban llenas de verdades. Aunque le era imposible exponer su desconfianza.

—¿Con solo tres años de experiencia y ya entrevista a gente que tiene siete u ocho años desempeñándose en el ramo?

Ella respiró hondo para controlar las palabras que salían de su boca. Desde pequeña siempre tuvo problemas con su forma abierta de expresarse. De grande debía medirse frente a superiores.

—¿Nunca ha escuchado que vale más la calidad que la cantidad? —Al ver que de nuevo lo dejaba mudo estuvo a punto de sonreír, pero lo evitó reacomodándose en el asiento—. En tres años he trabajado en un solo bar, mejorando cada día mi desempeño hasta el punto de que mis jefes me consideran para el trabajo de supervisión y entrenamiento del nuevo personal. Y no solo del negocio donde estoy contratada, sino de otros que ellos manejan. Si revisa mi currículo vitae descubrirá que en tan solo tres años he entrenado a personal de dos bares, un restaurante y hasta de una empresa de cáterin, pero además, he recibido cursos especializados de grandes

profesionales que han pasado por España dejando sus conocimientos y enseñando sus habilidades. No dejo de formarme porque sé que de eso depende la calidad de lo que hago. ¿No está satisfecho con mi desempeño?

Aquella verborrea dejó de piedra a Julián. A pesar de que Sergio, el amigo que nunca le había fallado en la vida, había sido quien incluyó a esa mujer en el negocio de ambos, él no podía evitar desconfiar. Seguía costándole creer en la buena disposición de los demás. Eso era algo que no se superaba de la noche a la mañana.

—Quiero ofrecer desde el inicio un servicio de calidad a mis clientes, para eso, espero contar con personal que comprenda bien el trabajo que se realiza. Deseo inaugurar cuanto antes, no quiero esperar a que los novatos reúnan suficiente experiencia para desempeñarse con soltura.

—Para eso es el entrenamiento, señor Arévalo, para que reúnan experiencia y se desempeñen con soltura el día de la inauguración —expuso con firmeza, haciendo que él empalidciera de la rabia y la vergüenza—. Yo no me fijo solo en los años de servicio, sino en la calidad del mismo y en la buena actitud que puedan presentar. Un mesero insolente y arrogante con diez años de experiencia, no es mejor a uno que tan solo lleva un año en la profesión, pero presentando muchas ganas de aprender y de trabajar en equipo. Ya le dije, para Sergio busco lo mejor porque entendí lo importante que para él es este negocio. ¿Espera lo mismo de mí? ¿O tan solo busca a *meseros con experiencia comprobable*?

Las últimas palabras las acentuó con ironía, no podía evitarlo. Ese tal Julián la sacaba de sus casillas.

Él respiró hondo y tardó unos segundos en responder mostrándose inquieto, tanto por la rabia como por la incomodidad que le había producido esa charla.

—Haga lo que le dé la gana —masculló antes de marcharse y desaparecer hacia el interior de la cocina para seguir supervisando a los albañiles y carpinteros.

Elizabeth suspiró con agobio al quedar sola y luego tomó un buen trago del agua que tenía sobre la mesa. Esperaba que la bebida aplacara su gran disgusto.

No podía pretender que todos sus jefes fueran como Sergio, como Hugo o como Giselle. Si aspiraba trabajar en varios lugares al mismo tiempo para reunir el dinero que necesitaba y así alcanzar un mejor nivel de vida, entonces, debía aprender a adaptarse y socializar con diferentes tipos de jefes, como el extraño amargado que le había tocado en esa oportunidad.

Y sin perder la cordura en el proceso.

Por tanto, se llenó de paciencia, abrió su libreta de apuntes y continuó con lo suyo. Solo haciendo bien su trabajo podía convencer a aquel tipo tozudo de la calidad del mismo.

A la mañana siguiente, las cosas no fueron muy diferentes. Los carpinteros ya habían terminado las mesas y Julián decidió colocarlas según la distribución que había planificado para evaluar cómo se apreciaban.

Elizabeth se aventuró a sugerir algunos cambios para dar mayor efectividad al servicio de atención al cliente y a la distribución del trabajo de los meseros. Algunos fueron considerados por Julián, aunque con cierto recelo, pero aceptando que ella tenía razón en lo que exponía. Sin embargo, hubo otros que desató un incómodo debate entre ellos.

El hombre exigía explicaciones, con bases casi científicas, de lo que la mujer proponía, y Elizabeth, al principio, le dio lo que quería, pero luego se cansó, pues veía las pocas ganas de él de comprender sus sugerencias.

Pensó que la discusión era solo para molestarla por sentirse aún inquieto por el impase verbal que habían tenido el día anterior.

Podía asegurar que su jefe la odiaba y la consideraba una creída. Por eso, cuando a media

mañana apareció Sergio acompañado por Malena, ambos parecían dos chiquillos que acababan de tener la pelea más dramática de su existencia.

Las caras largas y las actitudes iracundas fueron el plato de bienvenida para la pareja.

—¿Todo bien? —preguntó Sergio a su amigo.

—¿Podemos hablar en privado?

El rostro de malas pulgas de Julián mosqueó al hombre, quien enseguida se disculpó con Malena y lo siguió hasta la oficina.

Al quedar solas, Malena observó a su amiga con los ojos muy abiertos por la incertidumbre.

—¿Qué sucede aquí?

El sonoro resoplido de Elizabeth le confirmó que algo serio se cocinaba entre esos dos.

—No lo soporto. Es un... bruto —dijo con voz baja y lanzó una ojeada llena de odio hacia la puerta de la oficina.

Malena arqueó las cejas con sorpresa.

—¿Te dijo o te hizo algo imprudente?

—¡No tiene idea de cómo se maneja un bar! —soltó de golpe Elizabeth.

—Tengo entendido que es un experto en finanzas, este trabajo es nuevo para él.

—Entonces, debió quedarse encerrado en una oficina con sus números.

El ceño de Malena se arrugó con desconcierto.

—¿Discutieron por algo?

—¡Discutimos por todo! —masculló Elizabeth con rabia—. No le gusta como entrevisto al personal, ni las sugerencias que doy sobre la distribución de las mesas. Tiene una idea preconcebida de cómo deben ser las cosas y le molesta si le insinúan que es mejor si se dan otra manera. Trato de ser condescendiente con él, pero cuando comienza a darle vueltas a un asunto le cuesta dejarlo. ¡Siempre me hace preguntas como si estuviera juzgando mi vida!

—Tranquila —quiso calmarla, porque veía que su estado de ánimo estaba por las nubes y sabía del carácter explosivo que tenía la mujer cuando estaba enfadada—. Sergio me ha dicho que Julián ha pasado por momentos muy difíciles, por eso es tan desconfiado y tosco. Solo hay que tenerle paciencia.

—¡Me voy a convertir en una Santa de tanta paciencia que he tenido con él!

Malena comprimió el rostro en una mueca de incomodidad, no le gustaba ver a su amiga así.

—Si quieres hablo con Sergio para que no sigas con este trabajo.

—¡No!

Su grito sobresaltó a Malena y a algunos trabajadores que se hallaban en los alrededores.

Al notar la reacción de todos, Elizabeth decidió respirar hondo y suavizar su actitud.

—Disculpa, tengo mucho estrés y esto es como la gota que derramó el vaso.

—No te preocupes —aceptó Malena aproximándose a ella para frotarle los hombros—.

Estar todo el día trabajando te hace mal. Pasas la mañana y la tarde aquí, luego te vas al bar de salchichas hasta la madrugada. ¡No descansas! ¿Qué tal y mañana vas a mi casa y nos bebemos entre las dos una botella de ron y nos preparamos unos ricos bollitos aliñados? Alejandro me pidió que los hiciera hace días —propuso, en referencia a un platillo venezolano que consistían en unos bollos de masa de maíz mezclados con diversas especias y otras verduras, así como chicharrón triturado (grasa de cerdo frita).

Elizabeth sonrió con pereza.

—Debo trabajar en la noche, no puedo emborracharme, pero la idea de los bollitos me

parece excelente.

—Deberías tomarte un día de descanso.

La sonrisa irónica le salió a Elizabeth como un resoplido.

—No puedo, recuerda que ahora debo enviarle dinero a mi madre cada mes.

—Pero, ¿ese gasto es tan excesivo que amerita todo este esfuerzo? ¡Te estás desgastando!

Elizabeth se mordió los labios, incómoda por las palabras de su amiga, que encerraban una gran verdad. Cada día se sentía más agotada, pero no podía bajar el ritmo de trabajo y no solo por la ayuda que debía prestar a su madre.

No encontraba un sitio de alquiler que costara igual al que tenía ahora, eso hacía que la idea de marcharse a otro país que le aportara una mejor solución económica se hiciera más real.

La salvó de dar explicaciones la aparición de Sergio y de Julián. Ambos hombres salían de la oficina.

El segundo se mostraba más relajado que antes, sin el rostro tan tenso. Era evidente que Sergio ejercía un efecto beneficioso en él.

Aunque Julián mejoró su actitud, incluso, luego de la partida de su socio y de la novia de este, logrando ocuparse de nuevo del trabajo sin discutir con nadie más, Elizabeth no pudo librarse de los sentimientos frustrantes que la invadieron.

Reconocer que estaba actuando mal por culpa del estrés que sus problemas le ocasionaban la entristecían y la llenaban de rabia, pues sabía que cuando estaba así fallaba muchísimo y en ese momento de su vida no se podía permitir tal cosa.

En vez de serenarse y olvidarse de los problemas centrándose en sus obligaciones, se escondió en el área de empleados a pensar en soluciones.

En tan solo tres días debía desocupar el departamento según lo acordado con su casero y aún no tenía una idea clara de a dónde ir.

Estaba llegando a sus límites.

Julián, por su parte, había logrado aquietar el ciclón que se había desatado en su pecho gracias a la conversación que había mantenido con su amigo. Hablar con alguien que lo escuchara sin juzgarlo le servía para exorcizar a los demonios que lo atormentaban a diario.

Sin embargo, estos se agitaron de nuevo en su cabeza al entrar en el área destinada al descanso del personal buscando a Elizabeth. Quería hablar otra vez con ella, con serenidad y paciencia, sobre la distribución de las mesas.

Al abrir la puerta la furia lo embargó al verla agazapada en un rincón, llorando.

Capítulo 8. ¿Quién es la tabla de salvación de quién?

El antiguo Julián hubiese entrado en la habitación tumbando todo a su paso y gritando improperios. Tomaría a la chica por los hombros para sacudirla y exigirle una explicación detallada del motivo de su llanto. Odiaba ver llorar a una mujer.

Pero el nuevo Julián, ese que había aprendido de sus errores, aunque todavía no manejaba bien una situación crítica, se quedó callado, semioculto tras la puerta. Esperó a que la mujer culminara su llamada telefónica para luego interrogarla con delicadeza y determinar de qué manera podía ayudarla.

Porque debía ayudarla. Su instinto sobreprotector no lo dejaría dormir esa noche si no hacía algo por socorrerla.

—Hugo, por favor, necesito que me llames apenas puedas —dijo Elizabeth de espaldas a él y disimulando su tristeza. Procuró sonar firme para que Hugo no se percatara de su quiebre—. No quisiera molestarte de nuevo, pero necesito un gran favor. Franco vendió la casa porque necesita con urgencia dinero para pagar las facturas del hospital y continuar el tratamiento de su esposa, me pidió desalojar el departamento el martes, pero aún no he encontrado a dónde mudarme. ¿Puedes ayudarme? Solo dame ideas. Necesito hallar pronto un piso adecuado a mi salario. —Suspiró al terminar la explicación, que procuró no hacer dramática a pesar de que rozaba su límite—. Es todo... gracias. Llámame.

Elizabeth enseguida cortó la llamada para que no quedara grabado algún sonido que delatara su enorme pesar, como un gemido lloroso o algo por el estilo.

Se secaba las lágrimas cuando escuchó movimientos tras ella. Se giró enseguida quedando pasmada al encontrar a su jefe parado en la puerta observándola con fijeza.

—Oh, Dios. Perdón —dijo y se recompuso con rapidez, aunque era demasiado tarde.

—¿Necesita mudarse?

Ella lo observó avergonzada, no pensó que él podía escuchar su conversación.

—Es un inconveniente momentáneo que en nada afecta el trabajo que hago en su bar —soltó enseguida, y se esforzó por verse arrogante.

—No tener donde vivir afectará el trabajo que haga en el bar.

—Ya le dije que es momentáneo. Este fin de semana resolveré ese asunto.

—¿Por eso llora?

Elizabeth respiró hondo para calmar el ciclón de rabia y frustración que sentía. No sabía que odiaba más de ese momento, si la enorme amargura que sentía por no resolver con prontitud su situación, o haber dejado en evidencia su vulnerabilidad frente a extraños.

Cometió el error de bajar sus murallas en su lugar de trabajo, esa falta no se la perdonaría nunca.

—Le juro que no volverá a pasar, iré a ocuparme de mis asuntos.

Ella trató de esquivarlo para salir de la habitación, pero él la detuvo sosteniéndola de un brazo.

Compartieron una mirada extraña. La de él velada por la angustia y la de ella por la rabia.

—Tengo un lugar que puedo ofrecerle en alquiler.

La propuesta derrumbó de nuevo la «careta de chica ruda» de la mujer. Su mirada se llenó de ansiedad.

—Vivo solo —continuó Julián, algo inseguro—, en una casa muy grande. Aunque está en

remodelación, tengo espacio suficiente para usted.

—¿Me habla en serio?

—No tengo por qué mentirle.

Julián la soltó sintiéndose inquieto. Que desconfiaran de él era algo que no superaba, eso lo llevaba de nuevo a recordar sus amarguras y errores.

—¿Cuáles son sus condiciones?

La duda de la mujer lo desconcertó.

—¿Perdón?

—¿Qué condiciones pondrá para alquilarme un espacio? Me conformo con una habitación con baño propio.

Él por un momento se mostró perdido, parecía analizar lo que ella le decía.

—Mi única condición es que acepte mi propuesta —fue lo que se le ocurrió.

Ella apretó el ceño, contrariada.

—¿Qué documentos exige? ¿Cuál será el costo del alquiler y cuál el de la fianza? ¿Cuántos fiadores necesitas?

Las preguntas lo abrumaron y lo pusieron aún más inquieto.

—Ehh... Podemos hablar con Hugo Rocca para que nos haga un contrato, sin necesidad de notarlo. Sergio puede firmar como garante... o el propio Hugo... Y págame lo mismo que pagabas por el otro departamento, sin fianzas, no las necesito. Solo... déjame ayudarte.

Elizabeth lo miró con atención, reconociendo, en sus últimas palabras, un ruego.

¿Él le suplicaba que ella tomara en alquiler lo que le ofrecía sin imponer ningún tipo de cláusula especial?

¿Ese tipo estaba bien de la cabeza?... ¿O del corazón?

Notó que la actitud del hombre resultaba demasiado intranquila, parecía que su salud mental dependía de que ella aceptara su propuesta. Pero era ella quien tenía un pie en la calle y cero opciones de resolver sus asuntos sin recurrir de nuevo a la solidaridad de otros, echando por tierra todo el trabajo que había hecho durante años para ser autónoma.

—Gracias.

Su respuesta permitió a Julián respirar de nuevo.

—¿Aceptas?

—¿Puedo mudarme el lunes, luego del entrenamiento?

—Podemos suspender el entre...

—No —lo interrumpió, con firmeza. Aunque aceptaba su ayuda, no permitiría que la trataran con lástima—. No tengo muchas cosas y la mitad ya está empacada, en una hora puedo moverlo todo. Lo haré luego del entrenamiento. —Él asintió, algo aliviado. El sí de ella parecía haber sido un paso importante en su proceso de sanación—. Y haremos un contrato notariado, con Sergio como garante. Yo hablaré con él para pedirle ese favor. Y con Hugo para que lo elabore. Deje que me encargue de ese trámite.

Un nuevo asentimiento de cabeza de él la hizo sentirse otra vez segura de sí misma. Apretaba en sus manos el control de su vida, que había estado a punto de perder por la desesperación.

—Quiero contratar al *bartender* que viene de Albacete y tiene diez años de experiencia —exigió él muy recto, retomando también el control de sus nervios.

Elizabeth alzó las cejas con arrogancia. No le había gustado ese *bartender*. Aunque el tipo tenía una gran formación, su actitud independiente le daba a entender que era incapaz de seguir instrucciones.

Ella hubiese preferido pasar de él, pero le debía una a Julián y de alguna manera tenía que responderle con la misma moneda.

—Así será.

La aceptación de ella relajó sus facciones, aunque no su postura. Luego de un momento de duda, él salió de la habitación rumbo al área de despacho para continuar su trabajo de supervisión de las labores de remodelación.

Elizabeth quedó allí, sola, sonriendo satisfecha por el logro alcanzado.

Se había quitado un gran peso de encima y eso la volvía más segura de sí misma.

Le envió con rapidez un mensaje a Hugo.

«Ya resolví mi problema, pero ahora necesito otro favor. Hablamos esta noche en el bar. La urgencia pasó».

Luego salió para continuar con sus labores sin borrar la sonrisa de sus labios.

El buen humor se le mantuvo hasta el domingo, día en que al fin pudo tomar un descanso al saber que sus complicaciones más urgentes habían conseguido solución. Sin embargo, no pudo salvarse del interrogatorio indiscriminado de Malena.

—¿Te hizo algo? ¿Es grosero? ¿Un acosador? ¿Un hombre violento?

—¡Por Dios, nada de eso! —se quejó Elizabeth en voz baja mientras ambas conversaban en un rincón de la cocina y estiraban el papel aluminio donde envolverían los bollos aliñados para cocinarlos—. Solo es un tipo amargado, a quien le cuesta recibir sugerencias de desconocidos. Piensa que solo los que tienen mucha experiencia laboral son eficientes en el trabajo y suele cuestionar mis acciones.

—Sergio lo defiende muchísimo. —Las mujeres llevaban varios minutos hablando entre ellas de Julián Arévalo, sin incluir a Luciana o a Gabriela que se quedaron en la sala viendo álbumes fotográficos. Tendrían que perder mucho tiempo explicándoles toda la situación y eso retrasaría el chisme—. Entiende que aún está perturbado por sus conflictos pasados, pero lo justifica por todo. Ellos fueron muy unidos en la universidad.

—Malena, ¿Le contaste a Sergio de mi molestia con Julián? —quiso saber Elizabeth dirigiéndole a su amiga una mirada de advertencia.

—¡Claro que lo hice! No iba a permitir que ese hombre te maltratara de ninguna manera. No estás sola.

La actitud firme de Malena solo ocasionó que Elizabeth pusiera los ojos en blanco. Agradecía que la apoyara y se pusiera de su parte, pero no quería que aquella situación trascendiera.

Si Sergio le reclamaba algo a Julián, este podría retirar la ayuda que le prestaba al alquilarle un lugar en su casa sin ponerle condiciones.

—Debiste esperar a que yo resolviera la situación. Ahora de seguro se armará un lío por eso.

—No se armó ningún lío, ya Sergio había hablado con él para calmar sus inquietudes antes de que yo le contara todo. Cuando Julián lo llamó aparte, el día en que fuimos al bar, fue para hablar de ti.

—¿Se quejó de mí el muy...?!

Elizabeth había alzado la voz para emitir aquel reclamo, pero tuvo que morderse los labios porque en la sala también se encontraba Alejandro, el hijo de Malena, con dos amigos del instituto.

Esperaban la preparación del delicioso platillo venezolano.

—Le dijo a Sergio que reconoce tu buen desempeño, pero que lo pones nervioso y eres

muy testaruda.

—¡Él es el testarudo!

—Es un hombre acostumbrado a liderar, a tener el control total sobre una empresa y su personal, nunca habían cuestionado sus acciones. Por eso, contigo se ha sentido fuera de lugar.

—Lo siento por él, pero tendrá que aprender humildad si pretende manejar un bar. En este negocio lo que domina es el flujo correcto de las personas y el buen dominio de las emociones, no las matemáticas. ¡Distribuyó las mesas en base a un algoritmo que le permitía aprovechar el espacio, no garantizar la fluidez del trabajo de los meseros o la comodidad de los clientes! —masculló con esforzado disimulo.

—Eso le explicó Sergio, por esa razón él recapacitó y dijo que iba a pedirte disculpas. ¿Lo hizo?

Elizabeth quedó muda un instante. Sí que lo había hecho, pero no de una forma tradicional, sino tendiéndole su mano para ayudarla a salir del hoyo en el que estaba sumergida.

—Sí... Y luego reorganizamos juntos la distribución de las mesas tomando en cuenta la fluidez del trabajo y el aprovechamiento del espacio —mintió para cerrar aquel tema.

Malena la observó con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Bueno, entonces, no es tan malo como parece.

—Es un tipo difícil —confesó Elizabeth en medio de un suspiro—. No sé por qué está tan atormentado.

—Creo que es un tema que ni siquiera Sergio entiende bien —explicó Malena cruzándose de brazos—. Me ha dicho que desde hace un par de años Julián se cerró a todos, incluso, a su propia familia. Dejó el trabajo y se volvió un huraño. Él le da su tiempo ayudándolo a superar su pena con ese emprendimiento, que no es algo que Sergio necesite ahora, más bien, lo sobrecarga de responsabilidades, pero descubrió que con eso ayuda a su amigo.

—Me parece que Sergio y Giselle compiten por ver quién será este año el auxiliar de la Virgen de los desamparados —expuso, mencionando a la Virgen patrona de la comunidad Valenciana.

Las dos rieron con picardía.

—Me alegro que hayas resuelto tus diferencias con Julián.

—Sí, yo también —dijo Elizabeth, y quedó un instante reflexiva.

Pensó en Julián Arévalo, en su comportamiento tosco y extraño, y en ese misterio perturbador que lo rodeaba y que a nadie, ni a su mejor amigo, le había contado.

La curiosidad le palpitó en las venas, pero enseguida Malena la arrastró hacia el centro de la cocina para terminar de hacer los bollos aliñados.

Entre risas, cervezas y una gaseosa bien fría culminaron la preparación de los aperitivos, luego llegó la hora de comerlos, pero las chicas decidieron decorar los platos como si fueran una agencia de catering.

Luciana y Gabriela empezaron a debatir sobre la cantidad de comida que debía poseer cada bandeja mientras que Elizabeth se afanaba en diseñar presentaciones tipo gourmet.

Malena con su teléfono móvil tomaba fotos de todo, incluso, de los niños, que aprovecharon la distracción para comer la mayor cantidad de bollitos posibles.

—Oye, eso se ve como una obra de arte —dijo a Elizabeth al ver que esta aprovechaba las salsas para dar toques de color al *emplatado*.

—Trabajar por años con Giselle me ha enseñado algunas cosas.

—Provoca comerlo —comentó Luciana—. Se ve tan bonito y apetitoso que, aunque no tenga hambre, probaría la comida.

—Esa es la idea.

Elizabeth sonrió satisfecha y continuó con su labor elaborando diversas presentaciones. Malena no dejaba de fotografiarlas antes de que alguno llegara para romper el diseño devorándose los aperitivos.

Pasaron unas horas amenas y relajadas, ideales para que Elizabeth pudiera descargar sus nervios y después regresar a su casa a terminar de empacar para la mudanza.

En esos cuatro años en España no había adquirido muchas cosas, más allá de ropa y algunos artículos de cocina que le permitieran vivir cómoda, así que un viaje sería suficiente para trasladar todas sus pertenencias hasta la casa de Julián.

Cuando ya estaba lista para irse al bar de salchichas, decidió llamar a su madre para comunicarle el cambio de residencia.

No había resultado buena idea realizar esa conversación, pues lo que ambas hicieron fue discutir por variados temas.

Felicia, su madre, le exigía que acabara ya su absurda aventura europea y regresara a Venezuela, donde ella la necesitaba muchísimo. Su hermano de diecisiete años quería dejar de estudiar y andaba con malas juntas, mientras que el de quince se había echado encima una novia a la que tenía metida en su habitación día y noche.

Ya no solo escaseaba la comida, sino también, el agua. La mujer debía enfrentar sola todas esas carencias comenzando a sufrir de diversidad de dolencias.

Elizabeth lamentaba no estar cerca para ayudarla, pero le costaba imaginarse regresar a su país. Seguía viendo brumas al pensar en su futuro, eso la llenaba de incertidumbres y ansiedades.

Decidió cambiar el tema al preguntarle por su hermano Asdrúbal, quien era dos años menor que ella. Ambos fueron hijos del primer matrimonio de Felicia.

Tiempo antes de que ella se aventurara a viajar a España, Asdrúbal se había marchado a ciudad Bolívar, una localidad ubicada al sur de Venezuela, en un estado fronterizo con Brasil llamado de la misma forma. Allí vivía con uno de sus tíos paternos.

—No me hables de él. Murió para mí —bramó Felicia.

—¿Cómo puedes decir eso, mamá? —se quejó Elizabeth, indignada.

—¡Cortó toda comunicación conmigo! No me llama para saber si necesito algo o para enviarme dinero. Él sabe que Giovanni se fue a Italia, pero igual me echó a un lado.

—Está en ciudad Bolívar porque tú lo echaste de casa, como hiciste conmigo —recordó Elizabeth defendiendo al joven.

—¿Y qué esperabas que hiciera?! No había espacio para él en ese momento, tus hermanos menores necesitaban la habitación y él era ya un hombre, lo que hacía era molestar. He intentado llamarlo desde hace meses para decirle que necesito dinero, pero no he podido dar con él.

Elizabeth quedó muda un instante, desconcertada por todas las frases duras que su madre había mencionado en esa charla.

—¿No has tenido noticias de él desde hace meses? ¿Y qué dice el tío? —consultó preocupada.

—Dice que se *encompinchó* con unos amigos de Caracas y con ellos se fue a Colombia. Yo aquí pasando necesidades y él de seguro por allá viviendo la gran vida.

—Mamá, ¡yo te envío suficiente dinero para que no pases necesidades! ¡No hables así!

—¿Piensas que el dinero que me mandas alcanza para todo? Además, tengo que salir a diario para hacer diligencias y ¡nadie me ayuda! Al menos, Asdrúbal debería estar aquí para darme una mano.

—Tienes a dos hijos más, que no quieren estudiar ni trabajar, y pueden hacer eso por ti.

—¡Son unos niños! Y a ellos no les puedo decir nada porque me comen. Todos ustedes salieron iguales, unos groseros y malagradecidos.

Elizabeth se mordió los labios para no discutir. Ella estaba en España, en parte, por culpa de su madre.

A los dieciséis la había sacado a la calle para que trabajara y a los diecinueve la echó de la casa porque era una molestia. Nunca la ayudó en sus momentos más grises, pero ahora le exigía su colaboración tildándola de grosera y malagradecida.

—Lamento oír todo eso, mamá, pero no es razón para que digas que Asdrúbal murió para ti. No sabes qué podría estar sucediéndole. Él jamás ha cortado comunicación contigo por tanto tiempo, siempre te llamó mientras estuvo trabajando con el tío.

—Pero ya no lo hace y en verdad lo necesito. ¿Para qué tengo hijos si no pueden atenderme como lo merezco?

Elizabeth prefirió no responder a esa pregunta, ya que se enredarían en acaloradas discusiones. Su madre siempre había sido una mujer muy preocupada por sí misma. Los hijos solo le servían para amarrar a un hombre y demostrar su función ante la sociedad.

—Intentaré comunicarme con él —fue su propuesta para evitar más debates, ya ambas estaban saturadas de situaciones incómodas.

—Hazlo, y si lo logras, dile que me envíe dinero, o que regrese a Caracas conmigo. El próximo mes cumple sesenta años mi hermana Mercedes y su esposo le hará una celebración en Barinas. Sus hijos, que están en Estados Unidos, se ocuparan de los gastos. Toda la familia irá, menos yo, la *pobretona* —finalizó eso último con desagrado, buscando herir los sentimientos de su hija para que se apiadara de ella.

Elizabeth se cubrió los ojos con una mano mientras se despedía, luego se frotó la cara para despejarse. Aquella conversación la había dejado con los nervios a flor de piel, de nuevo, y con una amargura recorriéndole el cuerpo.

No sabía exactamente por qué preocuparse: ¿por sus hermanos menores, que evidentemente no estaban tomando un buen rumbo? ¿Por su hermano Asdrúbal, de quien no tenían noticias desde hacía meses? ¿Por su madre, quien jamás cambiaría su actitud por más golpes que recibiera de la vida? ¿O por ella misma?

El alivio que había recibido al solventar sus problemas en esa ciudad se le esfumó del cuerpo en segundos, siendo suplantado por una sensación de pesadez más incómoda que la anterior.

Una de la que creía, jamás se libraría.

Capítulo 9. Una luz clara y fuerte.

El lunes en la mañana, Elizabeth intentaba llevar a cabo el inicio del entrenamiento al personal seleccionado para el nuevo bar. Los nervios habían hecho un nudo en su estómago y le impedían actuar con soltura.

Ni su mejor careta de «chica descomplicada» era capaz de hacer pasar desapercibida su inquietud.

Sin embargo, logró desarrollar con mucho profesionalismo su labor alcanzando buenos resultados. Julián, desde la distancia, seguía con atención las clases, se mostraba satisfecho por el buen desenvolvimiento que mostraban los meseros.

El único que dio algunos problemas fue el *bantender* de extensa y comprobada experiencia, y no porque hiciera las cosas mal, sino porque era demasiado autónomo y tenía sus propias opiniones causando incomodidades a Julián.

A pesar de la testarudez del hombre, Elizabeth logró manejarlo de forma magistral y evitar disgustos. Julián estaba fascinado con el talento que poseía la mujer para dominar al grupo de empleados, donde algunos eran inexpertos y otros, en exceso arrogantes.

Lo hacía de manera cortés, pero con mano firme, ganándose siempre el respeto de todos.

Al principio, él se mantuvo cerca, para vigilar que el trabajo se diera sin inconvenientes, aunque pronto descubrió que su presencia no era necesaria, más bien, lo que hacía era inquietarla a ella... e inquietarse él.

Las miradas que compartían en ocasiones resultaban estremecedoras.

Cuando culminó la jornada, Elizabeth se encerró en la habitación de los empleados a serenar sus nervios antes de abordarlo. No se habían dirigido la palabra en toda la mañana más que para saludarse o para tratar temas puntuales del trabajo, y siempre acompañados por alguien más.

Nada se habían dicho con respecto a la mudanza y ella temía que fuese porque él se había arrepentido decidiendo no ayudarla.

La Elizabeth temerosa que había llegado a España y se había quedado sola, con menos de cien euros en el bolsillo, renació de las cenizas para atormentarla.

Los cuatro años de lucha incansable endureciendo su temperamento y solidificando su personalidad se hacían nada por culpa de las angustias, y le dejaban pocas posibilidades de autocontrol.

Si ese hombre se negaba a darle el espacio que le había prometido días atrás, lo único que le quedaría sería rogarles a sus amigas por refugio, como lo había hecho en una ocasión con un trabajador social.

Con eso perdería toda la dignidad que con esfuerzo había acumulado en ese tiempo.

—¿Qué te pasa, imbécil? ¿Por qué actúas con tanta inseguridad? Eso no es propio de ti — se reprochó a sí misma y, en medio de un resoplido de rabia se puso de pie para acomodarse los cabellos y retocarse el maquillaje—. Ustedes llegaron a un acuerdo y si a él se le ocurre no cumplir, harás que lo haga —dictaminó, decidida.

Estaba harta de que siguieran jugando con ella. De que la sacaran de un sitio y la lanzaran a otro haciéndola tambalear por culpa de las circunstancias.

En esa ocasión, no se tumbaría al suelo a llorar sus desgracias. Era momento de asegurar su propia sobrevivencia, como había aprendido desde la juventud.

Al abrir la puerta para dirigirse con prontitud al bar, tropezó con una figura alta, dura y muy cálida. El choque la perturbó un instante.

—Pero... ¿qué le pasa? —preguntó Julián, molesto.

—Perdón, yo... iba saliendo para...

Se vieron a los ojos, quedando de pronto ambos prendados por la intensidad de sus miradas.

La de Julián enseguida perdió la rabia para suavizarse, igual sucedió con la de Elizabeth. En segundos se esfumó de sus pupilas el brillo de ansiedad.

—Disculpa, yo vine... —trató de decir Julián, pero las fuertes palpitaciones de su corazón le bloquearon la mente.

—Iba a buscarlo para hablar de la mudanza —habló Elizabeth, irguiéndose y tomando el control de la situación.

Él asintió. Poco a poco retomó la coordinación de sus acciones.

—Yo también te buscaba para eso. Ayer limpié un poco el lugar, todo está listo para recibirla.

La sonrisa se hizo presente en la cara de la mujer, lo que maravilló al hombre por su hermosura.

—Qué bueno. Ya tengo mis cosas empacadas, llamaré al camión de la mudanza para trasladarlas. ¿Me da la dirección?

Él solo pudo asentir, aún encandilado por el intenso brillo de ese rostro lleno de felicidad.

Después de darle lo que pedía, vio como ella se marchaba del bar casi saltando de alegría. La emoción que demostraba era tan inmensa que a él lo tenía intimidado.

Esa mujer representaba una luz muy clara y fuerte y en tan solo unas horas invadiría su caverna oscura y asfixiante. El terror por el cambio que ella iba a generar en su casa estaba a punto de dominarlo y despertar su arrepentimiento.

¿Hacía lo correcto? ¿O crearía un conflicto que de nuevo lo hundiría en la miseria y el dolor?

Cuando Elizabeth llegó al lugar que él le había indicado, quedó sorprendida por lo que veía. Julián Arévalo vivía en una zona exclusiva de Valencia, muy tranquila y habitada por gente de buena posición social. Quienes no llegaban a ser millonarios, aunque sí tenían suficientes recursos como para ser dueños de casas amplias y hermosas, equipadas con algunos lujos.

El hogar del hombre era grande. Contaba con dos pisos de fachada colonial adornados con ventanales altos. Los de abajo estaban sellados por rejas llenas de molduras y los de arriba con pequeños balcones de madera. Finalizaba arriba con un techo a cuatro aguas cubierto por tejas de arcilla cocida que le daba una imagen idílica.

—¿Este es el lugar, señorita? Es muy bonito —exclamó el hombre que dirigía la mudanza, un sujeto bajo y regordete de sonrisa ancha.

Ella se acercó a la entrada y tocó el timbre, estaba algo nerviosa al pensar que se había equivocado de dirección.

La aparición de Julián al abrirse la puerta la llenó de alivio, pero también, de nuevas ansiedades.

Él ya no estaba vestido con los trajes elegantes que usaba en el bar, sino con unos vaqueros oscuros y con una camisa a cuadros de manga corta que resaltaba su pecho, hombros y brazos ejercitados, y lo hacían ver como un tipo muy atractivo.

Hasta los cabellos los llevaba húmedos y algo despeinados, era evidente que acababa de darse una ducha.

—Bienvenida —dijo con sus grandes y feroces ojos mirando con inquietud los de ella, pero al reparar en el encargado de la mudanza, se mostró un poco irritado.

—¿Llegué en mal momento? —preguntó al imaginar que el estado de su nuevo casero se debía a que estaba molesto por su aparición repentina.

—No... claro que no. —Él pareció dudar un instante. Elizabeth notó que tuvo que cerrar los puños y abrirlos un par de veces para controlar sus nervios antes de darles paso a su casa—. Hay que llevar todo arriba. ¿Trajo a algún ayudante? —preguntó al hombre.

—Por supuesto, señor —aseguró el otro mientras se apresuraba a abrir la parte trasera de su camión de la que emergió un muchacho joven y alto.

Elizabeth se quedó parada en la entrada sin saber qué hacer, viendo como bajaban sus cosas del vehículo.

—Ven. Así ves la habitación.

Ella asintió y se mordió los labios mientras lo seguía. Supuso que viviría en algún área de la planta alta mientras él ocupaba el piso inferior, recordando que le había dicho que vivía solo. Adentro todas sus hipótesis se vinieron abajo cuando se encontró con una planta baja casi destruida.

Los bellos arcos de madera y los pisos de mosaicos perdían vistosidad por la cantidad de objetos, tierra y herramientas diseminadas por el espacio. Los muebles de madera gruesa se veían arrumados en las esquinas, algunos cubiertos por sábanas o lonas, y semiocultos por las sombras.

Era evidente que en ese piso se realizaba una importante remodelación, aunque, por la suciedad acumulada, parecía que llevaba décadas detenida.

Se apresuró a subir las escaleras tras él, hasta llegar a una planta algo más habitable a pesar del desorden que reinaba en ella.

—Aquí —dijo Julián, para evitar que la mujer evaluara su hogar con ojos agrandados, como si se tratara de la entrada al infierno. La dirigió a una habitación ubicada a la izquierda, junto a las escaleras.

El dormitorio era amplio, de techo alto y con grandes ventanales por donde entraba mucha luz. Elizabeth quedó enamorada de aquel lugar, era mucho más grande que su antigua «baticueva» y que todas las habitaciones en las que se había refugiado en Venezuela, e incluso, que su habitación de la infancia. ¡Y era toda para ella sola!

Pasó a un lado de Julián hasta llegar a uno de los ventanales, la sonrisa no le cabía en la cara. Abrió la cortina y las hojas de vidrio para asomarse al pequeño balcón. La brisa cálida le alborotó los cabellos rodeándola con los aromas a libertad que traía consigo.

Aunque lo que veía eran más casas, aquel barrio contaba con zonas verdes cercanas y casi todos los balcones vecinos estaban poblados de plantas que le daban un toque verde y fresco al lugar.

—¿Te gusta?

La pregunta del hombre la regresó a la realidad. Ella se había apoyado en la baranda de madera para disfrutar de la vista, pero al alejarse un poco para encararlo notó que sus manos estaban llenas de polvo.

—Es precioso... —dijo con sinceridad, y se sacudió las palmas.

Su primera impresión fue tan impactante que no había notado que el sitio no estaba del todo limpio. Se percibía que lo habían barrido y pasado algún trapo, pero nada a profundidad.

—...Y es muy grande. Tendré mucho espacio libre luego de que haga entrar todas mis cosas.

Él se guardó las manos en los bolsillos del pantalón.

—Me alegro —expuso y paseó su atención por el lugar para no posarla en ella. Su inquietud parecía en aumento y eso a Elizabeth le producía curiosidad.

Para tranquilidad del hombre, la llegada del encargado de la mudanza con partes de la cama de la mujer lo salvó de decir algo más. Rápido salió de la habitación y caminó en dirección a las escaleras.

En ese momento Elizabeth se dio cuenta que en ese dormitorio faltaba algo: no tenía baño. Corrió para alcanzarlo y consultarle ese detalle encontrándolo en los primeros escalones.

—¿Y el baño?

Julián quedó paralizado y solo volteó la cabeza para responderle.

—Al frente. Es la segunda puerta.

Después de decir aquello se apresuró por bajar. Ella no sabía si lo hacía para ayudar o para huir de algún interrogatorio.

Mientras el encargado de la mudanza iba por más cosas, ella repasó el piso superior. Frente a su dormitorio se hallaban tres puertas, una de doble hoja que parecía una habitación grande y otras sencillas de cuartos más pequeños.

Imaginó que la del medio era el baño, así que atravesó lo que sería una sala de estar, algo desordenada por la cantidad de libros, papeles y otros objetos que se hallaban desperdigados, para llegarse hasta ella.

Al abrirla, confirmó sus sospechas y sonrió con alivio. Al menos, ese sitio estaba limpio y ordenado.

Al escuchar que el joven que acompañaba la mudanza subía con más cosas, se apresuró por regresar a la que sería su habitación para organizar los pocos muebles que había traído. Cuando todo estuvo listo y logró cancelar el traslado y despachar al camión, subió a su dormitorio.

Se detuvo en mitad del cuarto dando un repaso a los alrededores.

Al mirar hacia la puerta halló a Julián parado bajo el marco, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Es un espacio muy lindo y enorme. Me encanta, pero... ¿te ofendes si vuelvo a limpiarlo?

Él intentó sonreír, aunque la mueca doblada que hizo solo le duró unos segundos.

—Hice lo mejor que pude, pero no soy bueno con estas cosas.

—¿Tú limpiaste? —preguntó sorprendida. No podía imaginarlo con una escoba y un plumero en la mano.

—La mujer que me ayuda los fines de semana no ha podido venir desde principios de mes. Está en Alicante, porque su hija dio a luz a su tercer nieto, así que me tocó hacer solo los deberes.

—Entonces... ¿no te haces un lío si limpio todo de nuevo?

—¿Puedo ayudarte?

La petición de él la dejó fuera de base. Por un momento ninguno de los dos supo qué responder.

—Si así lo quieres —expuso ella y buscó su mirada, que se notaba más escurridiza.

—Quiero hacerlo.

Aquellas dos palabras Julián las pronunció con un registro de voz diferente, más firme, profundo y decidido, uno que gustó a Elizabeth, ya que parecía romper en él cierto paradigma y lo transformaba de alguna manera. Se animaba a abrirse a otros.

Ella enseguida se puso manos a la obra un poco desconcertada por aquel cambio que se gestaba en su existencia. No sabía por qué razón sentía que la nueva vida que tendría en ese lugar

estaría marcada por situaciones especiales que pondrían a prueba su determinación.

Julián Arévalo representaba para ella una fuerza a la que no estaba habituada, extraña y misteriosa, una que le producía cierto miedo, pero también, una poderosa atracción.

Capítulo 10. Marcando límites.

La limpieza duró más de lo que habría programado y, para sorpresa de Elizabeth, Julián se mantuvo siempre activo. Hacía todo lo que ella ordenaba sin rechistar.

El trabajo lo llevaron a cabo en el más absoluto silencio, ninguno realizó algún comentario fuera de las órdenes que ella daba o las notificaciones de él de «ya está hecho».

No compartieron ninguna anécdota u opinión, solo miradas. Unas tan profundas y ansiosas que eran capaces de erizar la piel de ambos.

Una vez hubo culminado la habitación, desempacado y organizado todo, Elizabeth se fijó en la hora. Con amargura descubrió que le quedaban pocos minutos para ir al bar de salchichas. Estaba agotada.

Aunque no poseía muchas cosas, la mudanza había resultado una enorme tarea, pero no tenía tiempo para descansar o comer. Solo darse una ducha a las apuradas antes de salir al negocio.

Como Julián se encargaba de guardar los artículos de limpieza que habían utilizado, ella se acercó para notificarle que debía marcharse pronto.

Aún no habían firmado el contrato de arrendamiento que Hugo les había preparado, ni le hizo entrega del dinero correspondiente al alquiler de ese mes. Por eso lo buscó, para pedirle disculpas y prometerle que al día siguiente, antes de ir al trabajo, atendería esa situación.

Lo halló en la cocina, estancia ubicada al fondo. Era un espacio amplio y muy iluminado, que a su vez cumplía la función de comedor y poseía una terraza que daba a un pequeño patio trasero, tan repleto de plantas y maleza que parecía una jungla.

Al igual que el resto de la casa, la cocina se encontraba desordenada, aunque no tanto como la parte delantera.

—Disculpa, ¿podemos hablar?

Él guardaba en un estante ubicado bajo una encimera los artículos utilizados en la limpieza. Al escucharla, enseguida se levantó cerrando la puerta del mueble.

—¿Necesitas algo?

—En una hora entro a trabajar en el bar de salchichas, por eso quería pedirte si podíamos dejar la firma del contrato para mañana.

—No tienes que ir a trabajar hoy. Hablé hace minutos con Sergio y le pedí que justificara tu ausencia.

La noticia a la mujer le cayó como un balde de agua fría sobre la cabeza.

—¿Por qué hiciste eso? —consultó molesta.

—Porque estás en plena mudanza y aún no hemos firmado el contrato de alquiler —dijo, evidenciando que le había irritado el hecho de que ella se incordiará por su gesto.

—Lo entiendo, pero el que falte o no a mi trabajo es un asunto que debo resolver yo. No necesito que otro gestione un permiso por mí.

—Me gusta dejar las tareas culminadas y tú estabas muy ocupada desempacando. Sergio me escribió al móvil para consultarme sobre el desarrollo del entrenamiento del personal y aproveché la ocasión para informarle sobre tu traslado.

Ella apretó la mandíbula para controlar la rabia. No le gustaba que se metieran en sus asuntos sin notificarle. Más que una ayuda, esa acción la consideraba una falta de respeto.

—Te pido que no vuelvas a tomar una decisión referente a mí sin mi consentimiento. El

que me hayas dado un lugar en tu casa, no te da el derecho para disponer de mi vida. ¿Estamos de acuerdo en eso?

Él la observó impactado por la firmeza de sus palabras, que acompañó de una postura muy erguida y desafiante, una que le hizo estremecer los huesos.

Se cruzó de brazos, encantado por la actitud de la mujer. Adoraba los buenos retos, era adicto a ellos, aunque estos le hicieron un daño irreparable en el pasado.

La provocación de Elizabeth a Julián le gustó tanto, que por un instante olvidó los motivos por los que su existencia se había vuelto un infierno de culpas y sufrimientos para encararla.

—¿Tu alto sentido de independencia te hace incapaz de perdonar el gesto amigable que hice? Solo quería agradecerte por el excelente trabajo que llevaste a cabo hoy en mi negocio. — Ella lo miró con ojos agrandados—. En un día lograste que el personal contratado aprendiera y pusiera en práctica lo que otros instructores me aseguraron que se realizaría en semanas. Eso me da tranquilidad, ya que ahora sé que el tiempo de entrenamiento será bien usado y cuando se inaugure el bar contaré con personal capacitado para las tareas. Necesitaba retribuirte de alguna manera. Hoy me regalaste calma y seguridad y yo hice lo mismo. ¿Estuvo tan mal mi intención?

Elizabeth trató de disimular la vergüenza que sintió. Él solo había querido ser agradecido, aunque no sabía cómo hacerlo. Era evidente que estaba acostumbrado a llevar la batuta de cualquier espectáculo, un líder mandón y autoritario, quien tal vez aprendió a los golpes a bajar sus ínfulas.

Ella también tenía mucho que agradecerle, pero había un límite, incluso, para la bondad. Sus fronteras personales estaban muy bien delimitadas, si no las hacía respetar desde ya, pronto la invadirían y le harían más daño. Eso no iba a permitirlo.

—Bien, entonces, gracias por tu *intención* —recalcó la última palabra con ironía—. Iré a mi habitación a buscar el contrato y el dinero del alquiler para que cerremos esa tarea. Luego, antes de descansar, limpiaré un poco la sala y la cocina.

Después de decir aquello, se dio vuelta y regresó a su dormitorio. Dejó a Julián experimentando un choque de emociones que estaban a punto de hacerlo sufrir de una apoplejía.

—¿Limpiar? ¡No tienes que limpiar nada! —expuso apresurándose a perseguirla.

Ella se detuvo frente a su habitación y giró sobre sus talones para encararlo con altivez.

—Toda la casa está hecha un asco y yo necesito retribuirle su buen gesto que tuvo conmigo al concederme una noche de descanso luego de la mudanza —explicó usando sus propias palabras.

—No tienes que retribuirme nada —soltó molesto.

—¿No tengo derecho a ser también agradecida?

—¡Claro que lo tienes! Pero no con eso, hay otras formas.

Ambos compartieron una mirada inquieta.

—¿Limpiar su sala y su cocina le parece un gesto excesivo?

—No es necesario que haga nada, yo me encargo de mis cosas —expuso más calmado, aunque intimidado por la postura arrogante de la mujer.

—Es incómodo vivir en una casa tan desordenada, eso desestabiliza las energías en el cuerpo.

—Mi cuerpo ha vivido bien todo este tiempo.

—Pero el mío es sensible al entorno —lo siguió provocando, aunque solo por gusto.

Su carita de perro apaleado, además de resultarle adorable, le daba a entender que él captaba el mensaje de respetar sus fronteras.

—Entonces... dividamos la casa. —Ella alzó las cejas con incredulidad. Conocía muy bien

sus límites, pero los de él parecían desdibujados en su propia cabeza—. La parte derecha será la mía y la izquierda la tuya. Si quieres ordenar para sentirte bien, hazlo en tu parte, pero espera a que mueva mis cosas personales a la mía.

Cuando vio que le daba la espalda para disponerse a cambiar la ubicación de los muebles de la sala, asumiendo una postura resignada, de hombros y cabeza gacha, se indignó.

¿Qué carajos le pasaba a este hombre que era capaz de denigrarse por favorecer a una mujer, y en su propia casa?

—¡Espera, eso no es necesario! —Cómo veía que él no se detenía tuvo que ponerse más agresiva—. ¿Te das cuenta que es estúpido lo que pretendes hacer?!

Elizabeth tuvo que tragar grueso para deshacerse de su rabia sin perder la firmeza. No quería ser dura con él.

—De tu lado está el baño que yo debo usar —siguió— y del mío está la escalera para salir de la casa y la entrada a cocina. A ninguno de los dos nos conviene esa división.

La mirada que él le dedicó, aunque era de entendimiento, estaba empañada con una inquietud latente que lo hacía dudar. Para Elizabeth, aquella actitud le mostraba las profundas heridas emocionales que él tenía y lo volvían inestable.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Julián, desconcertado.

—Hoy, nada —dijo ella con cansancio—. Vamos a dejar este tema por ahora. Me gustaría aprovechar mi noche libre para relajarme. Tú deberías hacer lo mismo, te noto muy tenso. ¿Estás de acuerdo?

Julián se irguió buscando esconder los dolores de su cuerpo, producto de la falta de descanso y de las duras exigencias a las que él lo sometía por castigo.

—De acuerdo. Pedí pizza para cenar, ¿me aceptas un par de trozos? Te noto hambrienta.

Ella entrecerró los ojos para aniquilarlo con una mirada letal. Vivir con ese hombre no iba a resultar una tarea fácil, su testarudez era difícil de manejar, siempre quería hacer las cosas a su modo.

Pero ya estaba demasiado cansada, tanto física como mentalmente, como para seguir un debate con él. Mañana sería otro día.

—Iré a buscar el contrato de alquiler —soltó dándole la espalda.

Así daba fin, por esa noche, a esa discusión.

Julián trazó una media sonrisa en su rostro al saberse vencedor, aunque su alegría no le era excesiva. Dio una ojeada a su sala desordenada con un pesar que lo hundía cada vez más en el abatimiento.

El plan era pagar sus culpas con un duro autocastigo, pero seguía cometiendo errores. No podía controlar su mancillada generosidad. Había llevado a esa mujer a su casa por un impulso momentáneo y ahora ella amenazaba con romper su condena.

No podía permitirlo. Tenía que ponerse firme y delimitar bien sus fronteras para que ella no se atreviera a traspasarlas nunca.

Capítulo 11. Un hombre *tripolar*.

La noche fue tranquila a pesar del acalorado debate que habían tenido luego de la mudanza. La única incomodidad que tenía Elizabeth con esa casa, era que debía llevar su ropa al baño para vestirse dentro de ese espacio después de la ducha. Sin embargo, aquel detalle podía pasarlo desapercibido, ya que la amplitud, la frescura, las buenas vistas y la comodidad de la habitación lo compensaban.

La compleja personalidad del casero tampoco resultaba un difícil inconveniente. Julián parecía un tipo molesto en ocasiones: autoritario, metiche y testarudo, pero en otros se comportaba como un chiquillo dulce y protector, aunque también, se veía asfixiado por culpas y miedos. Un sujeto algo «*tripolar*», lleno de cicatrices mentales, de rabias e inseguridades.

—Pero, ¿qué has hecho mujer? —se preguntó a sí misma en la privacidad de su habitación una vez que hubo finalizado el tema de la firma del contrato y de la tensa cena, y ya dispuesta para dormir.

Ella sabía que el problema más duro de atravesar en esa casa era controlar sus instintos. Julián Arévalo era un hombre muy atractivo, demasiado para su gusto, con una mirada salvaje que lo hacía quedar como un chico malo y perturbado, uno que a ella le atraía como abeja a la miel.

—Quién te viera atraída por esta clase de tipos —se reprendió a sí misma—. Tanto que criticaste a tus amigas que estaban de novias con sujetos de este calibre y ya tú andas con uno clavado entre ceja y ceja.

Se fue a dormir molesta con ella misma, haciendo un esfuerzo por no pensar en el hombre complicado que se hallaba al otro lado de la puerta, durmiendo a pocos metros de ella.

¿Tendría la costumbre de dormir desnudo? ¿Desarropado? ¿Roncaría? ¿Su piel estaría caliente?

En medio de un gruñido se dio vuelta en la cama y se cubrió la cabeza con la almohada sabiendo que tendría una difícil noche por delante.

Al día siguiente salió de su habitación con las pilas recargadas.

Aunque había tenido un sueño difícil, plagado por infinidad de sueños eróticos y fantasías sensuales que tenían a su nuevo casero como protagonista, llegó a dormir más de lo habitual. Con ayuda de esos recuerdos ardientes pudo tener un delicioso y placentero momento consigo misma antes de prepararse para enfrentar la jornada.

Cuando fue al baño a asearse no había visto a Julián por las cercanías, ni lo escuchaba, así que cuando se encontró con él en la sala al salir, ya vestido con su elegante traje, reprimió un suspiro.

Aún estaba estremecida por la descarga solitaria que había tenido esa mañana, por eso, al recibir la intensidad de su mirada no pudo evitar temblar de gusto.

—Buenos días.

—Buenos días. Preparé café y tostadas con tomate, espero te gusten.

Ella alzó las cejas, sorprendida.

—No tiene que alimentarme, jefe. Ayer aclaramos que tenía derecho al uso de la cocina cuando usted no estuviera allí.

Él sonrió con cierto nerviosismo, impactando más a Elizabeth.

—Y ya no estoy allí, así que puedes desayunar tranquila. Iré a alistar el auto y a comprar el

diario.

Él enseguida escondió la mirada y bajó las escaleras como si huyera de ella. Elizabeth tuvo que reprenderse a sí misma mentalmente para apartar los ojos de él e ir a la cocina a desayunar. Caía muy seguido en su trampa hechicera.

Mientras se llegaba a la estancia, sonrió divertida. Lo había notado mucho más relajado que la noche anterior, hasta se esforzaba por sonreír. ¿Se habría masturbado también esa mañana pensando en ella?

Imaginarlo en la habitación de enfrente desnudo y acariciando su miembro erguido la calentó de nuevo.

—¡Joder! —se regañó, dejando de mala gana su bolso sobre la encimera y viendo con cara retrechera el bello plato con su desayuno, adornado como si fuese el aperitivo de un restaurante de lujo—. ¿Me estás seduciendo? —se preguntó mosqueada.

¿Qué pretendía Julián Arévalo al tratarla de forma tan atenta esa mañana?

Prefirió no darse problemas y sentarse a tomar su desayuno para que no se le hiciera tarde. Minutos después, cuando terminaba de lavar la losa usada, Julián subió las escaleras. Lanzó sin mucho cuidado el diario sobre un sofá y rebuscó sin delicadeza entre la pila de papeles arrumadas en el escritorio una carpeta.

—El auto está listo. Te espero para irnos.

Ella tomó el bolso y se acercó a la sala algo confundida.

—¿Me llevará al trabajo?

Él la miró como si le hablara en una lengua ya muerta.

—Vamos al mismo sitio, ¿por qué no lo haría?

Elizabeth se irguió altiva.

—El transporte no está estipulado en el contrato de alquiler.

La sonrisa torcida de él, aunque fue bastante corta, a ella le pareció de burla.

—¿Tu espíritu libre e independiente es incapaz de aceptar un aventón? ¡Vamos, mujer! Ahora vivimos en la misma casa y nos dirigimos al mismo sitio, deja que te lleve.

Después de decir aquello se dirigió a las escaleras llevando en la mano lo que había estado buscando. La dejó asombrada por su repentina respuesta.

¿Dónde había quedado el hombre dulce y atento de la mañana, o el perturbado de la noche anterior? ¿De dónde había salido ese cínico arrogante?

—Qué tipo tan *tripolar* —masculló entre dientes antes de seguirlo.

En el bar el ambiente estuvo como siempre, en medio de una latente tensión. Ella tuvo mucho trabajo ese día con los nuevos mesoneros, les enseñó cada secreto que había aprendido de esa profesión: las maneras más efectivas para atender a los clientes dependiendo de su estado de ánimo y la forma en que podían manejar los pequeños inconvenientes.

Le incomodaba que en todo momento la siguiera la atenta supervisión de Julián, como si desconfiara de ella. Algunas veces él la miraba con seriedad, escuchando sus indicaciones como si sopesara cada palabra, otras se notaba molesto. Mantenía siempre el ceño fruncido y los brazos cruzados en el pecho. Tal vez, en desacuerdo con sus enseñanzas.

Ella decidió no hacerse un drama por su actitud e ignorarlo lo más que pudo. Si se preocupaba por las reacciones cambiantes de ese hombre, terminaría enloqueciendo.

Su trabajo se extendió hasta después del almuerzo, pues tuvo que realizar unas entrevistas de última hora. Para cuando logró terminar, debía marcharse directo al bar de salchichas, así que se despidió de Julián de forma rápida y seca antes de encaminarse a la puerta.

—Nos vemos en casa.

La despedida de él la hizo estremecer. ¿Cuándo había sido la última vez que le habían dicho esas palabras?

Llevaba mucho tiempo sola, porque incluso, antes de irse a España, los últimos años de relación que había mantenido con su novio Walter habían sido casi nulos. Pasaba más tiempo refugiada en las casas de sus amigas que en la del hombre.

Por eso, aquella inocente frase de Julián, pronunciada mientras la veía con fijeza, la sacudió por dentro.

Era lindo saber que alguien la esperaba. Que después de un largo y pesado día de trabajo, había un lugar cálido dispuesto para ella, con alguien ansioso por tenerla a su lado.

—Maldito psicópata —se quejó entre murmullos al estar sola en la calle, de camino a su próximo empleo. Sabía que aquella despedida la llevaría sellada a fuego en su memoria y la volvería inestable.

Se alejó de ese negocio sin saber que desde un ventanal alguien seguía muy atento su partida.

En el bar de salchichas la jornada no resultó menos perturbadora. Luciana y Gabriela habían reiniciado el trabajo el día anterior, justo cuando la muy puntual y siempre asistente Elizabeth había faltado al trabajo. Ambas estaban a punto de explotar por la curiosidad.

Igual se encontraba Giselle, que había hecho un fatal intento de interrogatorio cuando ella llegó. Elizabeth fue capaz de esquivar sus preguntas al mostrarse apurada por ocupar su puesto y comenzar la faena.

Pero lo peor llegó horas después, cuando faltaba poco para terminar.

Malena se hizo presente muy dispuesta a sacarle toda la información posible. Hasta se enfundó un delantal y se puso a atender mesas manteniéndose muy cerca de su amiga, casi como una sombra, para evitar que escapara.

—¿Qué haces? —quiso saber Elizabeth en un momento de calma.

—Me aseguro de que no huyas de mí. Conmigo tus tácticas escurridizas no funcionan, lo sabes.

La acosada puso los ojos en blanco.

—Todas ustedes son unas viejas chismosas.

—Di lo que quieras, pero tienes mucho que explicarnos, jovencita —acusó señalándola con un dedo, eso la hizo merecedora de un resoplido fastidiado de su amiga.

La jornada continuó sin contratiempos, pero al terminar, Elizabeth fue rodeada por sus amigas en la habitación de los empleados. Solo faltaba Giselle, que aún se hallaba en la cocina.

—¿Qué hacen?!

—Esperamos por ti —explicó Luciana con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Para qué? —soltó Elizabeth de mala gana y les dio la espalda para guardar el delantal y esconder su sonrisa divertida.

—Muévete, tenemos una mesa reservada en el bar irlandés —informó Malena.

Elizabeth las observó con ojos agrandados.

—¿Ya reservan mesas en el bar irlandés?!

—Le avisé a Mario por móvil y él nos la reservó.

Ante la confesión sin malicia de Gabriela, Elizabeth se mostró aún más sorprendida, aunque poniendo una cara mosqueada.

—¿Desde cuándo chateas por móvil con el copropietario de un bar irlandés, niña?

La aludida se puso blanca como el papel.

—¡Déjala en paz! —saltó Malena ansiosa—. Vamos, que tienes un chisme muy grande que

contarnos. Luego, te pones al día con el de las demás.

Luego de eso, Elizabeth fue literalmente arrastrada afuera por sus amigas y llevada al bar irlandés, donde solían reunirse para contarse intimidades y relajarse de la ardua jornada de trabajo.

La sonrisa no se le borraba del rostro. A pesar de sus problemas, esos eran los momentos que más amaba de su vida: el poder compartir con gente que de verdad la quería.

Capítulo 12. ¿En dónde te metiste?

Elizabeth fumaba sentada junto a una ventana mientras veía, con los ojos entrecerrados, a Gabriela hablar muy animada en la barra con el copropietario del bar al que habían asistido.

El rostro sonrojado de la joven, el brillo intenso de sus ojos y su sonrisa nerviosa los notaba sospechoso.

—¿Gabriela se está acostando con ese tal Mario?

—¡Por Dios, Elizabeth, claro que no! —expuso Malena escandalizada—. Solo tienen un tonto. Él es muy atento y cariñoso con ella y sabes que ella es muy tímida, pero también, sensible. Cayó con facilidad en sus redes.

Mientras Malena daba un trago a su bebida, Elizabeth detallaba con atención el comportamiento de la chica. Era buena deduciendo cosas con solo evaluar las acciones de alguien.

—Ya sé. Entonces, esa actitud rebelde que tiene con su madre de imponerse y trabajar por su cuenta mientras estudia, no es por un sentimiento de mujer empoderada que mantiene el control sobre su vida, sino para estar cerca de este adorable ciudadano español cada vez que salga del bar de salchichas. ¿Cierto?

Malena la observó con ojos agrandados. Su amiga sonreía satisfecha al tiempo que le daba otra calada a su cigarrillo.

—Luciana y ella se han hecho muy amigas y se dicen todo. Gracias a eso, yo he podido saber algo.

Ahora Elizabeth dirigió su atención a Luciana, que estaba en la pista bailando muy pegada a un negro con marcado acento francés, quien las había saludado al llegar como si las conociera de toda la vida.

—Pero tu linda hermanita sí que se está devorando al francesito —dedujo impactando aún más a su amiga—. De seguro está en esa etapa de: «un clavo saca a otro clavo», ¿no es así? Ese debe ser el sustituto del traidor doctor Ares.

Malena respiró hondo, con resignación, y dio otro trago a su cerveza. Uno bien largo, con el que casi acaba la bebida. De esa forma dejaba en claro que no estaba de acuerdo con las acciones de su hermana, pero igual se mantenía a su lado apoyándola.

—Me gustaría tener tu poder de clarividencia para descubrir los secretos de las personas con solo verles las caras.

Ambas compartieron una mirada. Elizabeth suspiró y fumó un poco antes de hablar, sabía que Malena se refería a ella cuando hablaba de «descubrir secretos». Era su hora de contar lo que le sucedía.

—No te dije nada sobre mi urgencia de mudarme porque sabía que terminarías metiéndome en tu casa y no podía llevarte más problemas.

—¡Eres mi amiga, no eres un problema!

—Porque soy tu amiga sé en qué momento molestarte y en cuál alejarme —apuntó con firmeza—. No sabes decir que No, por eso estás hasta el cuello de cosas. De todas formas, tú ibas a ser mi opción C.

—¿La C?! —inquirió indignada.

—Sí, la A era buscar por mi cuenta, la B pedir a Hugo que me asesorara, ya que él ha trabajado con inmobiliarias y tiene contactos, y la C eras tú. Mi bote salvavidas.

Malena se irguió con altivez sintiéndose un poco mejor, aunque luego la observó con perspicacia.

—¿Y qué letra tenía Julián Arévalo?

Elizabeth puso los ojos en blanco.

—Ninguna. Él es como la «ch» o la «ll», están fuera del abecedario porque no son letras en realidad, pero se niegan a irse por orgullo.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó sin comprender la comparación.

—¡Qué es un metiche! Escuchó cuando le dejé un mensaje en la contestadora a Hugo pidiéndole asesoría, porque se me acababa el tiempo, debía mudarme cuanto antes y no conseguía nada por mi cuenta. Se conmovió con mi voz desesperada y me ofreció un espacio en su casa.

—¿Y tú lo aceptaste así, sin más, sin conocerlo y a pesar de que no paran de discutir en el trabajo porque él desconfía de ti?

Elizabeth respiró hondo y apagó la colilla en un cenicero antes de responder.

—Cuando llegué a Valencia, caí en la casa de Franco por recomendación del jefe que había tenido en Madrid, a quien tampoco había conocido mucho. Al estar aquí y luego de una conversación de dos horas, Franco me alquiló un anexo en su casa sin documentos y dando un aporte inferior al que pedía. Hicimos un contrato *híperilegal* como sostén mientras me estabilizaba. Yo acepté quedarme con él aunque me parecía un tipo sospechoso, poseedor de una personalidad excesivamente bondadosa y con una mujer que se escondía tras las cortinas para ocultar su cuerpo cadavérico y descompuesto. Cualquiera pensaría que era un psicópata que tenía a esa mujer secuestrada y torturada, y mira lo que pasó luego. Sin darme cuenta me había topado con las mejores personas de toda España y fui feliz con ellos por tres años.

—Es decir... ¿Julián podría ser una de las mejores personas de España y quien te hará feliz por muchos años?

Elizabeth puso de nuevo los ojos en blanco y tomó su cerveza.

—El tipo es muy sospechoso, Malena, y tiene actitudes extrañas: bondadosas en ocasiones, enfadadas en otras y hasta temerosas, pero la vida me ha enseñado a darle una oportunidad a la gente que me tiende una mano, porque nunca sabes si terminarás encontrándote con alguien bueno que podría hacerte la vida más fácil. Claro, sin dejar de estar alerta para evitar salir lastimada —aclaró con obviedad—. Ahora, si Julián resulta todo lo contrario y termina siendo un tipo déspota y peligroso, estaré tocando a la puerta de tu casa con todas mis cosas así sea a las cuatro de la mañana —finalizó y luego le dio un trago largo a su cerveza.

—Me levantaré enseguida a abrirte —aseguró Malena con su cerveza en alto, luego la bebió—. ¿Es cierto que tiene en su casa altares con calaveras, velas y santos de distintas religiones?

La pregunta casi ahoga a Elizabeth. Tosió para recuperar la respiración asustando a su amiga.

—¿De dónde sacas eso?! —quiso saber al estar más calmada.

—Una amiga de Sergio, que también lo conoce, me lo contó hace unos días.

—Dios, qué loca. No he visto nada de esas cosas.

A pesar de que aquello lo dijo con seguridad, luego recordó que esa casa tenía habitaciones que ella no conocía y una planta baja que no había recorrido, así como un patio que desde arriba no había podido evaluar por la gran vegetación reinante. No debía dar fe de algo que no sabía.

—Supuse que era una mentira, porque Sergio, aunque tiene tiempo que no va a la casa de Julián, me dice que su amigo nunca fue seguidor de alguna religión.

—La brujería no es una religión como tal, sino un conjunto de creencias —dijo ella de forma reflexiva—. Pudiera usarla para otros fines, como mantener cerca o lejos a alguien, o pedir que un muerto interceda por él para algo en particular, como una venganza.

—¡Ave María purísima! —exclamó Malena persignándose, lo que desató las risas de Elizabeth.

—¡Tonta! No creas en todo lo que te dicen. Julián es un tipo raro y un poco *tripolar*, pero su casa es normal. Muy desordenada, eso sí —aclaró eso último al recordar el estado casi deplorable de la vivienda—, pero lo más normal posible.

—¿Es *tripolar*? —preguntó confundida.

—Sí, como te dije, algunas veces está enfadado, otras tranquilo y otras como asustado, pero creo que es por algún asunto emocional. Me da la impresión de que ha pasado mucho tiempo solo, apartado, y ahora, que tiene que relacionarse de nuevo con la gente se muestra inseguro e inquieto.

—Lo único que Sergio me ha dicho, y su amiga, es que Julián sufrió mucho en el pasado por una pérdida y quedó muy marcado, se alejó de todos y ahora está reincorporándose al mundo.

—¿Ves? Todo es cuestión de darle una oportunidad hasta lograr que se abra. Yo confío en Sergio y Sergio confía mucho en él, por eso decidí aceptar su propuesta. Si no fuese así, jamás habría ido a vivir a su casa.

Aunque Malena quedó satisfecha con aquella explicación, la propia Elizabeth debió disimular sus dudas.

Sentía mucha curiosidad por Julián Arévalo, por su personalidad tan cambiante y por ese misterio que lo rondaba.

Le parecía sospechoso que Sergio no supiera nada de lo que había atravesado el hombre, ni esa amiga suya. ¿Se trataba de una pérdida? Pero, ¿de quién? ¿De una madre, un hermano, o una amante? ¿Qué tan dramática tuvo que haber sido para que lo mantuviera por tanto tiempo tan afectado?

Las dudas se le acumulaban en la mente produciéndole más interés por aquel sujeto, una inquietud que no quería que parara en ansiedad, pero que cada día resultaba más intensa.

Tenía ganas de desvelar los secretos de Julián Arévalo y ayudarlo a superarlos.

Luego de pasar un par de horas con sus amigas, poniéndose al día con sus dramas: como el nuevo romance platónico y oculto de Gabriela, la forma en que Luciana superaba la traición y los líos de Malena con su exmarido Antonio, que seguía insistiendo en recuperar la relación con ella enfadando a Sergio, Elizabeth pudo volver a la casa de Julián, que ya había bautizado como su nueva «baticueva». Aunque, esta vez, no por lo pequeña, sino por el enigma que encerraba.

Era muy entrada la madrugada cuando subió las escaleras, dispuesta a darse una ducha rápida para irse a la cama porque en la mañana debía ir a cuidar de Guillermina Catalina Ibáñez de Rocca, la abuela de Hugo.

Sin embargo, quedó de piedra al ver a su casero despierto, parecía trabajar revisando la enorme cantidad de papeles que tenía sobre el escritorio con todas las luces apagadas, solo alumbrado por una lámpara.

—Buenas noches —dijo extrañada.

—Serán buenos días —expuso él con cierto tono de burla—. Es muy duro el horario nocturno del bar donde trabajas, apenas podrás dormir un par de horas antes de que debas levantarte para ir a tu próximo empleo.

—Hoy fue una noche especial. Me reuní con mis amigas luego de mi jornada para

contarles de mi mudanza. Normalmente tengo cuatro horas de descanso.

—Igual sigue siendo muy duro ese horario —rebatí ahora con una voz más seria y un semblante preocupado que a Elizabeth le enterneció.

—Esos son los sacrificios que debe hacer una inmigrante para sobrevivir en el exterior y ayudar a la familia que dejó en su país de origen.

—¿Y por qué no te los traes a España?

Elizabeth amplió los ojos en su máxima expresión. A diferencia de su amiga Malena, que había hecho hasta lo imposible por trasladar a su hermana a ese país para así tenerla cerca, ella no podía hacerlo con los suyos... ni quería.

Primero, porque ninguno de ellos tenía pasaportes y gestionarlos sería costosísimo y complejo. En una ocasión lo había hablado con su madre y ella había sido enfática en asegurar que no haría ese trámite porque resultaba engorroso gestionar un documento que no iba a usar, porque no deseaba marcharse a ningún otro rincón del planeta. Moriría en Venezuela, como lo habían hecho sus padres, familiares y amigos queridos.

Y segundo, porque no podía echarse esa enorme carga encima. Ella quería a su gente y hacía hasta lo imposible por ayudarlos, pero desde la distancia.

No existía entre ellos un nexo mayor que ese debido a las circunstancias y al tipo de vida que habían llevado.

Su madre no era como había sido la de Malena, fallecida hacía poco, dulce, consentidora y solidaria. La de ella era mucho más independiente y exigente. Tenía su propio estilo para ser cariñosa, sin exageraciones ni compromisos.

Cuando estaba junto a Elizabeth la absorbía en todos los sentidos, hasta dejarla agotada y vacía, pero desde la distancia mantenían una relación más cercana, confidente y, hasta en cierto punto, colaborativa.

Lo más sano para ambas era quedarse así. De esa forma ninguna de las dos se sentiría invadida y seguían ayudándose a sobrevivir.

—No tienen pasaportes y ese trámite es muy difícil de realizar.

Solo dio esa pequeña explicación. Para el resto necesitaría contar demasiadas anécdotas y detallar sentimientos que no todo el mundo comprendía.

Estaba cansada para ese tipo de conversación, así que se dirigió a su habitación sin más, pero Julián se puso de pie, deteniéndola.

—¿Comiste algo?

—Sí. En el bar Giselle siempre nos da algo de cena.

Él paseó su mirada nerviosa por la sala oscura, como si quisiese preguntar algo más, pero sus inseguridades se lo impedían.

Elizabeth recordó la conversación que había tenido con su amiga sobre él, de esa misteriosa pérdida que había sufrido y le había dejado grandes heridas.

Tenía ganas de conocerlo y de consolarlo, pero el cuerpo ya no le daba para más, a esa hora se hallaba exhausta y solo tenía dos horas para recuperar energías.

—Mañana saldré temprano, porque debo ir a la Alcaldía a terminar de gestionar unos permisos para la apertura del bar. Te dejaré desayuno preparado.

—Yo me activo dentro de dos horas, para que hagas eso tendrías que despertar antes.

—No voy a dormir, no tengo sueño —confesó cabizbajo.

Ella alzó las cejas con curiosidad. La intriga la carcomía, pero las horas de descanso se le iban, no podía perder más tiempo con esa conversación o terminaría quedándose con él despierta toda la noche.

Repasó la sala oscura antes de continuar su camino a su habitación. Notó que, además de la luz de la lámpara del escritorio, había otra débil y temblorosa que salía del interior de la habitación de él.

Julián había dejado la puerta abierta con tan solo una rendija. Aquel pequeño espacio era suficiente para que ella percibiera esa extraña luz, que era evidente, provenía de una vela.

Se inquietó al recordar lo que Malena le había preguntado, sobre el altar con calaveras, velas y santos. Observó al hombre algo asustada, viendo como él se había sentado de nuevo y parecía retomar su trabajo.

¿Estaría practicando magia negra dentro de la casa?

La idea alteró sus nervios, así que se despidió y se encerró con rapidez en su dormitorio olvidándose de su intención de bañarse. Ya lo haría en la mañana, cuando él no estuviera. Ahora, le costaba darle la cara.

—¿En dónde carajos te metiste, estúpida? —se reprendió a sí misma en susurros.

Capítulo 13. Otra carga más.

El cerebro de Elizabeth estaba a punto de expulsar humo a la mañana siguiente. Su cabeza no hacía otra cosa que pensar y repensar en el misterio de Julián Arévalo. Como si su vida ya no tuviese demasiados conflictos qué resolver, se le antojaba sumar otro a su larga lista.

Ese día, al despertar de su «siesta de dos horas», salió de su habitación hallando la casa deshabitada. Su primer acto, en vez de ser entrar al baño para darse la ducha que tenía pendiente, fue intentar abrir la puerta del dormitorio del hombre.

Como era de esperarse, él había pasado el cerrojo. Si era cierto que guardaba allí un altar de brujería, no lo tendría al alcance de su inquilina metiche.

Al hacérsele tarde para ir a la casa de Guillermina, se olvidó de momento del asunto para prepararse, comer las magdalenas que el hombre le había dejado preparadas y correr a su trabajo de ese día.

Llegó casi por los pelos al departamento. Olivia, la hermana de Hugo, la esperaba con su bolso en las manos para irse a su clase de Yoga.

—Está viva, pero le enyesaron una pierna. Dicen que se cayó en el baño, pero yo sé que no es así —comentó Guillermina en referencia a Rufina, como ella llamaba a su vecina de enfrente, quien, según su vigilancia, estaba siendo torturada por el infiel de su marido para que no le hiciera ningún reclamo.

—¿Y cómo sabes que se cayó en el baño? —quiso saber Elizabeth llevándole una taza de té de manzanilla.

La anciana veía con atención por la ventana al apartamento de su vecina con ayuda de sus binoculares, mientras su perezoso gato Lolo dormitaba sobre su regazo.

—Porque Augusta me dijo.

—¿Augusta?

—La vecina del 1C. Hablamos por teléfono para pasarnos información. La hija de ella conoce a esa mujer porque estudiaron juntas en el colegio.

Después de dejar el té en la mesita móvil, que ya estaba ubicada junto a Guillermina y ver cómo ella dejaba sus largavistas en el sillón para ocuparse de tomar un trago de su bebida, se asomó por la ventana.

La vecina del 1C era una anciana ubicada en el departamento de al lado, una que no debía llegar aún a los noventa años, pero podría estar muy cerca. Imaginar a las dos viejas asomadas a la ventana con binoculares para vigilar a los vecinos y comunicarse sus pesquisas por teléfono la hizo estremecerse.

¿Cuántas más habría en los alrededores pendientes de ella?

—¿Y qué ha pasado con la telenovela de la mañana? —preguntó tomando el control remoto para buscar a la susodicha y así cambiar la atención Guillermina de la vecina al televisor.

Si los vecinos se mataban entre ellos, ella terminaría en la policía como testigo de un crimen pasional y relataría una historia que mezclaba con sus fantasiosas suposiciones.

—Amaranta se fue a África.

—¿No se casó con Igor? —consultó impactada, y se sentó junto a ella cuando logró encontrar la telenovela que buscaba.

—No, era evidente. Ella ama a Juan Alberto, pero no lo acepta porque su hermana está enamorada de él y van a tener un hijo.

—¿La hermana de Amaranta va a tener un hijo de Juan Alberto, el hombre que ella ama?! —inquirió escandalizada.

No sabía qué era peor, si el chisme la vecina de enfrente o la novela que pasaban por televisión.

—Ese niño no es de Juan Alberto, sino de Igor, pero ambos no quieren decirlo porque así se aseguran de mantener separados a Amaranta y a Juan. Lo que ellos no saben, es que Amaranta está embarazada también, y cuando Juan se entere que tendrá un hijo con la mujer que ama, moverá cielo y tierra para estar con ella.

—Ave María purísima —masculló Elizabeth con una sonrisa al recordar la expresión que había pronunciado Malena la noche anterior al enterarse para qué servían los altares de brujería.

Le pareció que se amoldaba perfectamente a la situación que le contaba la viejita. Un drama excesivamente exagerado.

El problema fue que aquello le regresó a la mente el secreto de Julián y la misteriosa luz danzante que salía de su habitación. Quería asomarse al dormitorio del hombre para confirmar si lo que estaba al otro lado era un altar de brujería o no, y por qué motivos él mantenía una cosa de esas en su casa.

Sin darse cuenta pasó casi una hora pensando en su casero, con Guillermina muy entretenida viendo como avanzaba el drama de la telenovela en la televisión.

Cuando Hugo de repente entró en la casa, ella se sobresaltó. No esperaba que nadie volviera tan pronto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al hombre al correr a la puerta y verlo quitarse la chaqueta del traje y dejar el maletín sobre una mesa auxiliar.

—Es mi casa. ¿No puedo venir? —respondió jocoso.

—Claro que sí, pero no me avisaste que vendrías temprano, por eso me asustaste.

—Tuve que visitar un cliente por aquí cerca —notificó dirigiéndose a la cocina—. Como tengo unos minutos libres vine a descansar un poco, llevo días sin dormir bien porque el trabajo se me ha triplicado.

Ella evaluó el rostro cansado y ojeroso del hombre mientras lo veía rebuscar en la alacena.

—¿Vas a prepararte un té?

—Un café, pero Olivia vive cambiando de lugar las cosas. ¿Dónde estarán esos saquitos...?

Ella resopló divertida. Era cierto que Olivia vivía cambiando las cosas de posición y Hugo peleaba con ella por eso, pero los dos vivían muy a gusto juntos en esa casa con su abuela. Aquella familia le resultaba adorable.

—Yo te lo hago. Siéntate —le pidió y enseguida se puso manos a la obra.

Hugo tomó un botellín de agua y se sentó en una banqueta en la isla de la cocina. No pudo evitar emitir un gemido de cansancio al hacerlo.

—Te estás desgastando.

—¿Lo dice la mujer que tiene tres empleos a la semana y me acosa para que le encuentre otro?

Ella comprimió el rostro en una mueca de disgusto.

—Sabes que uno de esos me durará solo un mes.

—No puedes quejarte. Trabajar en ese nuevo bar no solo te permitió cubrir tu emergencia de dinero, sino que hasta te ayudó a encontrar un lugar donde vivir antes de que terminaras en la calle.

Ella se mordió los labios mientras ponía a hervir el agua para el café.

—No has parado de preguntar entre tu contactos por un trabajo y por un lugar nuevo, ¿cierto?

—¿Ya quieres abandonar a Julián?

—No, pero como te dije, el trabajo con él es solo por un mes.

—¿También lo de la habitación de alquiler? ¿Tan mal es vivir con ese hombre?

Ella suspiró hondo, incómoda por esa pregunta.

—No es malo, tan solo llevo dos noches allí, solo que...

—Sabes que no vas a encontrar en toda Valencia un alquiler tan económico como ese, que además, tiene una ubicación muy buena. La casa de Julián está mucho más cerca al bar de salchichas y a mi casa que tu anterior piso.

—Sí, lo sé, es casi perfecto, pero... —Pensó en Julián y en sus misterios. Sabía que se hacía un drama por seguir rumores y eso no era propio de ella. Siempre fue una mujer práctica y descomplicada, no podía cambiar su actitud solo por las ideas preconcebidas de otros—. ¿Sabes qué? Olvídalo. Le daré una oportunidad. Con el tiempo podría volverse divertido.

—Es un tipo raro, pero es buena gente. Conmigo, al menos, ha sido muy respetuoso.

—Pero no dejes de ayudarme con lo del trabajo —advirtió señalándolo con un dedo antes de hundir el saquito de café en el agua hervida—. En unas semanas estaré urgida de nuevo por eso.

—Seguiré preguntando —aseguró Hugo como si fuese un quejido.

—Aunque necesito tu asesoría en otra cosa —anunció ella mientras servía la bebida en una taza.

—Ahora, ¿qué pasa?

—¿Cómo puedo buscar a una persona en Venezuela estando yo en España? —consultó en referencia a su hermano Asdrúbal.

Tema que había dejado de lado esos días por culpa de la mudanza y del inicio en el nuevo trabajo, pero que le urgía también atender.

—¿Se perdió tu mamá?

—¡No! —expuso ella agregando edulcorante café—. Tengo un hermano que es dos años menor que yo. Hace cinco años salió de Caracas a Ciudad Bolívar, una región ubicada al sur de Venezuela, muy cerca de la frontera con Brasil. Allí trabajó en las minas de oro con un tío paterno y, hasta donde sabía, le iba más o menos bien, pero... desde hace unos meses dejó de comunicarse con mi madre. Ella ha tratado de llamarlo de nuevo, sin éxito. Mi tío dice que cree que emigró con unos amigos a Colombia, aunque no está seguro.

—¿Y no tienes números telefónicos de él? —consultó el hombre recibiendo su bebida para darle un cuidadoso trago, porque estaba muy caliente.

—Uno que me facilitó mi madre, pero ya pertenece a otra persona.

—¿Y qué dice exactamente tu tío?

—No he hablado con él.

—Pues, deberías llamarlo —dijo dando más tragos a su café y gimiendo de gusto—. Averigua si tu hermano poseía otros números telefónicos y cuándo se marchó supuestamente a Colombia y por qué lo hizo, así como los nombres y teléfonos de esas personas con las que se fue.

—Mi madre solo sabe que son antiguos amigos de él, de cuando vivía en Caracas con ella.

—¿Y qué hacían esos chicos en Ciudad Bolívar? Tal vez tu hermano regresó a Caracas, con ellos, y no le dijo nada a tu madre.

—No creo —expuso algo insegura.

Asdrúbal había sido más despegado a la familia que ella, incluso, de niño. No le afectó mucho la partida de su padre, porque poco había compartido con él, ni los bruscos cambios que se produjeron cuando su madre se casó de nuevo y tuvo más hijos.

Al ser hombre, Felicia impedía que hiciera labores domésticas porque aseguraba que no le correspondían, eso lo volvió flojo y consentido, pero desde que cumplió los dieciséis años lo atormentaba con trabajar, cosa que el chico no quiso hacer.

Apenas cumplió los dieciocho se fue a vivir con su tío a Ciudad Bolívar abandonando sus estudios, así evitaba discusiones con su madre. Felicia en ocasiones lo llamaba exigiéndole que regresara con ella a Caracas, pero él se negaba y cada vez iba menos a visitarla. Había temporadas en que ni siquiera la llamaba.

Felicia era quien mantenía el contacto, aunque lo hacía cuando necesitaba algo de él. Si Asdrúbal se había marchado a otro país sin decir nada, no sería de extrañar, pero igual ella no dejaría de buscarlo, al menos, para saber si se encontraba bien.

—El asunto es... —continuó Hugo ya más relajado, gracias a su café—, que tu tío fue la última persona que supo de él. Tienes que llamarlo y pedirle información más exacta. Intenta averiguar quiénes estuvieron cerca de él en la época en que desapareció y sus números de contacto. Alguno de ellos podría darte una ubicación.

Elizabeth suspiró, sintiendo como un peso más caía sobre sus hombros. Llevaba demasiadas cargas en ese viaje, pero no podía ignorar ninguno. Felicia no iba a mover un solo dedo por buscar a Asdrúbal y ella no podía dejar que pasara más tiempo sin saber algo de su hermano.

Aunque desde que ella había tenido que irse de su casa no tuvo con él una relación estrecha, de pequeños fueron muy unidos y esos recuerdos le arrugaban el corazón despertándole amargas inquietudes.

No estaría en paz hasta no quitársela.

Capítulo 14. Una mujer sin filtro para depurar pensamientos.

El resto de la semana pasó casi en un suspiro. Elizabeth se dedicó esos días al trabajo e intentar averiguar algo con respecto a su hermano. Logró conversar con su tío enterándose de los últimos pasos de Asdrúbal.

El chico se había enamorado de una joven que tenía a familiares viviendo en Colombia. Ella lo había convencido de pasar una temporada en ese país, para trabajar como ayudantes en una empresa de espectáculos.

No le había contado nada a Felicia porque el viaje no era del todo seguro y de hacerlo, no sabía si duraría más de seis meses y luego regresarían a Caracas, porque en Ciudad Bolívar ya no les iba bien.

Desde que se había mudado a ese lugar siempre mantuvo contacto con sus amigos en Caracas, algunos se animaron a ir con él a Colombia y planearon reunirse para organizar el viaje.

La última vez que su tío supo de Asdrúbal, el chico viajaba a la capital con su novia para encontrarse con sus amigos.

El hombre le facilitó a Elizabeth los datos de un familiar de la joven que mantenía una relación con su hermano. Tener en sus manos aquella información la hizo sentirse más calmada, pudiendo enfocarse en el trabajo que tenía pendiente.

En el nuevo bar, el entrenamiento marchaba sobre ruedas. Los nuevos meseros rápido se compenetraban con las labores que les exigirían. En el bar de salchichas, a pesar de contar con apoyo por la reincorporación de Luciana y de Gabriela, la partida de Giselle a Francia hacía que sus responsabilidades aumentaran al máximo. Sergio y Hugo dejaron sobre sus hombros el control total del personal, siendo agobiante.

Por eso el domingo se ocupó de relajarse lo más que pudo.

Para evitar compartir con Julián, y escapar de su mirada inquietante, se marchó a la casa de Malena. Ambas, para pasar el tiempo, se dedicaron a la cocina, un hobby que comenzaba a apasionarles. Elaboraron tapas con estilo venezolano.

Entre risas y anécdotas prepararon arepas, empanadas, tequeños (palitos de queso envueltos en masa) y patacones (rebanada machacada y frita de plátano) con diferentes guarniciones, como carne molida en salsa, carne mechada, pollo, ensalada y caraotas negras.

No solo cocinaron los alimentos, sino que se entretuvieron diseñando diversas presentaciones de *emplatados* que pudieran resultar atractivas al público. Alejandro y dos de sus amigos del instituto fueron los conejillos de india para probar y valorar los platillos.

Al llegar a la casa de Julián la encontró vacía, así que decidió limpiar un poco la cocina y acomodó lo que había llevado de los aperitivos preparados con su amiga sobre la mesa del comedor, como si fuese la presentación de un chef.

Cuando el hombre apareció, ella se hacía la desentendida mientras lavaba unos platos.

—Hola, buenas tardes —saludó él, pero casi enseguida quedó mudo y hasta detuvo sus pasos.

Ella cerró el grifo, se secó las manos con calma y se giró para enfrentarlo. Estaba ansiosa por conocer la opinión de él sobre el platillo dejado en la mesa.

Lo vio observando maravillado la presentación.

—Hola, ¿qué te parece?

Él dibujó una sonrisa en su rostro que lo hizo más atractivo.

—Se ve exquisito. ¿Qué es? —preguntó aproximándose para detallar los alimentos.

—Es una tapa venezolana que diseñamos Malena y yo. Tiene varios aperitivos propios de nuestra tierra, incluso, la salsa de ajo y la de queso fueron hechas al estilo venezolano.

El hombre arqueó las cejas asombrado y tomó una pequeña arepa.

—¿Puedo probarlo?

—Lo traje para ti.

Julián se impactó y enseguida se sentó en la mesa para comenzar a probar las delicias presentadas. Gemía de gusto cada vez que se metía algo a la boca.

Elizabeth destapó una cerveza y se ubicó frente a él, acercándole la bebida.

—Supongo que todo es de tu agrado —comentó ansiosa al ver sus gestos de fascinación.

—No había probado la comida venezolana —confesó antes de dar un trago a la cerveza—. Es maravillosa. Posee una gran variedad de sabores. ¿Piensan montar un negocio o algo por el estilo?

Ella se sobresaltó por la pregunta. Nunca se le había ocurrido.

—No, solo... lo hicimos por diversión.

—Ustedes sí que se divierten —respondió con una sonrisa más ancha, que a ella llamó mucho la atención.

No lo había visto tan sonriente y accesible. En el bar, la relación entre ellos seguía tirante, aunque procuraban llevarla de la mejor forma posible, y en casa se hablaban muy poco, solo para lo necesario.

Sin embargo, ese día se mostraba más dócil y abierto, sonreía, que eso ya resultaba un logro sorprendente.

—Sergio me comentó que antes trabajabas en finanzas.

La intervención de ella endureció de nuevo las facciones del hombre, como si la mención de su pasado despertara amargos recuerdos.

Después de un minuto de silencio, Julián se animó a responder, pero esta vez, sin sonrisas en el rostro.

—Dejé la profesión hace dos años.

—¿Prefieres ocuparte de mezclar tragos que de analizar números?

Él la observó con rudeza, como si cada palabra de ella abriera una herida que no había cicatrizado.

—Los números asustan a la gente, los tragos los relajan.

—Eso es cierto —dijo algo apenada. No entendía muy bien por qué sentía vergüenza de sacar ese tema a relucir. Quizás, el hecho de haber robado la calma del hombre con sus preguntas indiscretas podría significar algo—. Pero cuando uno siente pasión por algo, aunque sea una actividad no tan popular entre la mayoría, debería dedicarse a eso a tiempo completo, ¿no lo crees?

—No si eso daña a las personas que te rodean.

—Las finanzas pueden llegar a ser dañinas, e incluso, mortales en algunos casos, pero nunca he escuchado que dedicarte a eso afecte a alguien, a menos, que sea algún ser egoísta que pretenda manipularte y odie que hagas algo que a él no le guste.

Las duras palabras de Elizabeth empalidecieron al hombre y volvió fiera su mirada. Dejó de probar los aperitivos para limpiarse la boca con una servilleta de papel.

—Te hace falta un filtro en la boca, ¿cierto?

La pregunta del hombre, pronunciada con el mayor tono de reproche existente en la faz de la tierra, la inquietó.

—¿Un filtro?

—Para depurar tus palabras y así dejar las hirientes bajo resguardo impidiéndoles el paso.

Esa frase fue como un disparo directo al pecho, que la dejó tiesa, sin opción a reacción, mucho menos, cuando lo vio levantarse para dirigirse a su habitación.

—¡Julián, espera! —pidió al verlo caminar apresurado al pasillo. Corrió para seguirlo—. No pretendí ofenderte.

—Pero lo hiciste —aseguró sin encararla ni detenerse.

Ella aceleró para alcanzarlo.

—Si insulté a alguien, fue a la persona que te empujó a dejar lo que amas, porque es evidente que te obligaron a ello.

Julián se detuvo en seco. Elizabeth tuvo que frenar de forma brusca para no chocar con él y así enfrentarlo con altanería cuando se giró para traspasarla con su mirada sanguinaria.

—No se te ocurra...

—Mi intención no fue causarte un disgusto, sino conocerte un poco más —se apresuró por aclarar antes de que él dijera algo hiriente que convirtiera esa discusión en una pelea cargada de ofensas.

—En el contrato que firmamos no está estipulado que debas conocerme a fondo.

—Eso es parte de la convivencia, cuando me ofreciste un espacio en tu casa permitiste que entrara en tu vida.

—¡No quiero a nadie en mi vida!

—¡Entonces, debiste dejar que me quedara en la calle!

Ambos compartieron una mirada salvaje y retadora, una que ardía por las rabias, los miedos y las ansiedades que bullían dentro del organismo de cada uno.

—Yo solo quise ayudarte. Me enferma ver a una mujer llorar. Si tengo los recursos para evitar que eso pase, lo haré por encima de lo que sea.

Elizabeth apretó el ceño, confundida. Había algo dentro de eso hombre que lo hacía un sujeto desesperado e inconforme. Su actuar no era espontáneo, sino producto de una ferviente culpa.

—Pues, te equivocas. Las ayudas no se lanzan al aire como si fueran confites, hay límites que deben respetarse y consecuencias que se deben considerar. Tú no me cediste un anexo en alquiler, me abriste las puertas de tu casa, del espacio que usas a diario y de la cocina donde guardas tus alimentos. Mientras estemos compartiendo el mismo techo y respirando el mismo aire tendrás que permitir que me acerque a ti, que te pregunte cosas aunque sean incómodas y que busque ser tu amiga. Si no quieres eso... —Se cruzó de brazos, mostrándose más altiva—. Te doy la oportunidad de que me echas ya mismo de tu casa. Me iré sin hacerte problemas, ni ahora, ni durante el tiempo en que dure el entrenamiento al nuevo personal de tu bar.

El silencio se sintió dentro de la casa como si fuese la estática de una tormenta eléctrica que estaba por caer. Los vellos de los brazos y nuca de ambos se irguieron, casi tanto como sus posturas soberbias.

Elizabeth esperaba impaciente su respuesta. Golpeaba el suelo con la punta de uno de sus pies inquietando a Julián, quien al verse acorralado por las exigencias de ella comenzó a mostrarse nervioso.

—No quiero que te vayas —dijo en voz baja. Su respuesta permitió que ella respirara otra vez.

Aunque se había comportado de forma firme y segura de sí misma, lo cierto era que por dentro se moría de angustia. Si él la echaba, no tendría otro sitio a donde ir. Solo tocar la puerta

de su amiga Malena, pero eso la haría sentirse una perdedora.

—Entonces, no te enfades por mis deslices. Si me dices con calma las cosas que te incomodan de mi personalidad, podré controlarlas para hacer más llevadera la convivencia. Soy una mujer muy curiosa y de mente práctica, como ves, *no tengo filtro que depure mi boca* —dijo con ironía—, pero soy capaz de reconocer los límites.

Él se envaró, respirando hondo y apretando los puños unos segundos para terminar de expulsar la rabia de su cuerpo y volver a la calma.

Luego la observó, con una intensidad que a ella estremeció, una que parecía traspasarla hasta llegar a lo más hondo de su alma.

—No quiero que controles nada, soy yo quien debe aprender a manejar mis prejuicios.

—¿Me prejuiciaste? —consultó confundida, pero él se envaró y retomó su camino.

—Disculpa, hablamos luego.

Elizabeth iba a decirle algo más. Sin embargo, no pudo porque Julián se introdujo con rapidez en su habitación dejándola sola en la sala.

Respiró hondo y se dio media vuelta para regresar a la cocina y recoger lo que había dejado sobre la mesa. Minutos después, él salía a las apuradas y bajó las escaleras para marcharse sin despedirse.

Ella lamentó que se fuera de esa manera, el paso que había logrado dar para acercarse a él lo retrocedió tres veces, alejándolo aún más.

No debió abordarlo de esa manera, aunque, cada vez que analizaba la situación, no hallaba el punto de inflexión donde al parecer, ella había cometido un error.

A modo de disculpa, se puso a limpiar y ordenar la casa. Tenía que hacer algo para no inquietarse por todos los problemas que soportaba sobre sus hombros. La limpieza, además, le distraía la mente y la ayudaba a relajarse.

La casa, en realidad, no estaba sucia, sino desordenada, y parecía que ese desorden fuese a propósito, algo estudiado.

A Elizabeth le extrañaba que Julián, quien en el bar era un tipo súper metódico, en casa resultara todo un lío. Su extraña actitud cada vez llamaba más su atención.

Pasó la escoba luego de colocar todo en su lugar, moviendo algunos muebles para asegurarse de llevarse cada partícula de polvo, pero, al pasar por un rincón cercano a la habitación del hombre, donde se hallaba un sofá pegado contra la pared, notó que el suelo estaba manchado con algo blanco.

—¿Qué es esto?

Se agachó para evaluar la salpicadura, que no lograba ser quitada con la escoba.

—Es cera seca —dijo desconcertada—. ¿Cera de velas?

Enseguida el recuerdo del fulano altar de brujería le vino a la mente, haciéndole erizar la piel.

Capítulo 15. Un hombre herido.

Julián no regresó esa noche y si lo hizo, Elizabeth ni se enteró. Se marchó temprano al bar arrepentida de haberlo abordado de forma brusca el día anterior.

En ocasiones le costaba controlar su curiosidad y las palabras que salían de su boca. Debía considerar que no todo el mundo estaba preparado para escuchar verdades.

Desayunó en un café cercano a su trabajo, sin apuros, aprovechando la ocasión para leer el diario de ese día y así distraerse con las penas de otros.

Al llegar al establecimiento, Julián ya se hallaba presente y, según le advirtió uno de los carpinteros que realizaba los últimos arreglos, tenía muy malas pulgas.

En medio de un suspiro de resignación se llegó hasta su oficina, sabiendo que la causante del mal humor del hombre era suya.

—Buenos días —saludó al entrar en la habitación, recibiendo una mirada iracunda. Igual decidió entrar y cerrar la puerta tras de sí—. Quiero pedirte disculpas de nuevo por lo que dije ayer. Si eso es lo que te ha puesto de muy mal humor, entonces, espero me perdones y limemos asperezas.

Él se levantó de su butaca con una lentitud pasmosa, clavando sus ojos feroces en ella.

Esa intensidad la estremeció, pero no la hizo retroceder. Estaba acostumbrada a manejar a sujetos enfadados y confiaba en su capacidad conciliadora.

Si lo dejaba en ese estado, todos en ese bar pasarían un día tenso.

—¿Qué quieres de mí?

Ella alzó las cejas con desconcierto mientras Julián rodeaba el escritorio para acercarse.

—¿De qué hablas?

—Te advertí que no organizaras mi casa, que si te sentías incómoda podíamos dividir los espacios y así limpiabas tu parte, pero igual hiciste lo que se te vino en gana.

Elizabeth tragó grueso, lamentándose haber cometido otro desliz que lo enfadara.

—Solo quise ser amable para compensarte por mi falta de tacto.

—¡Te advertí que no lo hicieras! —expuso con firmeza y usando un tono de voz más alto, ya muy cerca de ella. Su sombra desafiante la arrojaba.

—¡Disculpa, lo olvidé! —expuso inquieta.

La cercanía del hombre la desestabilizó. Podía captar con claridad el aroma de su colonia, el calor de su cuerpo tenso, e incluso, la amenaza latente de su mirada.

—¿Lo olvidaste? ¿Es todo? —Ella no supo qué decir. Abrió la boca para defenderse, pero Julián siguió avanzando, acelerando los latidos de su corazón que ahora palpitaba lleno de excitación—. ¿Estás en mi casa para provocarme? ¿Alguien te envió? —Elizabeth solo pudo apretar el ceño, confusa—. Me he mantenido tranquilo todo este tiempo, dejé de reclamar, de exigir. Acepté que las culpas cayeran sobre mí y que ellas me obligaran a pagar mi condena, pero ahora llegas tú a poner todo de nuevo de cabeza.

La mujer retrocedió, ahora asustada, quedando contra la puerta. Julián casi la rozaba, su cuerpo enorme estaba a punto de envolverla y su cara estaba demasiado cerca de la suya, sobre todo sus labios, unos que le resultaban muy tentadores.

—¿Todo ese drama por no tener dónde quedarte fue una treta para meterte en mi casa y atormentarme?

—Estás loco.

—¿Loco? ¿Te parece? ¿Es locura el resultado de la traición de todos ustedes?

Los ojos de Elizabeth se abrieron de par en par, podía entender qué ese hombre atravesaba una situación traumática y difícil, que lo mantenía en constante estado de alerta, haciendo cosas que odiaba y hallando a los fantasmas de sus enemigos en los rostros de las personas que lo rodeaban.

Quiso decir algo, defenderse, pero Julián le tomó con firmeza la barbilla para evitar que hablara y se moviera, aproximándose mucho más a ella, sobre todo, a sus labios entreabiertos. Los observara como si los deseará más allá de su fortaleza.

Sin embargo, un toqueo en la puerta los sobresaltó a ambos. La interrupción pareció pasar un interruptor en Julián, pues, ahora la miraba asustado, como si hubiese despertado de una pesadilla.

—Julián, es Sergio, ¿estás ahí?

Él se separó enseguida de ella. Sus manos temblaban, al igual que sus ojos, que además brillaban por lágrimas reprimidas.

Caminó hasta su escritorio frotándose el rostro con ambas manos, dándole la espalda. Tratava de borrar su semblante impregnado de terror y angustia.

Ella enseguida se giró y abrió la puerta.

—Jefe, buenos días —saludó procurando sonar divertida, como siempre.

—Elizabeth, ¿cómo estás?

Sergio la saludó con un beso y lanzó una mirada extrañada hacia Julián, que seguía dándoles la espalda.

—Bien, recibiendo las instrucciones del día. Iré a reunir al personal para iniciar el entrenamiento.

—Ya varios llegaron y están hablando con el chef en la cocina.

—¿Hoy se incorpora el chef?

—Sí, vino conmigo —reveló, dando una ojeada de nuevo a su amigo, que no había cambiado de posición. Rápido comprendió que allí había sucedido algo, ya que incluso, a la misma Elizabeth, le costaba disimular su impresión. Su rostro, aunque trataba de aparentar su habitual seguridad, reflejaban una inquietud latente—. Le hablé de ti y del trabajo que estás haciendo con el personal. Quiere reunirse contigo antes de comenzar el entrenamiento.

—Iré enseguida. Nos vemos luego.

Ella miró hacia Julián sintiendo cierta pena, no solo por él, sino por lo que estuvo a punto de suceder entre ellos antes de la interrupción de Sergio, del posible beso.

No podía negar que lo deseaba desde que lo había conocido, pero él estaba demasiado roto por dentro, muy confundido, y eso la conmovía.

Salió de la oficina sin decir nada más, ya que el hombre no se atrevió ni a girar la cabeza para verla. Esperaba que Sergio se percatara de su actitud y lo apoyara. Contar con alguien que escuchara tus problemas sin juzgarte era imprescindible para superar las penas.

Al terminar la jornada, Elizabeth estaba agotada, no solo a nivel físico, sino también, psicológico. No llegó a ver Julián en todo el día, Sergio fue quien estuvo con ellos supervisando las labores de los carpinteros, evaluando el entrenamiento y revisando los menús de los platillos propuestos por el chef.

Imaginó que Julián se había excusado con su socio de alguna manera y se marchó por la puerta trasera del bar. Sin embargo, luego de cambiarse y prepararse para irse, el hombre apareció.

—Hola.

Elizabeth caminaba por el pasillo donde estaba ubicada el área de los empleados. Se detuvo cuando oyó su saludo.

Aún quedaban carpinteros en el área de la cocina, pero el resto del personal y Sergio, ya se habían ido.

—Hola —respondió con precaución y lo observó muy atenta.

Él se notaba tranquilo y relajado, aunque su mirada seguía percibiéndose inquieta.

—Quería pedirte disculpas por la forma en que te traté en la oficina.

Por un instante, Elizabeth no supo qué responder. No estaba segura si Julián estaba arrepentido por la forma grosera en que le habló o por el beso que estuvo a punto de darle.

—No te preocupes, entiendo que te molestó mi doble atrevimiento, tanto por interrogarte como por limpiar tu casa sin tu permiso.

El hombre respiró hondo antes de responderle, guardando las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Ya te has dado cuenta que soy un sujeto complejo y de mal carácter. Por eso no me gusta meter a nadie en mi vida. Lo que hago es lastimar a otros.

Ella lo miró con atención, ahora repasándolo con mayor interés.

—Lo que veo es que estás muy herido y por eso atacas a la persona que se te acercan. Deberías confiar más en los que te rodean, no todos estamos aquí para hacerte daño.

Por un momento, él calló, asombrado por la forma tan clara en que ella lo describía.

—Las heridas que tengo me las he hecho yo mismo.

—Supongo que esa fue tu reacción luego de haber sido lastimado.

Julián sonrió con poca gracia.

—¿Por qué supones que alguien me lastimó y por eso yo sigo haciéndome daño? No me subestimes.

Ella se mordió los labios antes de hablar. Ya había notado lo vulnerable que el hombre resultaba ante sus palabras y de su falta de filtro para depurarlas, pero le estaba pidiendo una respuesta y debía dársela aunque le doliera.

—Me acusaste de traidora, de haber sido enviada por alguien para atormentarte. —Ese recuerdo lo empalideció—. Entiendo que te robaron algo, una parte muy importante de ti, y tú lo permitiste por un sentimiento de culpa, porque crees que de esa manera lograrías pagar tu condena. —Todo el cuerpo de Julián se endureció como el granito y sus puños se apretaron dentro de los bolsillos del pantalón—. Te lastimaron y tú sigues haciéndote daño porque te crees el responsable.

—Soy el responsable —dijo con rudeza, mascullando las palabras entre sus dientes para no perder de nuevo el control.

—Tal vez, sí, o tal vez, no. Por eso he querido conocerte y preguntarte algunas cosas que me han contado de ti.

Él sonrió de lado, con una sonrisa perversa e irónica.

—¿Es mucho lo que te han contado de mí?

—No, solo cosas sin sentido.

El brillo salvaje de la mirada del hombre comenzó a angustiar a Elizabeth. De nuevo era incapaz de limitar su gran boca y soltar todo lo que pensaba sin ningún tipo de filtro, volviendo a sacarlo de sus casillas.

Julián, aunque parecía a punto de estallar, se mantuvo lo más sereno posible. Sacó una de sus manos del bolsillo del pantalón y abrió el puño mostrando un trozo de papel de diario hecho una bola. Lo extendió hacia ella sin quitarle la mirada de encima.

—¿Qué? —quiso saber Elizabeth, nerviosa por haberlo arruinado otra vez.

—Esto te demostrará que lo que te han dicho de mí tiene sentido.

Ella dudó, sabiendo que lo que él estaba por mostrarle sería trascendental.

—Es tu vida privada, no quiero saber.

—Dijiste que querías conocerme, que al abrirte las puertas de mi casa debía aceptar las consecuencias. Así que toma, léelo. Con eso entenderás por qué lo que te han dicho de mí no es absurdo y por qué disfruto tanto haciéndome daño para pagar mi condena.

Elizabeth tuvo miedo, no pudo evitarlo, aquel papel podía ser la prueba de algún crimen o delito grave, y ella, por metiche, terminó inmiscuyéndose más de la cuenta. Solo para satisfacer su curiosidad por un sujeto cuyo atractivo no solo se hallaba en su apariencia física, sino en esa personalidad atormentada y distante.

Lo tomó, con mano insegura, porque ya lo había provocado demasiado. Al hacerlo, él se marchó, la dejó sola con sus arrepentimientos.

Capítulo 16. Has creado un monstruo.

Julián había estado en prisión por un año. Fue acusado por lavado de activos, pero por falta de pruebas contundentes había sido liberado.

Elizabeth pensó que esa era la «gran pérdida» que el hombre había sufrido y lo llevó a aislarse de sus amigos y de su familia, y a dejar su trabajo al creer que dañaba a otros.

El artículo del diario que él le había entregado no detallaba muy bien la noticia y, al investigar en internet, encontró poca información.

El caso no había sido mediático, supuso que eso se debía a que la empresa afectada era propiedad del accionista de una gran cadena de supermercados del país. De alguna forma silenciaron a la prensa, eso siempre pasaba cuando los involucrados eran gente de poder.

El asunto era que aquella revelación no provocaba un mal efecto en ella. No lo acusaba de nada, no tenía que hacerlo, pues, era algo del pasado de lo que él se había librado al no demostrarse su participación.

Quizás, había sido una acusación falsa o algo tuvo que ver con eso, pero igual, ya había pagado su culpa. ¿Quién no poseía manchas en su pasado?

Lo que sí lamentaba, eran las secuelas que ese hecho debió dejar en él. Las cárceles eran uno de los peores sitios para vivir en el planeta, había mucha crueldad e injusticias, era imposible sentirse seguro.

La sensación de impotencia, opresión y humillación que Julián tuvo que experimentar esos duros meses debió ser agobiante, sufriendola en el encierro, entre la más cruda de las soledades, y sabiendo que era inocente.

Era evidente que eso debió transformarlo, nadie salía de prisión siendo el mismo. Allí debió perder una parte muy importante de su personalidad, una que ahora suplantaba con celos, miedos e inseguridades.

Eso podría explicar algunas de sus terribles obsesiones, pero no la existencia de un posible altar de brujería. Aún había dudas alrededor de ese hombre, pero ella decidió pasar de largo el tema. No lo atormentó con preguntas, sobre todo, porque era poco lo que compartían.

El día que le había entregado la nota, Julián no durmió en casa. Al salir rumbo al trabajo, ella dejó el trozo de diario sobre el escritorio acompañado por una barra de chocolate. Con eso le dejaba en claro que esa información no cambiaba sus ganas por conocerlo y hacer buenas migas con él, pero igual el hombre se mantuvo distante e inaccesible.

En el bar no hablaban, a menos, que fuera rigurosamente necesario. Julián se ocupaba de sus asuntos, dejándola a ella sola con el entrenamiento del personal.

Ni siquiera la supervisaba. Solo compartían miradas desde la distancia, algunas cargadas de emociones y otras, algo escurridizas. De esa forma superaron esos días sin que hubiese más inconvenientes.

Al principio, él seguía comportándose igual con sus cosas: siendo desordenado en casa y metódico en el trabajo, pero poco a poco esa actitud fue cambiando.

Elizabeth cada vez veía menos desorden en la vivienda y durante el domingo, Julián se la pasó en la planta baja evaluando el lugar con un contratista. Al parecer, tenía intención de reiniciar la remodelación.

La mañana del lunes, a ella le extrañó verlo dar vueltas por el piso como si buscara algo perdido. Se hizo la desentendida y tomó sus pertenencias para irse sola como lo había hecho

todos esos días.

—¿Vas al bar?

La pregunta de él la detuvo.

—Claro.

—¿Puedo llevarte?

El desconcierto la dominó unos segundos antes de que pudiera responderle.

—No es necesario, lo sabes.

—Vamos al mismo sitio, ¿por qué no hacerlo?

Ella asintió, resignada, y escondió una sonrisa. Julián parecía haber experimentado un nuevo cambio, ya no mostraba vergüenza, sino que de nuevo intentaba abrirse a ella, aunque con algo de timidez.

—Está bien —aceptó.

Al ver que él rápido tomaba las llaves de su auto y su maletín no pudo evitar hacerle una consulta.

—¿Habías estado buscando algo? Puedo esperar si...

—No, solo te esperaba —confesó antes de bajar las escaleras.

Elizabeth lo observó con las cejas arqueadas y, esta vez, sí dejó que la sonrisa se le dibujara en los labios. A todas esas personalidades múltiples que mostraba su jefe y casero debía incluirle la de un niño temeroso y herido, que parecía ansioso por compañía.

En ocasiones, se comportaba de forma infantil y ella no entendía porque estaba adorando esa actitud de él, más que las demás.

A pesar de esa «pequeña apertura», él seguía un poco lejano. Era evidente que su interior sufría una transformación, quizás, por el hecho de permitir que un extraño se mantuviera dentro de su guarida compartiendo con él sin que lo juzgara por su pasado turbio, o lo viera como un bicho raro y amargado. La compañía comenzaba a hacer un efecto positivo.

Julián había estado tanto tiempo aislado del mundo, que olvidó lo que se sentía ser parte de una sociedad.

Ella decidió llevar la relación en calma. En parte, porque su vida seguía dando tumbos, golpeándose con todo lo que hallaba en el camino.

Felicia, su madre, no paraba de rogarle por más dinero, pues, quería ir a la fiesta de cumpleaños de su hermana, a «relajarse». Para conmovérsela, le relataba los líos en los que se metían sus hermanitos menores, quienes cada vez daban peores pasos, vaticinando prontas consecuencias desastrosas. Unas que de seguro, ella debía resolver desde la distancia, porque nadie más lo haría.

Elizabeth intentó en dos oportunidades hablar con su madre de Asdrúbal, pero Felicia se negaba. Decía que sus nervios ya no soportaban más problemas, que le diera un respiro.

No le fue posible comunicarse con los familiares de la novia de su hermano, los números de teléfono que le facilitó su tío estaban equivocados. Por tanto, ella tuvo que reiniciar la comunicación con Walter, su antiguo novio.

Walter ahora estaba emparejado con una mujer que ella no conocía y con quien había tenido a unos gemelos. Vivía con su familia en la casa de sus padres, en el cuarto de trastes donde la había tenido a ella.

Le agradó que el hombre no le guardara rencores y se mostrara dispuesto a conseguirle algún contacto de esos amigos de Asdrúbal con los que supuestamente iba a reunirse antes de irse a Colombia. Tal vez, ubicándolos a ellos daría con su hermano.

Por eso, la noche del viernes había terminado su jornada en el bar de salchichas agotada,

tanto física como mentalmente.

—¡Es día de cerveza irlandesa!

La aparición repentina de Malena le produjo emociones encontradas. Por un lado, lamentaba no poder ir a echarse a morir en su cama, pero por el otro, necesitaba del apoyo de su amiga. Había tenido unos días muy tensos.

—¿Qué haces aquí?

—Vengo a secuestrarte. Reservé una mesa en el bar irlandés.

Elizabeth sonrió de medio lado.

—¿Gabriela hizo su magia con Mario?

—No, esta vez fui yo. Conseguí el número del chico con Luciana y lo llamé para que nos apartara un espacio en su bar.

—¿Eso quiere decir que solo nos iremos tú y yo de rumba? —consultó pícara.

—No. Hay dos españoles groseramente atractivos esperándonos afuera.

La sonrisa se le borró a Elizabeth del rostro, sintiendo una súbita y extraña sensación en el pecho mientras la seguía afuera. No estaba de ánimos para alguna cita a ciegas.

Pero, al llegar a la entrada del bar, su corazón comenzó a latir con renovados bríos al descubrir que a Sergio lo acompañaba Julián Arévalo. La sorpresa la mantuvo en shock unos minutos.

—Él vino para hablar de algo con Sergio y yo me despedí de ellos avisando que me iría contigo al bar irlandés por una cerveza —le comentó Malena en susurros antes de que llegaran al lugar donde los hombres las esperaban—. Fue su idea la de acompañarnos y convenció a Sergio de ir también.

La poderosa alegría que palpitaba en el pecho de Elizabeth se reflejó en su cara con una enorme sonrisa. ¿Había creado a un monstruo?

La caminata al bar irlandés fue liderada por la cháchara de Malena. No paraba de hacerle preguntas a Julián para conocerlo mejor y Elizabeth estaba asustada de que le hiciera alguna que lo encerrara de nuevo en una dura crisálida.

Sergio sonreía complacido, no solo por el desborde amistoso de su mujer, que además de agradar a su amigo, lo hacía más participativo, casi tan similar a su época universitaria, sino también, por el semblante sonrojado y ansioso de Elizabeth, a quien nunca había visto así y le gustaba saberla tan sensible y no asumiendo su fachada de chica dura e indoblegable.

Ellos iban abrazados en medio, con Julián y Elizabeth ubicados a cada lado. Separados por una distancia física, pero muy unidos gracias a las miradas que compartían.

—¿Y esta semana será la apertura del bar? ¿Cómo lo llevas? Porque Sergio está insoportable por los nervios. Ni que fuera la primera vez que hace tal cosa —intervino Malena, jocosa.

—Aunque no sea el primer bar que abro en Valencia, los nervios son los mismos —se quejó él, arrancando risas en todos.

—No te negaré que estoy inquieto —apuntó Julián en solidaridad—, pero he tenido un apoyo de calidad, confío en que todo saldrá bien —dijo, y lanzó una mirada intensa y llena de agradecimiento hacia Elizabeth, quien se sonrojó aún más.

—¿Y ya tienes todo listo?

—Faltan algunos detalles, pero lo importante está asegurado.

—Eso quiere decir, que pronto liberarás a mi amiga de compromisos, ¿cierto?

El silencio fluyó un instante entre el grupo, momento en que los ojos de Julián de nuevo se enlazaron con los de Elizabeth, haciendo que a la mujer se le acelerara otra vez el corazón.

—No creo.

Su respuesta mosqueó a todos.

—¿Piensas que no está bien formado el personal? —quiso saber Sergio.

—Seguro, solo... Me sentiría más tranquilo con algo de supervisión especializada unas semanas. Yo no conozco nada del asunto y tú no podrás estar siempre presente.

—Giselle va a enfurecer —vaticinó Sergio con preocupación.

—¡Oh, vamos! Hugo y tú pueden calmarla —propuso Malena sin poder ocultar su emoción —, y recuerda que Gabriela y Luciana regresaron. Julián ahora necesita a Elizabeth, merece contar con ella. —Ahora se dirigió a él, muy seria—. Haces bien en buscar apoyo especializado. Elizabeth es la mejor —dijo eso último compartiendo con Julián una sonrisa cómplice, que impactó a Sergio.

Entendió que ellos hablaban en un lenguaje que no conocía, pero que resultaba entretenido, más aún, al ver como Elizabeth trataba de regañar a su amiga con muecas cargadas de reproches y tan cubierta de ansiedades como las de su socio. Allí se cocinaba algo que él había pasado desapercibido.

¿Cómo había sido posible que fuese tan descuidado?

Capítulo 17. Nada está perdido en el mundo.

La velada en el bar resultó más amena de lo que todos imaginaban. Julián de manera extraña se volvió hablador, dispuesto a compartir con las chicas anécdotas de la universidad vividas por Sergio y por él. Algunas divertidas, otras traumáticas, e incluso, varias picantes.

Malena estaba fascinada con todo lo que aprendía esa noche de su novio, lo imaginó en clases serio y amargado, muy dedicado y exigente, como solía ponerse cuando estaba sumergido en el trabajo, pero nada más alejado de la realidad. Había sido travieso, romántico y algo torpe.

Por otro lado, las historias de Julián tenían a Elizabeth boquiabierta, pero también, con el corazón conmovido.

¿Cómo había sido posible que un hombre que había sido tan jocoso, espontáneo y atrevido terminara como un sujeto amargado, aislado y derrotado?

A pesar de sus crecientes dudas, no perdió tiempo en atosigarlo con preguntas, lo hizo disfrutar de la noche contándole también algunas anécdotas de su juventud, que no fueran tan dramáticas, y se carcajeó varias veces con las locuras contadas por Malena, quien sí llegó a ser una chica muy traviesa.

Las cervezas iban y venían y se mezclaron con algunos chupitos de tequila. Horas después, Mario los molestó para informarles que pronto cerrarían el bar, allí se dieron cuenta lo tarde que había terminado aquel encuentro.

Se despidieron afuera y Julián y Elizabeth tuvieron que tomar un taxi para volver a casa. Ambos tenían tragos de más.

Subieron las escaleras en medio de risas al recordar algunos momentos graciosos de la noche. Al llegar arriba, Elizabeth tropezó con el último escalón siendo salvada por Julián de terminar con la cara estampada contra el suelo. Los dos se desternillaron de la risa, tanto, que les resultó difícil respirar.

—No le cuentes a nadie que estuve a punto de partirme los dientes —pidió ella.

—Tranquila, me llevaré el secreto a la tumba —prometió él, sonriente, mientras la ayudaba a incorporarse y caminar hacia su habitación.

Antes de entrar, ella se giró hacia él recostándose en la puerta. La mirada seductora que le dedicó fue tan estremecedora, que Julián no pudo evitar aproximarse hasta dejar su cara a escasos centímetros de la de ella.

El calor y la cercanía del hombre a la mujer la hicieron suspirar.

—Mañana compraré cervezas y las guardaré en el refrigerador.

—¿Para qué? —preguntó él, mirando con hambre los labios húmedos y entreabiertos de la mujer.

—Te pones groseramente atractivo cuando estás bebido.

Julián la observó divertido, con las cejas arqueadas.

—¿Yo me pongo groseramente atractivo o tú me ves groseramente atractivo?

—Las dos cosas.

Ambos rieron, tensos por lo que se venía. Julián se aproximó aún más y con una mano la apesó por la cintura mientras ella jugueteaba con sus dedos traviesos por los primeros botones de la camisa de él, acariciando con sutileza su pecho.

—¿Tiene algo que hacer esta noche, jefe?

—Solo dormir.

—¿Y no le apetecería coger un rato antes de eso?

Los ojos de Julián se abrieron en su máxima expresión y su corazón latió furioso.

—Tienes una lengua afilada que me encanta —reconoció, con la piel encendida por el deseo.

—¿Quiere saber qué otras cosas puedo hacer con mi lengua?

Luego de decir aquello, ella se relamió los labios, provocando un estremecimiento en el hombre.

—Enséñame de lo que eres capaz.

Antes de que ella pudiera responder, unió sus bocas en un beso fiero. Uno que había estado esperando mucho tiempo por hacerse realidad, creciendo dentro de ambos, hasta volverse incontrolable y devastador.

Enseguida soltaron todo lo que tenían en las manos dejándolo caer al suelo, para liberarse y así envolver el cuerpo del otro, uno que habían anhelado por semanas.

Él la apretó contra sí, soltó sus labios y su lengua para pasear sus besos enfebrecidos por el cuello de ella, oyendo sus sonoros gemidos, que parecían ronroneos de placer. Atrapó sus cabellos con una mano y los apretó en un puño, los jaló un poco para que exponer su garganta que saboreó a gusto, como si fuese un vampiro ansioso por la sangre que palpitaba en sus venas.

—La cama... —suspiró Elizabeth—. No tengo fuerza en las piernas.

Con rapidez Julián abrió la puerta de la habitación de la chica y la alzó un poco para llevarla hasta la cama sin dejar de besarla. Tomó por asalto de nuevo su boca, bebiendo todo lo que podía de ella.

Desenrolló sus brazos de su cuerpo solo para desnudarla mientras Elizabeth lo hacía con él, hasta que ambos lograron quedar sin ninguna prenda que les estropeará el paso.

Tocaron, acariciaron y estrujaron la piel expuesta del otro. Julián la tumbó sobre el colchón y enseguida hundió la cara en sus senos para alimentarse de ellos, jugueteando con los pezones endurecidos con la punta de su lengua. Los saboreaba como si fueran caramelos.

La hizo llegar a la locura con sus dedos antes de buscar su propio placer. Se clavó dentro de ella con una intensidad y con una pasión desbordante, como si nunca hubiese probado de ese alimento, o como si hubiese pasado años falto de él, siendo castigado.

Se hundió hondo, una y otra vez, sin apiadarse de ella ni de sí mismo, dando lo que la mujer le exigía: «más», «mucho más», hasta quedar moribundo.

Elizabeth mandaba y él obedecía, le dio todo, la amó y la complació hasta desprenderse de sus culpas, entregándose a ella.

Limpio su alma a través de gemidos para purificarla y luego quedar en sus brazos, puro, como un diamante recién sacado de las profundidades de la tierra.

La mañana los encontró aún enrollados, con sus piernas y brazos enlazados entre sí. Elizabeth se había dormido de espaldas a él, muy pegada al cuerpo masculino, que funcionaba mejor que una estufa.

Julián cayó en el sueño profundo con la cara hundida en los cabellos de ella, dopado por su aroma y con una mano puesta sobre su estómago.

Un sonido lejano perturbó el sueño de la mujer resultando molesto. Era un pitido familiar, pero sonaba tan suave y distante que le costó reconocerlo. Al lograrlo, abrió los ojos como platos.

Quedó pasmada, identificando el lugar donde se hallaba: su nueva «baticueva», así como las manos cálidas que la envolvían, el cuerpo que se apretaba al de ella y la respiración serena que sentía en la nuca. Todo eso poco a poco le fue resultando familiar.

Era Julián, su jefe y casero. Había dormido con él, y los dolores que sentía en el vientre y en sus partes íntimas le indicaron que habían sido unas horas muy intensas.

«¡Joder!», se dijo internamente, sin atreverse a moverse, o hablar, para no despertar a la bestia.

¿Qué iba a decirle? ¿Qué sucedería de ahora en adelante entre ellos?

Al darse cuenta que el sonido que escuchaba en el lejanía era el de la segunda alarma de su teléfono móvil, que había quedado dentro de su bolso abandonado en la entrada de la habitación, logró reaccionar.

No era la «alarma para despertarse» la que repicaba, esa la había ignorado, la que sonaba era la «alarma para marcharse al trabajo», que tenía un tono diferente para saber reconocerlo.

—¡Mierda! —soltó, sentándose de golpe.

Julián despertó sobresaltado.

—¿Qué sucede?

Ella se giró hacia él quedando conmovida por la cara adormilada y confundida del hombre, quien parecía haber rejuvenecido diez años. Se notaba más lozano y relajado, sin el perenne ceño fruncido que siempre llevaba en la frente.

—En media hora debemos estar en el bar. —Él se restregó los ojos antes de verla con desconcierto—. Buenos días, jefe.

El saludo a Julián le movió algunos grados su centro de gravedad. De la confusión pasó al sosiego, con el pecho inundado de alegría por haber despertado en una habitación muy iluminada y cálida, y no en la suya, oscura y fría.

Y además, con un rostro adorable frente a su cara, como si fuera un brillante sol que le aseguraba que había tenido la mejor noche de su vida.

No se había quedado solo, atormentado por pesadillas que le robaban el sueño y lo volvían irritable.

—Buenos días, hermosa dama —respondió, y alzó una mano para acariciar el rostro sonrojado de ella, apartando los mechones que pretendían cubrirle el rostro—. ¿Puedes regalarme un beso antes de que me vaya?

Elizabeth sintió un estremecimiento por la suave caricia de él en su cara. Se acurrucó a ella, como una gatita en busca de mimos y sonrió complacida al conseguirlos.

—Claro que puedo hacerlo.

Bajó en busca de su boca, al tiempo que una de sus manos le acarició el pecho. La energía que el contacto de sus labios, su lengua y su piel produjo en ella, desató de nuevo su deseo, sintiéndose atrevida.

Mientras lo besaba, enrollando su lengua con la de él, bajó la mano para estimular su miembro y lograr una nueva y sólida erección, sin tener que hacer mucho trabajo con eso porque ya él estaba listo para la batalla.

Julián suspiró arrobado, dejándola actuar a sus anchas. Ya no tenía control de nada, con gusto le entregaba a ella la propiedad de lo que quedaba de sí mismo.

Al lograr su cometido, Elizabeth se subió sobre él a horcajadas y lo cabalgó con serenidad, consumiéndolo por entero. Apresó las manos del hombre a ambos lados de su cabeza para asegurarse el control total.

—Así te gusta, jefe —le susurró, haciéndolo gruñir de placer.

—Perfecto... eres perfecta —gimió al borde de la demencia, pero con una sonrisa en los labios, una que había creído perdida.

Capítulo 18. Hacer lo que se puede con lo poco que se tiene.

Llegaron tarde al trabajo. Y juntos.

A pesar de que Elizabeth le rogó que entraran en momentos diferentes, Julián insistió en que no era necesario. Igual los rumores se expandirían, entonces, ¿para qué alargar el tormento?

Ella lo notaba cambiado, más seguro de sí mismo y menos serio, hasta se había puesto una colonia diferente, una más intensa y varonil.

En el bar compartieron poco, pero él siempre se mantuvo cercano. Supervisaba con el carpintero los últimos detalles mientras Elizabeth acompañaba el entrenamiento de preparación de cócteles que dictaba el *bartender*.

No solo se cruzaban miradas ardientes entre sí, sino ocasionales roces.

Parecían dos chiquillos ocultando sus caricias. Cuando Julián pasaba tras ella, le rozaba la espalda o la cintura, y cuando ella se aproximaba a él, unían de forma tímida los dedos como buscándose entre ellos.

Aquel comportamiento no solo los ayudaba a mantener a raya el deseo que se desbordaba en cada uno, sino que resultaba un juego entretenido, que a cada instante les gustaba más y más, haciéndose interesante.

En la tarde, Julián terminó la jornada antes de la hora. Los empleados se extrañaron por el repentino final del entrenamiento, pero él aseguraba que lo hacía para que descansaran para el día de la inauguración, que sería el próximo jueves.

A pesar del desconcierto generalizado, todos estuvieron alegres con la resolución y enseguida tomaron sus cosas y se marcharon.

Elizabeth intentó hacer lo mismo para no levantar más sospechas, pero Julián la detuvo antes de que saliera del bar y la arrastró a la oficina con la excusa de que debía mostrarle algo.

Al tenerla dentro y cerrar la puerta con seguro, se abalanzó sobre ella para invadir su boca con su lengua.

Ella lo recibió con gusto, impactada por su reacción. El hombre misterioso e irritable parecía haber dejado de existir y le dio paso a uno apasionado e insaciable que besaba como si nunca hubiese un mañana.

—¿Qué querías enseñarme? —preguntó ella entre gemidos mientras él se devoraba su cuello a besos y mordiscos.

—Esto —dijo y tomó una de las manos de la mujer para posarla en su dura y ardiente erección.

Elizabeth quiso sonreír, pero un jadeo de placer la interrumpió. Julián de alguna manera había logrado abrir tres botones de su blusa y apartó el corpiño dejando su seno al aire, que enseguida cubrió con su boca y succionó el pezón con avaricia.

—¿Qué hace... jefe...? —gimió la mujer al borde del desmayo.

No sabía en qué momento habían llegado al escritorio y él la posaba con sutileza sobre la madera levantándole la falda para alcanzar sus bragas.

—No sabes cuánto me costó controlarme. —Quitó las bragas con brusquedad y le abrió las piernas mirando con ojos enfebrecidos su sexo húmedo—. Por ti vale la pena mandar todo a la mierda.

Aquellas palabras, pronunciadas en medio de la pasión más desmedida, causaron un efecto estremecedor en ella. Tan intenso, como el hecho de que él hundiera la cara entre sus piernas

para saborearla hasta en el rincón más prohibido de su cuerpo.

Nada pudo decir, solo ahogar gritos de delicioso placer mientras él tomaba todo de ella y la rompía en pedazos, recomponiéndola de nuevo con caricias y besos.

A duras penas tuvieron que detener el tórrido disfrute mientras salían del bar y se iban a la casa. Estando allí subieron las escaleras a trompicones, sin dejar de abrazarse o besarse. Reían como dos niños felices por la picardía que cometían.

A empujones entraron en la habitación de ella, la más cercana, y allí se fundieron de nuevo en un debate acalorado de cuerpos donde cada uno buscaba saciarse.

Muchas veces él dominaba, pero casi siempre era ella quien tomaba control del acto. Podía ser más pequeña y delgada que él, incluso, tener menos fuerza, pero su carácter era indomable y su apetito por ese hombre aún más.

A Julián le fascinaba dejarse llevar por ella, cerraba los ojos y disfrutaba sonriente la sumisión. Le daba todo lo que la mujer exigía y hasta más, llegando a límites que nunca había experimentado.

Al quedar satisfechos, se recostaron en la cama de lado, uno frente al otro, muy cerca. Se olían, tocaban, miraban y saboreaban con besos.

Julián quiso saber un poco de ella. Elizabeth ya manejaba algo de información sobre su pasado, pero él solo conocía lo que Sergio le había informado y las pocas anécdotas que pudo escuchar de su infancia y juventud cuando estuvieron en el bar irlandés.

—Lo difícil de esa época, no fueron tanto las situaciones incómodas que viví por culpa de la crisis, sino porque me sentía perdida, porque no tenía estabilidad y no sabía muy bien qué quería o a quién amaba. Yo creo que ni a mí misma me respetaba, porque estar por tantos años regresando a los brazos de un hombre que ni siquiera se valoraba a sí mismo, era una muestra de la poca consideración que tenía hacia mi persona —confesó, luego de hacerle un resumen sintetizado de su tambaleante vida y de los momentos difíciles que vivió en Venezuela antes de emigrar.

—Hacías lo que podías con lo poco que tenías.

—Pude haberlo hecho mejor.

—Es cierto, pero de esa forma no habrías llegado aquí.

Se miraron con deleite, dibujando dulces sonrisas en sus rostros, aunque la de ella no pudo durar mucho. En medio de un suspiro, Elizabeth se recostó de cara al techo.

—Estoy trabajando al máximo de mi capacidad porque tengo planificado irme de España.

Él apretó el ceño, confuso.

—Te va bien aquí. ¿Por qué quieres irte?

—Porque no avanzo, y al estar estancada, comienzo a hundirme. En el bar de salchichas no llegaré más lejos de lo que ahora estoy y solo conseguiré trabajos adicionales en mi ramo, que se adapten a mis horarios, si Sergio decide abrir más bares. Mi segunda opción es continuar como empleada de mantenimiento ocasional, limpiando una casa por aquí o cuidando de algún anciano por allá, pero eso no me da suficiente dinero, lo que hace es agotarme. A pesar de que tengo tres entradas diferentes, cada vez se me hace imposible ahorrar, todo se me va en comida, alquiler, traslados y ahora en enviarle remesas a mi madre, que es casi lo mismo que hacía en mi país. Jamás lograré estabilidad, siempre estaré angustiada, buscando salidas.

Julián se mantuvo en silencio un instante, reflexionaba lo que ella le había revelado.

—¿Y a dónde piensas irte?

—Estoy evaluando la posibilidad de emigrar a Noruega. He escuchado que allá el sueldo es mejor.

—Pero es un país costoso —dijo con cierto rastro de angustia—. Lo que hagas de más tendrás que invertirlo en gastos de supervivencia.

Ella suspiró hondo. Buscaba llenarse el espíritu de valor de la misma forma en que se llenaba los pulmones de aire.

—Tengo una amiga que está en Oslo y su marido trabaja para un establecimiento hostelero que posee una estrella Michelin. Desde hace meses he estado en contacto con ella. Vive con su marido en el hotel, en una zona para empleados. No es gratuito, aunque tampoco le cobran en exceso. No tiene grandes comodidades, pero dice que es lindo. Si consigo trabajo allí, me ahorraré en traslados y hasta pudiera ser que en comida, porque ella me ha dicho que muchas veces les dan las sobras del restaurante. Con eso puedo vivir mientras haga suficiente dinero.

—¿En Oslo viviendo hacinada y alimentándote de sobras para poder ahorrar? —masculló él recostándose en la misma posición que ella, aún perdido en sus reflexiones. Al no conseguir una respuesta de ella continuó—. ¿Y cuándo piensas irte?

—No lo sé. Emigrar es un tema que asusta, incluso, para el que vive de esa forma. Me costó mucho encajar en España y supongo que será el doble de difícil hacerlo en Noruega. Muchas cosas están en contra, entre ellas, el idioma. Manejo medianamente el inglés, pero tendría que prepararme más para desenvolverme en ese país mientras aprendo el idioma de la zona.

Nada más se escuchó dentro de la habitación luego de la explicación de la mujer, hasta las respiraciones se habían vuelto más suaves, ya que cada uno estaba tan sumergido en sus pensamientos que no pudieron distraerse con otra cosa.

Julián quiso decirle algo más, pero se reprimió. ¿Qué derecho tenía él para meterse en la vida de alguien?

Sabía por experiencia propia lo terrible que resultaba tratar de desviar una situación para convertirla a su favor. Lo mejor era dejar al río correr, de esa forma se evitaban futuras tragedias.

El momento de intimidad se cortó cuando Elizabeth tuvo que levantarse de la cama para darse un baño. Debía prepararse para ir a trabajar al bar de salchichas.

Julián regresó a su dormitorio, hundiéndose de nuevo en su oscuridad y en sus secretos. Había pasado un momento sublime con aquella mujer, pero en eso terminaría todo: «en momentos».

Ella pronto se iría y él quedaría de nuevo sumido en la triste realidad que se había forjado para pagar sus condenas.

Cuando Elizabeth regresó del bar, no consiguió a Julián afuera. Él se había encerrado en su habitación dejándole en claro que no quería nada con ella.

Se sintió fatal, necesitada y muy sola. Se fue a dormir con los ojos llenos de lágrimas, sin entender por qué aquel rechazo le había sentado tan terrible.

En la mañana del domingo, Julián no estuvo en casa. Desde muy temprano se escuchaban movimientos en la planta baja, era evidente que el contratista había comenzado los trabajos de remodelación.

Así que, después de organizar su cuarto y hacer la colada, decidió irse a casa de Malena. Su amiga no dejaba de pasarle mensajes de texto para exigirle que se vieran ese día.

Antes de marcharse, decidió barrer el piso. Julián le cobraba un alquiler muy bajo para los beneficios que le daba y ya que él, al parecer, había dejado de ser desordenado, debía ser agradecida colaborando con la limpieza.

Con rapidez se ocupó de la cocina y estaba terminando de barrer la sala cuando se percató que la puerta del dormitorio del hombre había quedado mal cerrada. Pensó en dejarlo pasar y

culminar su tarea para irse, pero recordó el tema del supuesto altar de brujería.

Luego de dudarlo mucho, se atrevió a echar un vistazo al interior.

Todo estaba muy oscuro, gruesas cortinas impedían que entrara luz natural, por tanto, desde la puerta no tenía más visión que una parte de la cama y del ropero.

Dejó la escoba en la entrada y se adentró con cautela, como si esperara que un animal feroz saliera de algún rincón para atacarla.

Cruzó la habitación, que olía fuertemente a él, a su colonia y a una especia dulce parecida al incienso y se llegó hasta la cortina que abrió solo un poco.

Necesitaba que la luz de la mañana le permitiera detallar la estancia sin alertar a ningún vecino de que había alguien allí presente.

A primera vista era un dormitorio normal, muy masculino, con una cama grande en el centro cubierta de finos edredones y muebles de madera oscura rodeándola. La puerta del baño estaba cerrada y no había desorden ni suciedad en ningún rincón, como había sucedido en el resto de la casa.

Todo se veía tan pulcro y bien cuidado que a ella le provocó acostarse sobre el colchón y hacer ángeles de nieve sobre las sábanas. De esa forma se llenaría de nuevo de él, de esa esencia que había anhelado volver a sentir en su piel.

Pero se limitó de hacer alguna burrada que demostrara que había invadido aquella habitación. Si Julián se enteraba que ella había estado allí, terminaría metida en un lío monumental.

Esta vez, él no pasaría su imprudencia como lo había hecho con la discusión que tuvieron recién mudada a la casa, probablemente, la echaría a la calle.

Sin embargo, su curiosidad era máxima. Tenía muchas ganas de saber más de él, de ver dónde estaba la espina que molestaba a aquel enorme león para ayudarlo a desprenderse de ella.

Quedó paralizada al ver en un rincón, semioculto entre sombras, un pequeño altar. La sangre se le congeló.

Pero al detallarlo, no halló nada malo en él.

Las imágenes religiosas que se encontraban expuestas era la de la Virgen de los desamparados, la patrona católica de la comunidad valenciana, y dos ángeles. Aunque no sabía mucho de imágenes religiosas, recordaba que su abuela veneraba al arcángel Miguel y una de las estatuillas que adornaba el altar era muy parecida a la que su tía poseía.

El resto, eran velas aromáticas y unas pocas flores. No había nada que indicara que se trataba de algún altar de brujería.

Se aproximó, evaluando mejor la mesa y los objetos que contenía. Así descubrió que entre las flores se hallaba una cajita de madera hexagonal con la figura de un Cristo pegada a un costado.

Tuvo intención de abrirla para ver que guardaba, pero milímetros antes de tocarla recordó que una vez, quedándose en casa de una amiga, la madre de esta tenía en un rincón privado de la casa un altar para una urna funeraria de cenizas.

—Mierda —masculló con la piel erizada y se apartó de la mesa.

No supo qué hacer. La posibilidad de que estuviera frente a los restos de algún fallecido, uno al que Julián quería tener en secreto y por el que se había ganado esa mala fama de hombre misterioso y amargado, la hacía sentirse asustada.

Tenía que salir rápidamente de allí antes de que él se diera cuenta de su abuso. Corrió a la puerta, pero, al recordar que había dejado la cortina abierta, se apresuró a cerrarla. Luego desapareció, no solo de la habitación, sino también de la casa.

Capítulo 19. ¡Niña, deja el drama!

Horas después, Elizabeth ayudaba a Luciana, la hermana de Malena, a limpiar el espacio utilizado donde elaboraron una chicha criolla, bebida tradicional venezolana hecha a base de arroz y leche, que se servía con mucho hielo y se bañaba en leche condensada y canela molida.

Un rato antes, había narrado lo sucedido en la casa de Julián, tema que la tenía nerviosa, no solo a ella, sino a la propia Malena.

—En Venezuela, haciendo los trámites por la muerte de mi madre, supe que salía más económico cremar a un muerto que enterrarlo —comentó Luciana mientras lavaba los instrumentos utilizados para realizar la bebida—. A una prima de mamá, que murió unos meses antes de ella, la cremaron y sus hijos se quedaron con las cenizas en casa. Le hicieron un altar en una terracita que tenían en el patio, donde las visitas no lo vieran, porque no a todo el mundo le gusta llegar a una casa donde estén exhibidas las cenizas de un muerto. El plan era tenerla ahí mientras reunían el dinero para alquilar un nicho en un columbario fúnebre en el cementerio, pero con la crisis y con tantas otras situaciones y gastos, a mis primos no les fue posible encargarse de eso. Sé que aún la tienen con ellos.

—¿Y eso los ha afectado de alguna forma? —quiso saber Elizabeth.

La chica alzó los hombros con indiferencia.

—He visto fotos del altar y es bastante sencillo, con algunas imágenes de Santos y Vírgenes rodeando la urna. Mi prima, la mayor de los hermanos, es quien cuida el lugar. Colocó plantas de flores en macetas y en ocasiones le reza un rosario y le enciende velas, pero los demás, creo que la han olvidado. Se acuerdan de ella en ocasiones especiales.

Elizabeth recordó la vez en que había visto una luz danzante en el interior de la habitación del hombre. Aunque no la tuviera perennemente encendida, era evidente que él cuidaba de esas cenizas.

Además, la primera vez que limpió la sala descubrió marcas de cera de vela en el piso, era posible que el altar hubiese estado instalado en el pasado y luego lo trasladó a la habitación cuando ella se mudó, para conservar la intimidad del difunto. Una que ella había invadido con descaro.

¿Desde cuándo él velaba por esas cenizas? ¿A quién pertenecían? ¿Sería ese actuar el hecho que lo había aislado del mundo?

—Cuando mi mamá supo que mis primos se quedarían con las cenizas un tiempo mientras se recuperaban del gran gasto que ocasionó el funeral no le agradó la idea —continuó Luciana—, porque lo vio como una forma de aferrarse al difunto y no dejarlo ir. Hemos sabido de gente que ha enfermado mentalmente por ocuparse de esa tarea, olvidándose del mundo sin lograr superar el duelo, pero este caso no sucedió así. Sé que mis primos siguen viviendo su vida normal y cuidan de las cenizas de su madre como lo harían si ella estuviera en el cementerio. Creo que eso depende de la madurez mental que tengan las personas.

—No todos asumimos la muerte de la misma manera —comentó Elizabeth al recordar la amargura y la pesadumbre que solían caracterizar la personalidad de Julián.

Tal vez, aquella pérdida había sido tan terrible para él que terminó marcándolo, y quizás, sucedió después del fatal suceso que lo mantuvo en prisión años atrás y lo alejó de la profesión que amaba.

Soportar un golpe de la vida era doloroso, pero dos, podría ser trágico.

—¡Ya sé de quién son esas cenizas!

La entrada repentina de Malena sobresaltó a las dos mujeres. Luego de enterarse del tema del altar, ella no soportó la curiosidad y fue a llamar a Sergio para intentar sacarle algo de información.

Él se hallaba reunido con Julián en el nuevo bar, finiquitando los detalles para la inauguración.

—Son de la esposa de Julián.

—¿La esposa?!

La noticia impactó a Elizabeth.

—Sergio no la conoció mucho, solo la vio un par de veces. Me dijo que fue una mujer hermosa, pero también, bastante arrogante, que perteneció a una de las familias más adineradas de Valencia. Son accionistas de grandes empresas de distribución de alimentos de España.

Aquel detalle inquietó a Elizabeth, le hizo recordar la nota del diario que Julián le había entregado, donde anunciaba que había sido llevado a prisión al ser señalado como el único responsable de lavado de activos en una empresa propiedad de un magnate, que también era accionista de una importante cadena de supermercados.

—Tuvieron tan solo unos meses de novios antes de casarse —siguió Malena—, ella era muy exigente y lo llevó a trabajar para su familia. Fue allí cuando Sergio perdió contacto con su amigo, porque se fueron a vivir a Londres. Se reencontraron años después estando él ya viudo. Lo único que Sergio sabe al respecto, es que no tuvieron mucho tiempo juntos, que fue una relación conflictiva y que por culpa de eso él quedó muy afectado.

No solo Elizabeth necesitó tiempo para rumiar esa información, que le parecía perturbadora, sino Luciana, quien se había llevado una mano al pecho sorprendida por lo que su hermana había contado.

—Si pertenecía a una familia de ricachones —intervino Luciana luego de superar el impacto—, ¿qué hacen sus cenizas en un altar humilde en el dormitorio de quien fue su marido y no en un panteón lujoso en un cementerio?

Su pregunta no solo inquietó a Elizabeth, sino a Malena.

—Pregúntale a Julián —propuso esta última, necesitaba quitarse esa duda.

—¿Qué?! ¿Estás loca?! —bramó Elizabeth pálida por los nervios—. ¿Cómo voy a preguntarle algo tan privado? Ni siquiera sabe que yo sé que hay una urna de cenizas en su habitación.

Malena comprimió el rostro en una mueca de disgusto.

—Le preguntaría a Sergio, pero está doblemente molesto conmigo.

—¿Por qué? —quiso saber Elizabeth.

—Primero, por culpa de Antonio, que no para de molestar; y segundo, porque ve nuestra curiosidad por Julián como una intromisión peligrosa. Me dijo que lo había notado cambiado estos días, más parecido a su antiguo amigo, alegre, amable y seguro de sí mismo, pero hoy de nuevo está reunido con un Julián indeciso y quejoso, uno que además, parece ido, como entristecido. Y piensa que eso es por tu culpa —dijo señalando a Elizabeth—, porque te estás metiendo en su vida agitando recuerdos amargos.

—¿Yo?! —preguntó la aludida con indignación, aunque reconociendo que las suposiciones de Sergio eran ciertas.

Ella hurgaba en las heridas de un león enfermo, uno que había sido lastimado en exceso.

—Te defendí y tuvimos una pequeña discusión telefónica. Por eso está doblemente molesto.

Elizabeth se recostó en la encimera, dolida por haber generado esa situación. Su curiosidad por Julián no solo lo afectaba a él, sino también, se extendía a la relación de su amiga con su novio. Era hora de parar.

—Que lío se arma cuando los amigos de una pareja mantienen también una relación —comentó Luciana antes de acercarse a la chicha para revisar que estuviera en su punto y así servirla en los vasos que Malena y Elizabeth habían decorado.

—¡Julián y yo no tenemos una relación! —se defendió Elizabeth, aunque bajó los hombros con derrota.

¿Qué nombre le pondría a eso que tenía con Julián?

Luego de la noche de borrachera en el bar irlandés y las intensas sesiones de sexo en la casa, así como en la oficina de él, donde ahora estaba reunido con su socio, no podía decir que eran simplemente un casero y su inquilina, o un jefe y su empleada, o solo amigos, había algo más.

Sin embargo, la repentina lejanía del hombre, que la ignoró en dos ocasiones luego de que ella le abriera su corazón contándole cosas que nadie más sabía, así como su actitud actual, no solo le demostraba su *tripolaridad*. También, la forma en que ella lo estaba lastimando.

—¿Tú crees que Julián esté hoy con esa actitud porque se enteró que yo invadí su habitación y vi el altar secreto de su esposa muerta? —inquirió hacia Malena.

—No sé, ¿dejaste algún indicio de que estuviste allí?

—No. No toqué nada, solo la cortina y sé que la cerré antes de irme, y, aunque también cerré la puerta, no creo que Julián se haya dado cuenta de que él la había dejado abi... —calló para ahogar un grito de espanto con sus dos manos.

A Malena le preocupó la cara de terror que su amiga había puesto y se acercó a ella posando una mano en su hombro.

Luciana se persignó tres veces al creer que había derramado por accidente las cenizas de la difunta en el suelo.

—¿Qué pasa?

—¡La escoba!

Las dos hermanas la miraron con desconcierto al no comprender de qué hablaba.

—¿Qué escoba? —insistió Malena.

—¡La escoba! —repitió Elizabeth con lágrimas en los ojos—. Estaba barriendo cuando vi la puerta de la habitación abierta y entré dejándola en la entrada. Salí de allí enseguida cuando vi la urna de cenizas. Cerré la ventana, pero no saqué la escoba —reveló horrorizada—. Si Julián regresó a casa luego de que yo me fuera y antes de reunirse con Sergio, debió encontrarla. ¡Sabe que yo entré sin permiso a la habitación y vi el altar!

Elizabeth estaba tan avergonzada por su imprudencia que parecía estar a punto de llorar, como si hubiese sido la asesina de la esposa de Julián. Malena la abrazó para calmarla.

—¡Cuánto drama! —se quejó Luciana mirando al techo con fastidio—. No saques conclusiones adelantadas, posiblemente no pasaron así las cosas. ¿Por qué no vas a esa casa, aprovechando que él está reunido con Sergio, y revisas si la escoba sigue donde la dejaste o no?

—¿Y si no está? —preguntó Elizabeth con desesperación.

—Le pides disculpas y ya —dijo la mujer con obviedad.

—No puedo simplemente pedirle disculpas y ya. ¡Abusé de su confianza! ¡Lo lastimé!

Mientras Elizabeth lloriqueaba, Luciana resopló molesta y salió de la cocina quejándose por el inmenso drama que siempre hacían «los jóvenes de hoy en día», como si ella no fuese una más de esa tribu urbana.

Malena esperó a que su hermana las dejara solas para abordar a su amiga, a quien ahora veía con suspicacia.

—¿Qué pasa entre Julián y tú?

La pregunta congeló a Elizabeth.

—¿Qué? ¿De qué hablas? —consultó nerviosa, escondiendo la mirada.

—Aquella noche en el bar irlandés los noté muy amigables y fue ese día en que Julián mostró un cambio radical de actitud. Ahora eres tú la que muestra un cambio radical. ¿Dónde está la amiga de carácter práctico y gran intuición que parecía carente de simpatía y compasión, pero que posee un talento innato y una honestidad agresiva e impertinente? No la veo por ningún lado. Es como si tu gran corazón hubiese crecido de repente, más de lo habitual, acabando con tu personalidad anterior.

—¿Qué? ¿Qué dices? Yo no estoy cambiada, soy la misma de siempre —apuntó inquieta.

—No. No eres la misma de siempre —confesó Malena con una sonrisa—. Estás cambiada, igual que lo ha estado Julián, y creo que eso pasó porque hay algo entre ustedes.

La cara de Elizabeth se puso aún más blanca y sus ojos temblaban, como si fuese un cervatillo recién nacido.

—Estás equivocada —dijo, tratando de alzar el mentón con altanería, lo que produjo que la sonrisa de su amiga se ensanchara.

—La Elizabeth de antes habría encendiendo un cigarrillo y diría: *«Niña, deja el drama —remedó tratando de imitar su voz—. Ve y dile que viste su altar y le das tu sentido pésame por la muerte de su esposa. Luego te lo comes a besos sin darle oportunidad a que reaccione y lo haces olvidar con caricias tu imprudencia»*.

Las cejas de Elizabeth se arquearon con incredulidad, aunque aquellas palabras la ayudaron a recobrar la calma.

—Así no es el tono de mi voz —rebatí con altanería.

Malena la observó pasmada un instante, luego... ambas estallaron en risas.

—Dios... estoy metida en un lío —expuso Elizabeth después de la descarga emocional.

Malena le acarició los cabellos.

—Si te disculpas a tiempo, el problema no trascenderá. Además, las mujeres tenemos armas especiales para dominar a los hombres y hacerlos olvidar los problemas —confesó con coquetería.

—Supongo que usarás esas armas para alegrar a tu querido novio esta noche —supuso Elizabeth, buscando su bolso para sacar la cajetilla de cigarros.

Necesitaba recuperar por completo la tranquilidad para pensar con claridad sus siguientes pasos.

—¿Qué crees? —respondió la otra con tono travieso, provocando risas en su amiga.

El regreso a la cocina de Luciana, anunciando la llegada de Alejandro con cinco compañeros del equipo de fútbol al que pertenecía, interrumpió la conversación de ambas.

Debían ayudarla a servir la chicha en los vasos decorados para que el exclusivo jurado opinara de ella y la valorara.

Aquello se estaba convirtiendo en una actividad habitual de los domingos: cocinar platillos, postres o bebidas venezolanas con presentaciones elaboradas, como si fueran una compañía de catering, para que un grupo de adolescentes hambrientos se las devorara.

Mientras hacían ese trabajo, Elizabeth pensaba en Julián y en eso que le había dicho su amiga, que ambos mostraban cambios de actitud por esa posible relación que compartían.

¿En realidad se notaba tan cambiada?

¿Julián parecía más accesible y feliz gracias a ella?
¿Existía una «relación especial» entre ellos?
¿Sobreviviría esa relación a sus imprudencias?

Capítulo 20. Reconoce tu más grande debilidad.

Elizabeth había estado tan inquieta por el problema con Julián, que de la casa de Malena se fue directo al bar de salchichas aprovechando que había llevado todo lo necesario. No pasó por la del hombre por temor a encontrárselo y tener una discusión.

Procuró dedicarse lo mejor posible a su trabajo, sin que los recuerdos de lo ocurrido la atormentasen, pero todo se le fue al carajo cuando él apareció en mitad de la noche. Se quedó parado en el pasillo que dirigía al área de los empleados con medio cuerpo recostado de la pared, los tobillos cruzados y las manos guardadas en los bolsillos del pantalón.

Solo la veía. Seguía sus movimientos con interés, como si evaluara su desempeño. Aunque en sus ojos no se reflejaba atracción por el trabajo que realizaba, sino cierta melancolía y deseo.

Él estaba seducido por ella, por el encanto que mostraba en la atención a los clientes, por la forma que adquirían sus labios cuando sonreía y por el movimiento de sus manos cuando gesticulaba.

Había quedado hechizado, preso de su figura y de su talento.

Ella intentaba ignorarlo, pero esa intensa apreciación la tenía nerviosa. Se mordía los labios para soportar las ganas por girar el rostro hacia él, aunque, cuando ya no podía soportarlo más, dejaba que sus miradas colisionaran entre ellas.

Se estremecía con la manera en que esos ojos oscuros la observaban. Quedaba atrapada por la profundidad y la tristeza que brillaba en sus pupilas. En varias ocasiones estuvo a punto de dejarse llevar por la fuerza de gravedad que ellos transmitían, pero se mantuvo en su puesto, indoblegable, pensando que si hacía un movimiento en falso, terminaría de quebrarlo... y de quebrarse ella.

No quería seguir siendo la culpable de su sufrimiento actual.

Minutos antes de que culminara su jornada, él entró en la oficina porque Sergio lo había llamado. Ella aprovechó la ocasión para ir por sus cosas, despedirse con rapidez de Giselle y salir de allí como si escapara de un fantasma.

Necesitaba poner distancia para tomar de nuevo el control de su vida.

Al llegar a la casa, lo primero que hizo fue ir a la cocina.

—Mierda... —masculló al encontrar la escoba guardada en su lugar.

Él la había encontrado en la habitación, por tanto, sabía lo que ella ya sabía.

Se frotó el rostro con cierta rudeza, tratando de sacar a la Elizabeth práctica, esa que no tenía miedo de decir las cosas aunque estas hicieran daño, porque sabía que más daño hacía el no decirlas.

Al no lograrlo, corrió a su habitación y buscó todo lo necesario para darse una ducha rápida. Luego, se encerró en su «baticueva» apagando la luz.

Cuando él llegó, ella quedó inmóvil, ni siquiera respiraba.

Julián se había detenido al otro lado de la puerta, quizás, con intención de tocar y pedir que hablaran, pero ella no estaba preparada. No entendía el motivo por el que su corazón martilleaba con rabia en su pecho y le calentaba las orejas.

Segundos después, él siguió su camino a su habitación, permitiendo que ella respirara de nuevo.

Al día siguiente, se levantó muy temprano y salió de la casa sin desayunar, muy sigilosa, oyendo los movimientos de él en su dormitorio. Fue al bar y enseguida se hizo rodear por los

empleados, quienes estaban ansiosos por la pronta inauguración.

Cuando Julián se presentó no tuvo oportunidad de abordarla. Sergio también había asistido para supervisar con él los últimos detalles antes de la inauguración.

Solo le dedicó una mirada ansiosa que Elizabeth esquivó para que no perturbara su día. Fue imposible que hablaran más allá de lo necesario, la locura por la cercanía de la apertura ya arrojaba a todos en ese lugar, incluso, alargó las horas de trabajo para que pudieran dejar todo listo.

Ella fue astuta al aprovecharse de Sergio para irse al bar de salchichas con él al culminar su jornada. Eso obligó Julián a presentarse de nuevo en ese negocio, tratando de encontrar una oportunidad con ella, pero Elizabeth siguió con su juego de «atrápame si puedes», teniendo a Julián al borde de un ataque de nervios. Y no solo actuó así ese día, sino también, el siguiente.

El martes en la noche se escabulló como un gato hacia los casilleros del bar de salchichas para guardar el delantal del uniforme y tomar sus pertenencias. En esa oportunidad no solo tuvo que esquivar a Julián, Malena también había ido y la buscaba para hablar con ella.

Se marchó por la cocina para evitar el área de la oficina, donde imaginaba que se encontraba Julián reunido con Giselle, Hugo, Sergio y Malena, en espera de la hora de salida. Se fue a toda velocidad tomando enseguida un taxi para llegar a la casa antes que él y ocultarse en su «baticueva».

Entendía que se comportaba como una chiquilla, pero no encontraba las palabras idóneas para hablar con Julián y disculparse. Si discutían, él no solo la echaría de su casa, el único refugio que tenía en ese momento, sino que le haría un gran daño, más del que otros le estaba haciendo.

Antes no le importaba utilizar sus palabras afiladas para decirles la verdad a los demás, pero el caso era que ninguno de ellos era Julián, un hombre herido, que además producía en ella una ternura y una bondad que jamás había experimentado en su vida.

No podía seguir así, sabía que en algún momento debía parar, porque lo que lograría sería una enemistad con el hombre y una nueva situación crítica.

Pensar en eso la deprimía y la hacía caminar con postura derrotada por culpa de su comportamiento cobarde. Toda la experiencia que había acumulado a punta de golpes y caídas no la había convertido en una mujer adulta, sino en una mentirosa, una que se escondía tras máscaras de ironía y altanería, o detrás de sus miedos e inseguridades para escapar siempre.

Escapaba de su familia, de sus antiguos novios, de las exigencias que recibía en su país y de sus propios fracasos. También lo hizo de Madrid y de su vibrante energía, y ahora no solo pretendía escapar de Valencia hacia Noruega, sino además, de Julián.

¿Cuándo iba a detenerse? ¿Cuándo decidiría quedarse y enfrentar a los demonios que la atormentaban?

Subió las escaleras en medio de la penumbra y con lágrimas en los ojos al darse cuenta de su verdad. Reconoció su más grande debilidad, esa que le robaba la estabilidad que tanto ansiaba.

Estuvo a punto de entrar en su habitación cuando alguien la abordó de manera sorpresiva. La abrazó por la cintura y la pegó contra la pared inmovilizando su cabeza al tomarla por el mentón.

Ella dejó caer al piso todo lo que tenía en las manos y se preparó para luchar, pero, aunque el susto fue de muerte, conservó la calma al saber de quién se trataba.

No era un ladrón, o un peligroso invasor el que la detuvo, el aroma de su colonia y la calidez de su tacto suave lo descubrieron.

—¿Julián? —consultó entre gemidos. La proximidad de él despertó cientos de emociones

en su vientre hasta crearle un oleaje de excitación.

—No te escaparás de nuevo —dijo el hombre con voz enfebrecida, antes de tomar por asalto sus labios.

La besó a consciencia, deleitándose con el dulce sabor de su boca, gimiendo de gusto con cada embestida de su lengua que paladeaba hambrienta cada rincón.

—Julián... Julián espera... —pedía entre jadeos cada vez que él le daba oportunidad para recobrar oxígeno.

A pesar de que su cuerpo no estaba muy en consonancia con lo que exigía, porque aprovechaba que Julián se había apoyado en ella para frotarse contra él, acrecentando su erección, y con las manos lo aprisionó por el cuello. Lo aproximaba más a su cara para así profundizar el beso.

—No hables... no digas nada...

Él estaba como poseído. Sus manos se movían con premura para introducirse bajo la ropa de ella en busca de su piel, una que había anhelado con deseo febril esos días.

—Pero es que... es que... tenemos que...

—¿Me deseas? —preguntó deteniendo de golpe su arrebato.

Se quedó tan quieto que Elizabeth se sintió mareada y enfadada.

—Maldición, sí. Te deseo con locura —aceptó, antes de atacar la boca y el cuerpo del hombre para reiniciar lo que estaban haciendo.

Era tarde para detenerse.

Se aferró al cuello de su camisa y jaló con furia rompiendo varios botones para abrirla. Aquella salvajada a él lo excitó hasta límites impensables y lo volvió también una bestia hambrienta.

La alzó, logrando que Elizabeth enredara las piernas en su cintura y así caminó a tientas hasta la puerta del dormitorio de ella, para entrar en busca de la cama.

Allí la desnudó por completo y terminó de arrancarse su propia ropa para luego hundirse dentro de la mujer y disfrutar de las delicias de su cuerpo, al ritmo que ella marcaba, dándole todo lo que le pedía.

Se devoraron como si la vida se les fuese a acabar esa noche, como si amarse fuese la única salvación para sus almas heridas. Querían agotar el deseo que ardía en sus pieles y corría por sus venas, enloqueciéndolos, sacando al exterior sus miedos más ocultos hasta dejarlos expuestos y vulnerables.

Ella lloró, gritando su nombre, mientras le suplicaba que no parara y le diera más. Oía como él le susurraba al oído lo divina que era, lo caliente y resbaladiza que estaba. Temblaba tanto de placer en sus brazos que se creía morir.

Cuando al fin ambos quedaron satisfechos no pudieron separarse. Se mantuvieron abrazados, envueltos entre piernas y brazos para disfrutar de la placidez del orgasmo.

Elizabeth le acariciaba la espalda con la mirada fija en el techo mientras Julián se hundía en su cuello. Aspiraba su aroma con temor a alzar el rostro y toparse con su rechazo.

—Tenemos que hablar —dijo finalmente la mujer luego de varios minutos de silencio.

—Son casi las cuatro de la madrugada y mañana tienes que ir a trabajar —justificó él, sin modificar su posición.

—Llevo días sin poder dormir, hasta que no hablemos no estaré tranquila.

—Elizabeth, por favor... —rogó Julián y se ancló más en su cuello. Sintió miedo, mucho miedo.

—¡Necesito pedirte perdón!

Él se extrañó por sus palabras, tanto, que alzó el rostro para observarla a la cara.

—¿Pedirme perdón?

—Abusé de tu confianza. Otra vez —dijo apenada.

—¿Lo dices porque entraste en mi habitación?

Ella sintió tanta vergüenza que deseó salir corriendo. Si no fuera porque él aún estaba encima, apretado a su cuerpo, lo hubiese hecho.

—No debí hacerlo —aceptó sin verlo, distrayéndose al repasar los huesos de su clavícula con los dedos.

—Me hubiese gustado haber estado allí para explicarte.

—No tienes nada que explicar. Es tu vida privada, cometí un error al entrometerme.

—Pero es que me gusta que te entrometas. —La respuesta la dejó sin palabras, muy confundida—. Desde que sucedieron todas mis desgracias, nadie más sintió interés por mí. Todos se fueron, me dejaron solo. Hablaban a mis espaldas, pero ninguno se atrevió a preguntarme algo, a averiguar lo que me había pasado o cómo me sentía. Todos armaron sus propias teorías y cuando veían algo escandaloso, me daban la espalda, me criticaban e inventaban mentiras cada vez más absurdas. Tú no me juzgaste ni hiciste conclusiones apresuradas, fuiste más allá y si no te lo permitía, lo hacías a la fuerza. Me desafiaste, hasta que lograste obtener todo de mí. Eso me da miedo, porque hay mucho de mí que odio y no quiero que veas, pero también me gusta. Adoro que estés aquí, cada vez más dentro de mí.

Elizabeth pestañeó varias veces, asombrada por todo lo que Julián le había confesado en pocos segundos. Por conocer el verdadero nivel que sus acciones inconscientes habían ocasionado y lo que seguían haciendo en él.

No sabía qué responderle, cómo enfrentar aquella declaración. No había esperado tanta transparencia de su parte, estaba tan conmovida y emocionada que tenía miedo de dañar el momento con sus intervenciones bruscas e hirientes.

—Vamos a dormir un poco, ¿te parece? —propuso Julián al notar su inseguridad—. Mañana, cuando tengamos la mente más descansada, hablamos.

Ella asintió y le regaló una dulce sonrisa mientras le acariciaba el rostro. Con ese sencillo gesto tranquilizó al hombre, quien bajó de ella para acomodarse a su lado y envolverla entre sus brazos para intentar dormir.

A Elizabeth le costó conciliar el sueño. Por unos minutos disfrutó de la calma para admirarlo, repasar su rostro con la mirada y con las manos, delineando sus formas para grabarlas en su memoria.

Cada vez se sentía más fascinada por él, por sus luces y sus sombras, por su alegría y sus secretos, por la confianza que le mostraba y por ese recelo con el que seguía manejándose.

Julián era un hombre lleno de matices, tan intrigante que ella nunca quedaría saciada.

Por eso deseaba más y más de él. Su curiosidad se hacía infinita y empezaba a transformarse en necesidad.

Capítulo 21. Visita inesperada.

Despertó casi de casualidad y por culpa de los ronquidos de él. Al verlo sonrió complacida, pero no se atrevió a tocarlo, estaba tan profundamente dormido que parecía un niño.

Elizabeth sabía que él llevaba días sin conciliar el sueño, así que con delicadeza tomó sus cosas y se fue al baño para ducharse y prepararse para salir. Ese día debía cuidar de la abuela de Hugo Rocca.

Al llegar al departamento de la anciana la recibió Lolo, el gato, como siempre. Maullaba fastidiado porque no habían dejado comida en su plato.

—Ah, esa es la única manera de que hagas algo en esta vida, inútil bola de pelos —lo regañó con chanza mientras le llenaba su tazón con croquetas para gatos.

—Qué bien que llegaste, así conoces a Bernardo —fue el saludo de Guillermina, quien se hallaba sentada en su cómodo sillón frente a la ventana. Miraba con atención la casa del vecino con sus binoculares.

—¿Bernardo? ¿Ese no es el amigo del Zorro? ¿El mudito? —bromeó Elizabeth y le dio un beso en la cabeza recogiendo las cosas del desayuno que habían quedado sobre la mesa móvil.

—¿El Zorro? ¿Quién es ese? ¿Otro vecino?

Elizabeth agrandó los ojos. Esa antigua serie de televisión la habían visto la semana anterior, pero, por lo visto, la anciana no lo recordaba.

Aunque a Rufina, la vecina de nombre inventado, y su melodrama, no lo olvidaba para nada. Mucho menos, el drama apasionado de Amaranta, la protagonista de la telenovela de la mañana. Era evidente que esa mujer tenía memoria selectiva.

—Olvidalo. No me has contado quien es Bernardo —recordó llevando las cosas del desayuno de la anciana a la cocina.

—Bernardo es el amante de Rufina. Lleva varios días visitándola luego de que se va el marido y se queda con ella en el dormitorio teniendo sexo.

A Elizabeth le impactó escuchar esa palabra tan mundana en boca de una anciana tan dulce y simpática.

—¿Puedes ver el dormitorio de Rufina desde aquí? —preguntó escandalizada y echó una ojeada al departamento de enfrente.

—¡Claro que no! Ya quisiera —masculló por lo bajo la viejita, perturbando más a Elizabeth—. Pero es de suponerse. Los veo caminar hacia el pasillo y no aparecen de nuevo sino horas después.

—¿Y por eso supones que es el amante?

—¿Qué otra cosa puede ser? —inquirió molesta.

—No sé, tal vez, ¿un carpintero que está reparando las puertas del clóset?

—Los carpinteros no usan traje con corbata.

Elizabeth empalideció y reconoció que esa mujer era demasiado observadora.

—O quizás..., es un primo.

—Los primos no te dejan cara de perro con la panza llena cuando se van. —Los ojos de Elizabeth se abrieron en su máxima expresión—. Bueno, sí pueden dejarla... —reflexionó Guillermina, aumentando su perturbación.

—¿A qué te refieres con eso de perro con la panza llena? —preguntó, para cambiar el tema de conversación de los primos.

—Tú sabes bien a qué me refiero. —La vieja la miró a los ojos con fijeza mientras se acomodaba los anteojos—. Si te ves ahora en un espejo lo entenderías.

La sangre se le fue a Elizabeth del cuerpo. No podía reflejar con tanta evidencia que había pasado la noche en brazos de un hombre.

—¿Qué dices?! —No obtuvo respuesta de Guillermina, solo una sonrisa pícara antes de ocuparse de vigilar el departamento vecino con los binoculares—. ¿Qué tal si vemos la televisión? —propuso algo nerviosa y buscó el control del aparato.

—No, porque ya debe estar por llegar Bernardo. El marido se fue hace unos minutos.

—De seguro, hoy no vendrá —aseguró haciendo zapping.

—Una vez que se prueba de ese fruto prohibido es difícil parar.

A Elizabeth le fue difícil no sentirse aludida con esas palabras. La inquietud revelaba aún más que ella también había cometido ese pecado y estaba encantada con repetirlo todas las veces que pudiera. El cuerpo de Julián se había vuelto un vicio difícil de superar.

El sonido del timbre de la entrada la ayudó a recobrar la calma. Enseguida se puso de pie para atender la visita. Imaginó que sería un vecino, porque si fuese un extraño, el portero llamaría por el intercomunicador.

Quedó pasmada al abrir y encontrar a Julián al otro lado, con el rostro tan ansioso como el de ella.

—Hola.

—¿Qué haces aquí?! —preguntó en susurros, con los ojos brillando por los nervios—. ¿Cómo entraste?

—Hugo avisó al portero que vendría —confesó él también en susurros, sin saber por qué hablaban de esa forma.

—¿Y cómo sabía Hugo que tú venías?

—Porque lo llamé. No sabía dónde vivía.

Las cuencas de los ojos de la mujer por poco se salieron de su cauce.

—¿Para qué llamaste a Hugo?!

—Porque quería verte. Te fuiste sin despertarme.

Ella se frotó la frente para procurar sosegar su inquietud.

—Julián, discúlpame, pero...

—¿Quién es Eli?! ¿Es Augusta?! —preguntó Guillermina a los gritos, refiriéndose a su vecina del 1C con quien compartía chismes de los vecinos.

—¡No, Guille, es...!

No supo qué decir, la presencia de Julián la embargaba con tantas emociones que la volvió insegura. Comenzó a hacerle gestos de urgencia al hombre, con el rostro y las manos, para indicarle que se fuera, pero él se negó.

Ante la insistencia de la anciana de saber quién había tocado a la puerta, él la esquivó para entrar en el departamento y presentarse.

—Buenos días, señora. Mi nombre es Julián Arévalo, soy amigo de su hijo.

—Oh —pronunció la viejita y se acomodó los anteojos al puente de la nariz para verlo mejor—. Yo soy Guillermina Catalina Ibáñez de Rocca, la abuela de Hugo. ¿Por qué no vienes y te sientas un rato conmigo? Mi nieto no está.

Julián dudó un instante, su intención de ir a ese departamento era para conseguir unos minutos con Elizabeth, no podía alargar por más tiempo la conversación con ella, pero tampoco podía ser descortés. Así que pasó a la casa y saludó a la anciana con dos besos antes de sentarse a su lado.

Lolo, el gato, caminó con arrogancia frente a él para subirse al regazo de su dueña.

—¿Eres abogado? —quiso saber Guillermina evaluando no solo al hombre, sino a Elizabeth, que había quedado parada frente a ellos y los miraba con espanto.

—No, yo... administro un bar en el centro.

—Ahhh, ¿está en el negocio con Sergio Ferrero? Ese chico es muy lindo... —dijo con adoración, haciendo sonreír a Julián.

—Sí, él es mi socio.

—¡Qué bueno! Sergio siempre viene y me trae galletas. Es un joven muy adorable y hace poco vino con su novia, Malena, una chica preciosa que viene de Venezuela, al igual que mi Elizabeth que... —Guillermina quedó en silencio al ver que la mujer seguía parada frente a ellos, pasmada—. ¡Eli! —La sobresaltó al llamarla—. ¿No vas a cerrar la puerta ni a hacer un té para nuestro amigo?

Ella por un instante no logró articular palabras. Julián la observó con curiosidad y diversión, fascinado con su actitud indecisa.

—Ya voy —dijo, y le lanzó una mirada asesina a él antes de marcharse, sin haber sido testigo de su sonrisa complacida.

Tres cuartos de hora después, Julián miraba por la ventana junto a Guillermina. Ambos pendientes de lo que sucedía en el apartamento de enfrente.

—Elizabeth no me quiso creer de que Bernardo vendría a visitar a Rufina. No ha parado en toda la semana.

—¿Viene todos los días? —consultó él, interesado.

—¡Y se queda por horas! Sí que tiene un gran aguante el muchacho.

Elizabeth puso los ojos en blanco. No sabía qué era más absurdo, si los comentarios sexista de una anciana de noventa y cuatro años, o que un hombre adulto, profesional y dueño de un bar estuviese pegado a la ventana vigilando la casa del vecino.

—Me sorprende que el marido no se entere de nada —comentó el hombre.

—¡Él nunca se entera de nada! Ni siquiera se entera cuando otros se enteran de las barrabasadas que hace.

—¡Guille, debe ser hora de la telenovela! —expuso Elizabeth para llamar la atención de ambos y apartarlos de la ventana. Buscó en el televisor el canal donde transmitían el programa que a la anciana le encantaba.

—Ahhh, hoy sabré si Amaranta perdió a su hijo o no —comentó Guillermina con emoción y se acomodó en su sillón frente al televisor.

—¿Perdió un hijo? —consultó Julián asombrado, ahora pendiente de lo que sucedía en la pantalla.

Elizabeth le lanzó una mirada indignada que él no pudo notar.

—La hermana de Amaranta la atropelló para que perdiera al niño, así Amaranta se separaba de Juan y ella podía seducirlo.

—¿La hermana de Amaranta está enamorada del novio de Amaranta y atropelló a Amaranta para que perdiera al niño y así quedarse con su novio?

—Sí, pero en realidad no son hermanas, Amaranta fue adoptada. Y no logró atropellarla. Igor evitó el choque, pero empujó a Amaranta e hizo que se diera un buen golpe.

—¿Y quién es Igor?

—El prometido de Amaranta.

—¡Vaya! —exclamó impactado—. Esto está más interesante que la historia del vecino —alegó él con chanza.

—Bah, pero yo sé cómo va a terminar —se quejó la anciana.

—¿Ya viste la novela?

—No, pero todas son iguales.

Él iba a preguntar algo más, sin embargo, calló al recibir un manotazo de Elizabeth.

—¿Podemos hablar?

Le hizo un gesto con la cabeza para que lo acompañara a la cocina. Como Guillermina enseguida se concentró en acariciar el lomo del gato que dormitaba en su regazo y lo que sucedía en la televisión, él se puso de pie y la siguió.

Capítulo 22. Paso fronterizo ilegal.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Elizabeth en la privacidad de la cocina.

—Tenemos una conversación pendiente —respondió Julián, y recuperó la ansiedad que había tenido al llegar.

—¿Y no podías esperar a que estuviera en la casa para hablar?

—No te veré hasta bien entrada la madrugada. No puedo alargar más este asunto.

—Julián...

—Sé que no es un buen momento ni un buen lugar... —la interrumpió, y la tomó por la mandíbula con una mano, acariciando su labio inferior con el pulgar—. Pero hay algo que debo preguntarte.

Ella lo observó con una mezcla de susto y ansiedad, dedicando mucha atención a los labios de él, que estaban muy cerca de su boca.

Si se mezclaban, la colisión sería explosiva, pues llevaba anhelando sus besos desde que había salido de la casa, así como el calor de su cuerpo.

Por un momento Julián calló. El discurso que había preparado se disolvía en su cabeza por culpa de la cercanía de la mujer. El calor que emanaba lo atontaba y despertaba su deseo. Quería estar en una cama enrollado en el cuerpo de ella y no allí, en una casa ajena, siendo agobiado por su frustración.

El magnetismo que había entre ambos amenazaba con hacerlos perder el norte. Estuvieron a punto de besarse cuando oyeron la cerradura de la puerta abrirse.

Enseguida se separaron.

—¿Elizabeth?!

La voz de Hugo repicó en el recibidor.

—¡Aquí! —respondió ella aclarándose la voz para recuperar la cordura y salió al encuentro del hombre.

—Julián me llamó y dijo que vendría —notificó él quitándose la chaqueta del traje para dejarla colgada en un perchero.

—Está aquí.

—¿Está aquí? —El aludido apareció en ese momento—. ¡Julián! —se aproximó a él para darle un abrazo fraterno—. Me alegra verte. ¿Cómo te has sentido? —consultó preocupado, incomodando al hombre.

Sus amigos siempre que lo veían le preguntaban por su salud, como si él fuese un enfermo terminal, gesto que odiaba, pero que él mismo había buscado con su actitud cerrada y tosca.

—Bien. Disculpa que venga a molestar a tu casa, pero es que tenía que hacerle una pregunta importante a Elizabeth.

—¡Por favor! No hay ningún problema. Mi casa es tu casa, ven cuando quieras. A Elizabeth le encantan las visitas. ¿No es así, Eli? —Ella sonrió con sarcasmo arrancando una risa en Hugo, ya que era una costumbre en la mujer que a él le causaba mucha gracia—. ¿Hablaron?

—Sí —se apresuró por responder ella, ignorando la mirada reprobatoria de Julián—. Era un asunto del bar. Ya sabes... mañana es la inauguración.

El recuerdo de aquel evento puso nervioso al hombre. Su premura por conversar con ella lo hizo olvidar su tema más urgente.

—Entiendo. Espero todo esté saliendo bien —habló Hugo.

—Sí, todo va genial —respondió Julián y comenzó a comportarse de forma inquieta.

Elizabeth notó su estado y le acarició un brazo para calmarlo. La estrategia parecía servir y, al cruzar su mirada con ella, recibió una doble dosis de sosiego.

—Me alegro. Yo estaba cerca atendiendo a un nuevo cliente que tiene un negocio en esta zona y decidí pasar para saludarte. Y para darle noticias a Elizabeth del caso de su hermano. — Eso último lo dijo dirigiéndose hacia Guillermina y así saludarla con un beso. La noticia congeló a la mujer y despertó la curiosidad de Julián—. ¿Vamos a la cocina? —invitó él al regresar.

Ambos lo siguieron en silencio, aunque compartieron una mirada inquieta antes de hacerlo.

Julián debía aprovechar la ocasión para despedirse y marcharse al bar, así tendría tiempo de evaluar que los últimos detalles de la inauguración estuviesen listos, pero sentía interés por lo que Hugo iba a contar.

Quería conocer a Elizabeth en todos los sentidos, llegar a ella y conquistarla.

Cuando estuvieron en la cocina y luego de que Hugo se tomara un vaso de jugo de naranja, pudieron conversar.

—Tenemos un problema —comenzó Hugo.

—¿Qué sucede? —quiso saber Elizabeth cruzándose de brazos, ahora angustiada porque el tema de Asdrúbal, su hermano, parecía más serio de lo que aparentaba.

—Si tu hermano entró a Chile de forma ilegal, será muy difícil encontrarlo.

Ella suspiró con agobio. Días antes Walter había logrado conseguirle el número de teléfono móvil de Jackson, uno de los amigos de su hermano que se había marchado con el joven a Colombia, junto a otros más.

Al hablar con él se enteró que el grupo estuvo un par de meses en Medellín y trabajaron para una empresa de eventos donde también laboraban familiares de la novia de Asdrúbal, pero decidieron regresar a Venezuela porque no hacían suficiente dinero para sobrevivir y no querían mendigar.

Asdrúbal no quiso volver a Caracas, prefirió probar suerte en Chile donde tenía a otros amigos viviendo desde hacía un año. Yaneth, la joven que era su novia, no se animó a esa aventura y volvió con el grupo a Venezuela. Asdrúbal se unió a otros venezolanos que había conocido en esa ciudad para seguir hasta Chile entrando a través de un paso no habilitado en la frontera con Bolivia.

—No encontramos ningún registro de Asdrúbal en toda Colombia en el tiempo que estuvo allí, ni siquiera, como detenido de algún puesto policial —notificó Hugo—. Él nunca se legalizó, y el paso fronterizo del que te habló Yaneth, es una entrada clandestina. Por allí entran cientos de venezolanos sin papeles al año, así como emigrantes de otros países aprovechando la poca vigilancia que tiene esa zona por ser una región de difícil tránsito en la cordillera y con bajísimas temperaturas. Si él entró por ese lugar a Chile será difícil encontrarlo. Mi amigo no halló nada de él en los puestos legales de la frontera.

Ella se mordió los labios para controlar la angustia y Julián la miró con preocupación. Aunque no conocía la historia, podía comprender el enorme peso de esta.

—Mi única opción, entonces, ¿sería ubicar a esos venezolanos desconocidos que invitaron a mi hermano a esa excursión?

—Si Yaneth logra encontrar un contacto de ellos, como te lo prometió, sería ideal. Tal vez alguno podría darte una pista —explicó Hugo—. No conozco a nadie en Chile a quien pedirle asesoría, pero puedo averiguar estos días en el estudio contable.

—Gracias —expuso ella con sinceridad, conmovida por la situación.

Hugo había contactado a un amigo abogado que vivía en Colombia y a través de él

podieron solicitar en las oficinas de inmigración información sobre Asdrúbal.

Elizabeth sentía crecer en su pecho un vacío cada vez más profundo. Tenía miedo por lo que pudiera hallar en medio de esas pesquisas, pero no deseaba rendirse. Quería dar con el chico, se sentía en deuda con él por haberlo abandonado por tanto tiempo.

—¿Y si voy a Chile? —preguntó, casi desesperada.

—Chile es enorme, Elizabeth. Es como buscar una aguja en un pajar —la regañó Hugo.

—Además, ¿no pensabas irte a Noruega a trabajar?

La pregunta de Julián no solo la empalideció a ella, sino que mosqueó a Hugo.

—¿Noruega? —consultó el hombre, alarmado.

—Ese es otro asunto —respondió con nerviosismo la mujer y huyó enseguida hacia donde estaba Guillermina.

Hugo y Julián compartieron una mirada llena de confusión.

—¿Te dijo que se iría a Noruega a trabajar?

Julián solo alzó los hombros demostrando lo desconcertado que estaba por la reacción de ella. Pensó que se trataba de un tema conocido por todos, pero pronto se percató de que había metido la pata.

—Está loca si piensa que la dejaré irse a Noruega —dictaminó Hugo y se dirigió a la sala para buscarla.

Sus palabras le concedieron algo de alivio a Julián. A menos, no sería el único que llevaría a cabo esa loable empresa.

Capítulo 23. Aprender a decir que « NO » .

La discusión en casa de Hugo fue larga. El hombre hasta había suspendido sus obligaciones de ese día para tener una dura charla con Elizabeth y hacerle entender que la idea de mudarse a otro país, en algunos casos, no resultaba una buena solución.

En España no solo se había rodeado de una familia postiza con la que tenía mucha más relación y compatibilidad que con la de sangre, sino que también, había logrado una profesión. Una en la que se desenvolvía como pez en el agua, llegando a ser supervisora e instructora, y con la que seguía formándose.

No podía abandonar eso frente al primer problema grave que se le presentaba en cuatro años viviendo allí.

A ella le había costado defenderse, hasta Guillermina terminó llorando por miedo a no verla nunca más. Agradeció que Julián se hubiese marchado antes de iniciar la confrontación para atender sus obligaciones en el bar. Se habría muerto de vergüenza si él se hubiese quedado allí.

Terminó su jornada en esa casa con algo de incomodidad, teniendo que calmar muchas veces las inquietudes de la anciana y explicar lo sucedido a Olivia, la hermana de Hugo, quien se angustió por la tristeza que halló en su abuela al llegar.

Antes de ir al bar de salchichas decidió pasar por la casa a cambiarse de ropa y discutir con Julián. No le perdonaba que hubiese revelado su secreto de esa manera.

—No debiste decir nada del viaje.

—Pensé que todos lo sabían. Son tus amigos, ¿no?

—Claro que lo son, pero ni a los amigos ni a la familia se le cuenta todo. Tú lo sabes muy bien —soltó en referencia al altar que guardaba en su habitación y al resto de los secretos que lo arropaban.

Él calló un instante sintiéndose avergonzado por la referencia.

—No lo dije con mala intención, solo... me confundí por esa repentina idea tuya de ir a Chile a buscar a tu hermano.

—Lo que haga con mi vida no es de tu incumbencia —bramó caminando de un lado a otro como una fiera herida—. Si me voy a Noruega o a Chile es asunto mío.

—¿Cómo que no es de mi incumbencia?! —preguntó con enfado—. Me pediste que confiara más en las personas que me rodeaban y que los dejara entrar en mi vida, sobre todo, si les abría la puerta de mi casa. ¿Y ahora me impides entrar en la tuya a pesar de que hemos compartido más que un espacio donde vivir?

—¿Crees que tienes alguna obligación sobre mí solo porque nos hemos acostado un par de veces?

—¿Un par de veces?! —apuntó indignado y tuvo que morderse los labios y apretar los puños un instante antes de seguir, para controlar la ira que lo embargaba—. Entiendo que para ti haya sido solo sexo lo que tuvimos estos días, pero te informo que para mí no lo fue. No soy de acostarme con cualquiera, jamás he actuado de esa forma y lamento si te confundí. Me preocupa tu situación, por eso había ido a la casa de Hugo esta mañana y solté el comentario de Noruega en medio de una conversación sobre Chile.

La revelación de Julián a ella la dejó paralizada. Le desconcertaban sus acciones, pero ahora, además, la asustaban.

Empezaba a conocerlo, a descubrir que él no era un hombre de juegos, de pasar el rato y de no asumir compromisos. Cada paso que daba lo apoyaba con firmeza en el suelo y aunque sintiera miedo no retrocedía, como solía hacer ella, sino que se quedaba para enfrentar sus temores así le costara más heridas.

—Una vez me dijiste que aceptara las consecuencias si le abría las puertas de mi casa a extraños —continuó él—. Que eso les daría licencia para que se inmiscuyeran en mi vida y pudieran conocerme. Ahora me toca a mí darte ese mismo consejo —aseguró, y le dedicó una mirada fría e intensa que estremeció a Elizabeth y le recordó a aquellas primeras miradas que ellos compartieron cuando se conocieron y él vivía con el peso de sus traumas y secretos—. Tú me dejaste entrar en tu vida y en tu cuerpo. Ahora soy yo quien quiere ver más de ti y conocerte. No me culpes por lo que siento.

Ella quiso decirle algo, rebatir sus palabras para no quedar como la única perdedora, pero le fue difícil hilvanar un argumento claro en su cabeza. Estaba siendo víctima de sus propias palabras.

Julián no quiso alargar más ese debate, dio media vuelta y se encerró en su habitación. Eso era mejor a decirse frases hirientes que luego les costaría recuperar.

Con la furia aun bullendo en su sangre, se acicaló para irse a trabajar al bar de salchichas y, aunque la jornada ese día parecía tranquila, supo que no terminaría bien al ver a Malena llegando a las apuradas.

Su amiga se puso el delantal de trabajo y le dio una mano con los clientes al tiempo que mantenía sobre ella una férrea vigilancia. Hugo debió contarle sobre el posible viaje a Noruega y ella iba a asegurarse de que no escapara antes de que le diera explicaciones.

Respiró hondo llenándose los pulmones de oxígeno y de paciencia para afrontar los últimos minutos de trabajo y luego, ser abordada por su amiga.

Literalmente, Malena le hizo una encerrona en el cuarto de empleados cuando Elizabeth fue a cambiarse y buscar sus pertenencias.

Se salvó de que Luciana y Gabriela se le unieran porque las chicas debían reunirse con Giselle para organizar las labores de la próxima semana. Como Elizabeth no iría a trabajar porque estaría apoyando a Sergio y a Julián los primeros días después de la apertura, ellas, por ser las meseras con más tiempo, debían asumir las responsabilidades de supervisión del personal nuevo.

—¿Qué está pasando?

La pregunta de Malena a Elizabeth le cayó como un balde de agua fría, porque sabía que su amiga se tomaría la noticia a modo personal. Tenía que ser sincera para evitar malentendidos.

—Pasa que estoy muy confundida y llena de miedos, pero quiero resolver mis problemas por mí misma —aseguró Elizabeth sacando su bolso del casillero.

—Bien, eso lo entiendo —aceptó Malena al ubicarse junto a ella—, pero ¡somos amigas! Hace poco hablamos de eso, cuando descubrí que debías mudarte y no me comentaste nada para ayudarte.

—¡Estás llena de problemas! —alegó con cansancio.

—¡Y ya te dije que a pesar de todo tengo tiempo para ti, para escucharte y, aunque sea, para darte apoyo moral! ¿Qué está sucediendo que no aceptas del todo mi amistad?

Elizabeth expulsó todo el aire que tenía en los pulmones y bajó los hombros en señal de derrota. Se sentó en una banca abatida, abrió la ventana y hurgó dentro de su bolso en busca de la cajetilla de cigarros.

—No estoy bien. La insistencia de mi madre para que ahora la mantenga, a ella y a mis

hermanos porque su marido la abandonó, despertó en mí miedos e inseguridades pasados. No quiero volver a vivir solo para sobrevivir, con la angustia de evitar llegar a fin de mes con saldos negativos, partiéndome la espalda a diario en dos o tres empleos. Quiero tener planes, quiero crecer, quiero tener opción a alquilar una casa grande o comprarme un auto, aunque sea usado, o la posibilidad de viajar por el mundo una o dos veces al año, como hacen ustedes, o de desarrollar mi carrera profesional, ¿me entiendes? Invertir en mí. Tener algo mío.

Malena la observó conmovida y se sentó a su lado notando como las manos de ellas temblaban mientras encendía el cigarrillo.

—¿Soy una mala persona por no querer mantener al completo a mi madre? —continuó Elizabeth con la mirada afligida y embargada por el enfado, perdida en el horizonte—. Puedo ayudarla en ocasiones, como lo hacía antes, pero... ¿cubrir todos sus gastos? —resopló con hastío—. La gente dirá que soy una mujer malvada por no hacerme cargo de ella, a pesar de que no es una anciana, no es discapacitada y no tiene ningún tipo de impedimento para trabajar y mantenerse a flote por su cuenta. Solo está acostumbrada a que la cuiden, a tener a su lado a alguien que le haga realidad hasta el último de sus caprichos. Si tiene a un hombre que la proteja, a mí me echa a un lado sin remordimientos, me lanza a la calle y no me busca ni para saber de mí, pero si está sola, se vuelve insistente y agresiva. Me atormenta una y mil veces con mi «obligación de hija», como si el amor se obligara.

Volvió a resoplar, pero esta vez con ironía.

—Nunca me pregunta cómo la llevo —siguió—, qué hago, si soy feliz o si estoy comiendo bien, ¿esa no es la obligación de una madre? ¡¿Por qué ella no cumple con sus obligaciones?! —Dio una calada a su cigarro para intentar calmarse—. Piensa que por el simple hecho de que yo esté viviendo en España soy una mujer rica, que nado en dinero, por tanto, estoy «obligada» a darle todo lo que ella quiera para pagar su comida y las cuentas de la casa donde me echó y nunca más pudo recibirme, ni siquiera, el día en que toqué a su puerta bajo la lluvia y sin una moneda en los bolsillos. ¡Me tocó dormir en el garaje de una amiga mientras moría de frío! —expuso indignada.

Respiró hondo para no desatar un llanto devastador, aunque no logró impedir que varias lágrimas corrieran por sus mejillas.

—Ah, pero es que ese día ella tenía la visita de la hermana de su marido en casa y no podía mostrar que tenía una hija arruinada. Por eso no permitió que me quedara —pronunció con rabia e ironía—. También debo cubrir los gastos de mi hermano de quince años, que dejó de estudiar y llevó a su novia a vivir con él, teniendo la posibilidad de embarazarla en cualquier momento. Y mantener a mi hermano de casi dieciocho años, que también abandonó los estudios para estar con sus amigos todo el día en la calle fumando marihuana y haciendo nada.

Malena estuvo a punto de decir algo al ver los ojos de Elizabeth inundados de pesares, su intención había sido sosegarla, pero prefirió dejar que se desahogara y soltara todo lo que llevaba apretado en el pecho.

—Y eso no es todo —continuó la mujer—. Además debo ser yo la que se encargue de ubicar al hermano perdido, porque nadie más tiene tiempo, ni siquiera el propio Asdrúbal se ha dignado en dar señales de vida. Yo debo hacer hasta lo imposible por hallarlo, si no lo hago soy una mala persona, una mala hija y una mala hermana. Y una vez que lo encuentre tengo que enderezar sus entuertos, salvarlo de los problemas en los que esté metido, no importa si quedo sin nada, en la calle —alegó, dejando correr más lágrimas—. ¡Ya no sé qué hacer! —confesó dándole otra calada a su cigarro.

Expulsó el humo como si estuviera sacándose del interior el dolor que la agobiaba.

—Iba bien —siguió—, tuve algunos años geniales y logré reunir dinero con el que pensé iniciar una carrera técnica de bar y coctelería para mejorar mi currículum y ganar más dinero, pero ahora todo se irá en las mensualidades que debo enviarle a mi madre. Para que eso no pase, debo trabajar en dos o tres empleos diarios, olvidarme hasta de salir a tomar una cerveza. Y no quiero vivir así, Malena, tan limitada y desesperada, por eso se me ocurrió Noruega —confesó con tristeza.

. De forma brusca se limpió las lágrimas mientras se esforzaba por recuperar la dignidad.

—Tengo una amiga que vive en Oslo dentro de un hotel y puede ayudarme a conseguir trabajo y estadía allí, con eso me ahorraría muchos gastos y me concentraría solo en el trabajo. De esa forma seguiría enviándole dinero a mi madre y ocupándome de mis hermanos sin que afecten mis ahorros. Luego... con el tiempo... algún día quizás pueda estudiar...

No pudo continuar porque reventó en llantos. Se quebró, su espíritu terminó de fragmentarse y hacerse añicos.

Malena pasó un brazo por sus hombros y la invitó a apoyarse en ella mientras sacaba de su interior todo lo que la ahogaba.

—¿Sabes que yo me sentí igual mientras estuve en Venezuela? —La intervención de Malena calmó un poco la aflicción de Elizabeth—. Estaba enloqueciendo al querer ocuparme de todo, de mi esposo, de mi casa, de mi hijo, de mi madre, de mi hermana... Dejé de lado mi carrera y mis sueños, y no lo hice porque alguien me lo exigió, sino porque pensé que esa era mi función en el mundo, y aún sigo cometiendo ese error, lo sabes. Soy Malena, «la todera» —bromeó, arrancando una ligera sonrisa en su amiga.

Ambas sollozaron en silencio antes de continuar.

—Para centrarme he tenido que aprender a soltar y a delegar —continuó Malena—, a darme mi puesto y a hacerme respetar, y a decir «NO» la cantidad de veces que sea necesario. En tu caso, tienes que aprender a poner límites, a dejar a tu familia crecer y a golpearse con la vida como tú lo has hecho, porque si cuidas de todos ellos como si fueran niños, siempre serán niños, nunca madurarán. Está bien que ayudes a tu madre, pero tienes que hacerle entender que tú no eres su pareja, sino su hija, una que tiene una vida propia. Debes aprender a darte tu puesto, a hacerte respetar y a decirle que «NO» sin importar sus opiniones.

—Me crucificaran.

—Posiblemente, pero igual tendrán que apretarse el cinto de los pantalones y hacer algo. —Como Elizabeth se incorporó para darle una calada a su cigarro sin pretender aceptar lo que ella decía, tuvo que continuar—. Sé que es duro, pero si no pones límites, abusarán siempre de ti. Los acostumbrarás y nunca podrás hacer lo que quieres.

—A estas alturas solo quiero tranquilidad y tiempo para dormir.

Malena respiró hondo y apretó los labios antes de volver a intervenir. Elizabeth era muy cabeza dura, ella parecía entender a la perfección lo que hacían y debían de hacer los demás, pero cuando se trataba de ella misma era demasiado ciega.

—Noruega no es la solución, sino la sal que terminarás echando en tus heridas. Aquí tienes amigos que podrían ayudarte a hacer realidad tus sueños. Si lo pides, Sergio puede recomendarte para que consigas una beca para una escuela de *bartenders*, él tiene muchos contactos, y está Giselle, Hugo y Julián que pueden dar buenas referencias de ti, así como a los dueños de los otros bares y restaurantes en los que Sergio es socio y donde has trabajado. Así podrás estudiar y trabajar al mismo tiempo sin gastar mucho, mejorando tu condición profesional. Y si se te presenta un nuevo problema de residencia, estamos todos nosotros para asesorarte, aunque creo que no tendrás ningún conflicto con eso porque Julián parece no tener intención de echarle de su

casa —dijo con inocencia y simuló evaluar el techo.

Elizabeth la observó con los ojos entrecerrados. Entendía que su amiga sospechaba sobre su relación con Julián. Sonrió con resignación.

—Me estoy acostando con él —reveló antes de darle una calada a su cigarro.

Malena casi se asfixia con la noticia, quedó con la boca abierta en su máxima expresión.

—¿Son amantes?! —gritó impactada.

—¡Baja la voz! —la silenció Elizabeth controlando la risa, viendo como la mujer se tapaba la boca con una mano, pero abría los ojos como platos—. Sucedió hace unos días y no hemos podido parar.

Malena se llevó la mano al corazón mientras observaba a su amiga con curiosidad.

—¿Es solo sexo o...?

—No sé —confesó y dio una última calada al cigarro antes de tirarlo al suelo y aplastarlo con un pie, luego tomó la colilla y la lanzó al jardín del patio trasero—. Me gusta, muchísimo, pero es un hombre muy herido, tan confundido como yo. Está lleno de secretos y traumas y tengo miedo de hurgar dentro de él y encontrarme con algo que no puedo manejar. Ahora no puedo asumir una relación de ese tipo.

—Pero, ¿él te ha hablado de relación?

—No. Ya te dije, está confundido y temeroso, pero me dijo que no es hombre de acostarse con cualquiera.

—Yo creo que sea lo que sea que exista entre ustedes, lo está ayudando a abrirse. Sergio lo ha notado muy cambiado, más hablador y seguro de sí mismo.

Elizabeth alzó los hombros y dejó perder su mirada en el horizonte antes de hablar.

—No sé si le hace bien mi compañía, discutimos mucho, porque siempre termino haciendo o diciendo cosas que a él no le agradan.

—Ha vivido mucho tiempo solo, le molesta lo que diga o haga mucha gente. Sergio vive nervioso por las quejas de él en el trabajo, pero eso es un problema de Julián. Aceptó abrirse al mundo, entonces, tiene que aprender a soportarlo.

—Eso le dije, que aceptara las consecuencias si le abría las puertas a otros para meterlos en su vida.

Hubo silencio un instante, quedando las dos sumidas en sus pensamientos. Hasta que Malena pudo reaccionar y evaluó con satisfacción el rostro ahora sereno de su amiga.

—¿Y tú?

La pregunta sobresaltó a Elizabeth.

—Yo, ¿qué? —consultó mosqueada, pues sabía a qué se debían las dudas de su amiga.

—¿De qué manera Julián te ha afectado?

Capítulo 24. ¿Quieres una cita?

La pregunta de Malena puso inquieta a Elizabeth.

—De ninguna, me conoces. Los hombres no me afectan —se justificó, sin mirarla a la cara. Evaluaba distraída los objetos que tenía dentro del bolso.

—En ese sentido no te conozco. Nunca te he visto enamorada.

—Y nunca lo he estado —se apresuró por responder.

—¿Es decir, que ni tú misma sabes cómo te sientes cuando estás enamorada?

—¡Claro que sí! —soltó indignada, pero enseguida descubrió su error—. Digo... no. No sé. Son cosas bobas que les pasan a otros. Yo ya perdí ese tren.

—¿Lo perdiste? Hablas como si estuvieras en la última etapa de tu vida —apuntó Malena sorprendida.

—Enamorarse es para adolescentes. Yo superé esa etapa hace mucho —dijo, y recordó con pesar que su adolescencia la vivió entre conflictos familiares y trabajando para ayudar a su madre con los gastos.

Nunca tuvo tiempo ni cabeza para el amor.

—Yo me enamoré por segunda vez el año pasado —confesó Malena con orgullo.

Elizabeth la observó con escepticismo.

—¿Te enamoraste de Sergio?

—Y aún sigo enamorada de él, mucho más que cuando iniciamos nuestra relación. —Sonrió y su rostro se volvió radiante de alegría, desconcertando más a su amiga—. Es de afortunados estar enamorado.

—Ahhh, ahí está el detalle —señaló Elizabeth y sacudió un dedo frente a Malena—. Yo no soy afortunada.

—¡No puedes decir eso!

—¡Claro que puedo hacerlo!

—Estás siendo egoísta contigo misma.

—Eso es nuevo —expresó Elizabeth mirándola con arrogancia—. ¿Es egoísta decir que uno no está hecho para el amor?

—¡Por supuesto! —Malena se puso de pie para enfrentarla con las manos apoyadas en la cintura—. Te adelantas a aceptar conclusiones y te cierras a oportunidades que pueden ser imprescindibles en tu vida. El amor es fuerza, no lo rechaces por miedo.

Como Malena pretendió marcharse luego de decir aquello, Elizabeth tuvo que levantarse y seguirla. No podía quedarse sin decir la última palabra.

—Nadie me conoce mejor que yo —afirmó viendo como su amiga abría la puerta para salir—. Sé que no necesito de eso para animarme a seguir y...

Quedó callada cuando puso un pie en el pasillo y vio a Julián a varios metros de distancia, hablando con Sergio.

Apenas ella apareció, él perdió todo interés en su amigo y fijó sus ojos en ella. Sus miradas se entrelazaron, ambas brillaron por la ansiedad y el deseo que estalló en sus organismos.

—Sergio, ¿terminaste la reunión? —preguntó Malena apresurándose por llegar hasta el hombre—. ¿Nos vamos? Alejandro está solo en casa y no quiero que esté mucho tiempo así.

Sergio la observó contrariado. Alejandro había pasado esa noche en casa de un amigo, no había nadie en el departamento de Malena, pero al ver la cara insistente de su novia, que le decía

con gestos que se marcharan de allí, comprendió todo.

Era momento de dejar a solas a la pareja.

—Bien... este... ¿segura? —preguntó, refiriéndose al hecho de dejar a Julián y a Elizabeth solos, con lo que sea que estuviera sucediendo entre ellos.

Sabía que su amigo no estaba del todo bien y al día siguiente tendrían la inauguración del bar, lo necesitaba lúcido, pero tampoco, podía impedirle nada. Mucho menos, conversar con Elizabeth, quien en teoría «vivía con él».

—Sí... eh... vamos con Alejandro —aceptó.

No hacía nada al negarse, porque Malena igual lo sacaría arrastras del bar. Contra ella nunca había podido ganar una.

Se despidieron con rapidez de la pareja y desaparecieron. Al quedar solos, Julián se guardó las manos en los bolsillos del pantalón y se acercó a Elizabeth, con precaución, como temiendo que ella lo rechazara de un momento a otro.

—¿Me aceptas una cerveza?

La mujer alzó las cejas con incredulidad.

—¿Es una cita?

Él sonrió nervioso.

—Cielos... yo... no sé... eh... —Elizabeth se mordió los labios para esconder la sonrisa —. ¿Quieres una cita?

Ella levantó los hombros como restando importancia al asunto.

—Quiero arreglar las cosas contigo.

—Ese también es mi plan —aseguró, observándola con fijeza.

La mirada profunda de Julián a ella la descomponía. Entendía que de él quería más que una cita, lo quería todo.

—Entonces, vamos —aceptó con una sonrisa algo tímida.

Salieron de allí hacia un pequeño bar que ese día estaba un poco solitario, pero que les concedía el ambiente íntimo y tranquilo que necesitaban para asentar sus ideas.

—Debo pedirte de nuevo una disculpa —dijo ella luego de que les hicieran entrega de las cervezas—. Creo que me pasaré la vida en eso.

—Yo espero que no.

—Te dije cosas muy duras esta tarde.

—Ambos nos sobrepasamos —aceptó él con pesar y le dio un trago a su cerveza.

—He vivido mucho tiempo sola, por eso me cuesta aceptar que otros pretendan meterse en mis asuntos.

—Tienes a mucha gente que te aprecia a tu alrededor, a los que has metido muy profundo en tu vida. No puedes tenerlos dentro de tu corazón e impedir que tomen un poco de él, ese fue el consejo que me diste en una ocasión.

Ella sonrió avergonzada.

—Soy tan obtusa que puedo ver la basura en el ojo ajeno sin atender la mía.

—Me parece que la ves, pero la ignoras por miedo.

Una vez más Julián la golpeaba con dictámenes crueles por estar llenos de verdades. La cobardía parecía ser su marca registrada.

Dio un trago largo a su cerveza, llegando a tomarse casi la mitad antes de responder. Sentía que necesitaba de mucha valentía para enfrentar sus problemas.

—Cómo te puedes dar cuenta, mi vida está fragmentada y necesito recomponerla.

—La mía está en condiciones similares. Eso lo has podido confirmar tú misma estos días

—reveló antes de dar también un trago largo a su cerveza, pero en su caso, se la bebió completa. Luego miró el vaso vacío como si apreciara su propia existencia—. ¿Quieres que pasemos ya a la segunda fase de las citas?

Elizabeth arqueó las cejas con desconcierto.

—¿A qué te refiere?

—Tengo cosas que contarte, pero necesito más intimidad. ¿Es muy descarado que te pida que nos vayamos a la cama?

La pregunta de él a ella le propulsó los latidos del corazón. Aquello lo había estado deseando desde que lo vio en el bar de salchichas.

De un solo trago terminó de beberse lo que quedaba de su cerveza y gimió de gusto al sentir las burbujas de la bebida explotar en su cabeza.

—Vamos. Necesito más de ti.

Aquello hizo estallar las emociones de Julián, quien enseguida se puso de pie y dejó un billete en la mesa para pagar las cervezas, y la tomó de la mano para salir con rapidez del lugar.

Nada le importaba más en ese momento que cubrir todas las necesidades de ella.

Llegaron a la casa en tiempo record, pero no se apresuraron por quitarse la ropa al llegar a la habitación de ella. Los besos que se dieron fueron profundos y exploradores, querían saborearse y conocerse, almacenar en la memoria todo lo que aprendían.

Las manos tocaron más allá de lo permitido, masajearon, pellizcaron y provocaron todo tipo de sensaciones. Despertaron gemidos y susurros suplicantes, dibujaron con los dedos en la piel del otro las intensas emociones que sentían.

Julián la recostó en la cama y se ubicó sobre ella apresando su cabeza con una mano. Introdujo su lengua en la boca de la mujer y la acarició como si por dentro hubiese estado impregnada de miel y él deseara atrapar toda esa dulzura para consumirla por completo.

Sus cuerpos ardían como brazas, se fundían entre sí hasta lograr una unión perfecta. Se convirtieron en una única bola de fuego, que crecía con cada embestida.

Los cuerpos se convirtieron en suave seda que se humedecía con gotas de rocío. Ambos se concentraron en conseguir el máximo placer hasta transformar los gemidos en llantos de gozo que pareció durar horas.

Elizabeth se sostuvo del cabecero de la cama mientras él se aferraba a ella y la envolvía con firmeza entre sus brazos. Buscaba llegar más profundo, al tiempo que aceleraba sus embates hasta hacerla gritar por el deleite.

Estaba loco por esa mujer y pretendía enloquecerla también. Se sentía tan a gusto a su lado, abrazado a su ardiente cuerpo y absorbido por la gloria de sus profundidades, que esperaba conquistarla para animarla a quedarse.

Una explosión devastadora los sacudió física y emocionalmente aquella noche, los exprimió hasta los huesos y estremeció sus organismos como si una descarga de alta potencia les hubiese atravesado los huesos.

Fue tan terrible que les arrancó lágrimas, pero les dejó sonrisas satisfechas en los labios, una que les duró por varios minutos mientras la vida les volvía al cuerpo y regresaban a la realidad.

Al tener de nuevo los pies en la tierra, Elizabeth sintió la necesidad de ir más allá. Si lo que sucedía entre ellos era algo que valía la pena continuar, entonces, era hora de revelar las cartas que escondían a los ojos de otros.

Julián ya conocía su vida, sus conflictos y su cara más fea, ahora necesitaba ver por completo la de él, para saber si era posible dar más rienda a la pasión que se cocía entre ambos o

daban un paso atrás, antes de que fuese demasiado tarde.

—¿De quién son las cenizas que guardas en tu habitación? —preguntó, dando así punto final al momento de delirio.

Capítulo 25. Lo difícil de decir: « quédate » .

Julián respiró hondo y se acostó de cara al techo. Elizabeth se había quedado echada de lado, con su mirada ansiosa fija en él.

—No hay ningunas cenizas.

Ella apretó el ceño, confusa.

—Vi el altar y la pequeña urna de madera. Sé que en ocasiones enciendes velas y no solo ahora, sino desde hace tiempo. En la sala hay una mancha de cera de velas.

Él cerró los ojos un instante antes de responderle. Elizabeth le dio su tiempo, parecía ser difícil para él exteriorizar el dolor que había ocultado por tanto tiempo.

—Mi madre fue muy religiosa y solía acompañarla a la iglesia los domingos. Ella se quedaba luego de misa para rezar por sus difuntos y encendía velas, porque decía que su luz ayudaba a que las almas encontraran el camino al cielo.

Calló un instante, sin dejar de mirar con melancolía el techo, como si en él viera la película de sus recuerdos.

—Me casé hace cuatro años con la hija de uno de mis clientes más importantes. Paulette, se llamaba —continuó—. Era una mujer hermosa, pero también, muy rebelde, que vivía limitada por su padre, un hombre muy poderoso no solo en España, sino en parte de Europa. Me enamoré casi enseguida de su hermosura y espontaneidad, aunque solo busqué con ella una amistad, porque ella estaba muy por encima de mis posibilidades. Pero Paulette se percató de lo que sentía y se aprovechó de eso para envolverme en una relación íntima que usó de trampolín para liberarse del control de su familia.

Elizabeth lo escuchaba con atención sin hacer ningún gesto que demostrara lo absurda que le parecía esa historia. Desde muy joven había sido independiente y responsable de sus propios actos, por eso le parecía increíble que aún hubiesen mujeres, mayores de edad, que siguieran viviendo bajo el yugo de alguien.

Sin embargo, entendía que las condiciones no eran las mismas para cada mujer. A ella le habían tocado padres desprendidos, a la esposa de Julián, por lo que él le contaba, le habían tocado unos demasiado sobreprotectores.

—No tuvimos ni medio año de relación cuando nos casamos, pero eso no le otorgó a Paulette la libertad que deseaba, sino que nos atrapó a ambos. Su padre, para hacerme merecedor de estar en su distinguida familia, me contrató en una de sus empresas y me entregó cargos y responsabilidades que no pude rechazar. El estatus que gané con su apoyo y los beneficios que recibí eran cien mil veces mejores que los que había tenido por mi cuenta, pero eso significó salir de España y vivir en base a las disposiciones del hombre. Paulette enloqueció con esa situación, ella había esperado de mí algo diferente, pero yo vi esa oportunidad como un crecimiento acelerado y no la desperdicié. Por supuesto, nuestro matrimonio se volvió un caos semanas después de casarnos y convirtió mi vida en un tormento.

Hizo una pausa para respirar hondo y apretar los labios con fuerza, como si soportara el latigazo de la culpa y el arrepentimiento.

—Fue terrible. Llegué a un punto en que me asfixiaba por los reclamos, el llanto, las peleas, las ofensas y la soledad. En el exterior estuve muy solo soportando ese problema. Así que decidí lanzar todo al garete y regresar a España y, aunque eso puso alegre a Paulette, me fue difícil reintegrarme. En mi trabajo anterior no me aceptaron y no pude encontrar otro lugar

interesado en emplearme. El padre de Paulette tuvo mucho que ver en el asunto, demostrándome hasta dónde era capaz de llegar por su hija. Por eso fui a hablar con él y doblegarme a algunas de sus cláusulas, eso hizo enloquecer de nuevo a Paulette, quien reinició con mayor ímpetu sus reproches y rebeldía.

Julián se frotó el rostro con ambas manos como queriendo arrancarse de encima los recuerdos tortuosos. Eso le trajo a la mente a Elizabeth el tiempo en que vivió con su madre, aturdida por las discusiones diarias y sin sentido, las quejas y los lamentos.

Aquello había resultado tan desesperante que todo el que podía irse lo hacía sin pensárselo mucho. Por eso le fue fácil comprender la ansiedad que había experimentado Julián, quien tan solo había sido un peón en un juego de rivalidades familiares.

—Traté de llevar las cosas lo mejor posible, te juro que hice mi mayor esfuerzo, aunque nada sirvió. De pronto apareció ese conflicto financiero en el que me vi involucrado y terminé en prisión. Pensé que aquel era el precio que debía pagar por mi arrogancia de pretender mezclarme con una familia que estaba muy por encima de mi nivel y dejé que el peso de la ley me cayera encima. Me rendí, sin ánimo a defenderme, pero el padre de Paulette me ayudó. Hizo hasta lo imposible por sacarme de allí y limpiar un poco mi nombre. Aunque eso no lo hizo por mí, sino por su familia —confesó con pena y con una sonrisa triste marcada en el rostro—. Una mancha como esa no la podían soportar.

Hizo otra pausa que lo ayudara a tragarse la rabia que aún tenía atorada en el alma, por las injusticias de las que había sido víctima.

Elizabeth sintió tanta pena por él que quiso estirar la mano y acariciarlo, pero se reprimió. No quería regalarle lástima, sino ayudarlo a que se desprendiera de su dolor, desahogara su alma afligida y drenara la ira que lo embargaba.

—Esa ayuda de su padre no emocionó a Paulette, la encolerizó aún más. Ella hubiese preferido que yo me quedara en prisión por algunos años, para librarme así del control de su familia. Las peleas que tuvimos por ese hecho fueron tan desmesuradas, que ella comenzó a sufrir de ansiedad. Hasta que un día salió de casa en medio de un ataque de pánico y huyó en su auto. Horas después me llamó la policía para informarme que se había estrellado contra la pared de una fábrica y murió en el acto.

El silencio que se instaló en la habitación fue pesado y era traspasado por una espada de angustia y sufrimiento.

Aunque Elizabeth nunca conoció a aquella mujer, no pudo evitar que su muerte le doliera. Ella había sido otra víctima de las circunstancias.

—Me derrumbé. Sentí que todo lo sucedido había sido mi culpa. Que fui un egoísta al pretender aprovechar los beneficios que me daba entrar en aquella familia inalcanzable cuando el plan había sido otro.

—No puedes culparte por eso, Paulette no debió aprovecharse de ti y utilizarte de esa manera. Esas fueron decisiones de ella —se atrevió a intervenir Elizabeth, molesta porque él quisiera tomar responsabilidad en ese asunto.

—Yo no lo vi así, a pesar de todas las señales que vinieron después. Su familia me entregó una sustanciosa cantidad de dinero y me hicieron firmar un montón de papeles de confidencialidad. Al inicio no entendí de qué venía el asunto, sufría demasiado, pero luego comencé a investigar y descubrí que los delitos fiscales por los que me habían acusado, fueron una herramienta de Paulette para lograr que rompiera relaciones con su familia. Todo fue planeado por ella. Cuando se dieron cuenta de mis pesquisas, me amenazaron con llevarme de nuevo a la cárcel, así que vendí mi departamento en Madrid y me vine a Valencia, a la casa de

mis padres. Ellos habían fallecido mucho antes de toda esta locura, por eso no fueron testigos de mi caída. Aquí me refugié y me aparté de todos, para relamerme las heridas a gusto. Las cenizas de Paulette se la llevaron sus padres semanas después de que me vine a esta casa, porque no deseaban estar lejos de ella. La llevarían a su panteón privado en Londres. En mi habitación solo está la urna vacía, la he tenido allí para recordar siempre mis culpas.

—Julián, eso es injusto —expuso Elizabeth apoyándose en su codo para incorporarse y verlo a los ojos.

Se conmovió por el vacío que vio en ellos. Era evidente que el dolor lo atormentaba.

—Quise cambiar, dejar de ser quien un día fui: un hombre organizado, dedicado al trabajo y lleno de aspiraciones y metas. Quise convertirme en el sujeto que Paulette había necesitado, alguien desprendido, desordenado, rebelde y arrogante. Esa persona que pudo haberla salvado de su desdicha.

—Por más que te hubieses esforzado para salvarla, ella no iba a ser feliz de ningún modo. Para ser verdaderamente libre, primero hay que hacerlo desde adentro, desde nuestro corazón. Paulette estaba tan acostumbrada a vivir prisionera que no tenía la valentía de liberarse a sí misma, sino que buscaba que otros lo hicieran, sin importar hasta donde podía llevarlos en su capricho. Aunque tú la hubieses apartado de su celda, su corazón seguiría encadenado a ella y tarde o temprano regresaría.

—Ella tenía un miedo terrible a la soledad.

—¿Quién no?

Ambos compartieron una mirada entristecida, una que había estado mucho tiempo ahogada en soledades.

—Mi plan era morir encerrado en esta casa, solo, pagando mis culpas y siendo aplastado por los recuerdos, pero fui débil. La soledad es como un virus que se expande por tu cuerpo y te carcome la piel, te la deja en carne viva, ardiendo como brazas encendidas, y te llena cada vez de más dolor. En ocasiones creí enloquecer, así que a veces salía y caminaba sin rumbo, solo para escuchar voces y ver rostros de gente que estuviese tan viva como yo. Me iba a bares y me sentaba en una mesa a tomar una copa mientras observaba como el mundo seguía girando. Fue así como me reencontré con Sergio y poco a poco me esforcé en salir del cascarón.

Se giró hacia ella para mirarla a la cara, con unos ojos ahora cubiertos por el brillo de la vida, expectantes y cargados de vitalidad.

—Cuando apareciste me encontraba en pleno proceso de readaptación —continuó—, estaba lleno de miedos, rabias e inseguridades, pero con muchas ganas de recuperar de nuevo mi humanidad. Resultaste como un terremoto de gran magnitud que movió mi centro gravitacional, terminaste de desdibujar los límites que me había impuesto y eso me gustó tanto, que te confieso, me volvió un adicto a ti.

Ella sonrió y repasó con una mano el borde de su nariz hasta llegar a sus labios, que acarició con anhelo.

—Algo parecido me sucedió contigo. Por eso regresé aquí, a tus brazos, a pesar de los miedos y las inseguridades que aún tengo.

Julián la vio con intensidad, se ahogó en la profundidad de su dulce mirada.

—Vamos a intentarlo —le rogó—. Si quieres no como una pareja en todo el sentido de la palabra, pero sí, como amantes y amigos.

—Mi vida está un poco complicada ahora —aseguró ella.

—Lo sé. Yo también debo cerrar mis historias pasadas y desprenderme del dolor y la culpa, pero no quiero dejar de estar contigo. Terminaré la remodelación del piso de abajo para

que puedas mudarte a esa parte de la casa y tengas algo más de privacidad. Quizás en un mes, o menos, esté listo.

—Eso aumentará el costo del alquiler.

—No lo hará, te lo juró.

—Julían...

—No necesito el dinero —se apresuró por aclarar—. Lo hago solo para ayudarte y darle vida a esta casa que por mucho tiempo ha estado vacía. Si no me pagas, me da igual.

—Voy a pagarte —declaró con determinación.

Él sonrió de medio lado, adoraba su testarudez.

—Bien, págame lo que quieras, pero solo...

Iba a decirle «quédate». Sin embargo, apretó los labios para evitar pronunciar esa palabra.

No tenía ningún derecho para pedirle que dejara de lado sus proyectos y se quedara a su lado, obligándola a batallar con su personalidad cambiante y sus temores.

No debía pretender hacer con ella lo que Paulette una vez pretendió hacer con él. Ya sabía cómo terminaban esas relaciones por conveniencia, así que no podía repetir el mismo error. Si de verdad existía algo entre ellos, solo el tiempo lo diría.

Elizabeth pareció intuir sus dudas, viéndose agobiada por las mismas inseguridades. Ella también deseaba quedarse allí, con él, y disfrutar por primera vez de una compañía real, de una de la que podía sostenerse sin miedos.

Pero aún, nada a su alrededor caminaba recto. Los problemas seguían allí, atormentándola, y le arrancaban sus sueños y metas. Seguía estancada, con sus logros escurriéndose como agua entre sus dedos.

Ahora no podía asegurarle nada, le resultaba imposible comprometerse de ninguna manera y no quería hacerle más daño. Él estaba demasiado roto, llevaba sobre sus hombros una carga muy pesada de abusos y traiciones, no debía agregar nada más.

—¿Qué te parece si dormimos un poco? Mañana es la inauguración de tu bar y ambos necesitamos estar bien despiertos. Ya tendremos tiempo para continuar esta conversación.

Él arqueó las cejas al recordar con terror ese hecho.

—Cierto, será mejor que descansemos.

Ella sonrió y lo besó con ternura antes de acurrucarse a su lado y procurar conciliar el sueño.

A ambos les costó lograrlo, porque lo que se habían dicho y lo que habían vivido ese día tenía a sus corazones latiendo con ansiedad.

Era mucho lo que quedaba pendiente y eso les robaba la calma, pero forzar una relación sería contraproducente y ya estaban cansados de hacer las cosas mal, de perder, de herirse y de lastimar a otros.

Capítulo 26. Una gran transformación.

La inauguración llegó a ser todo un éxito. Fuera de algunos pequeños inconvenientes que Julián, Sergio y la propia Elizabeth supieron resolver sin que nadie lo notara, la noche resultó perfecta.

El local siempre estuvo a reventar. La idea de Julián de obsequiar el primer trago atrajo la atención de muchísima gente y sus tapas, al estilo donostiarra, fueron todo un éxito.

La clientela no dejaba de probar los pinchos fríos y calientes que ofrecían, emitiendo alabanzas por el de tortilla de bacalao y el de pastel de verduras con queso fresco y mermelada de tomate.

La sidra la servían directo del tonel, dándole al negocio un ambiente de taberna vasca muy agradable.

El evento generó un cambio radical en Julián, que sus allegados no pasaron desapercibidos. El hombre de pronto se transformó en un sujeto hablador, atento, sonriente y generoso, resolvía quejas de los clientes con tragos o aperitivos gratis, hasta hacerlos sentir como reyes.

Para sorpresa de Sergio, no se negó en atender a la prensa y a los periodistas de revistas especializadas, les concedía cortas y amenas entrevistas o posaba sin rechistar junto a él para diversas fotografías.

Como había corrido la voz de la apertura de ese bar entre todos sus conocidos, muchos de sus amigos de la universidad, quienes también lo eran de Julián, asistieron encantados. Al presenciar el cambio radical de su antiguo compañero se sintieron a gusto. Ninguno le hizo un comentario incómodo, solo lo trataron como si fuese el hijo pródigo que regresaba a casa, y no exactamente arruinado.

Elizabeth no tuvo tiempo de percatarse de esa mágica transformación. Parecía un pulpo, con tentáculos y ojos puestos en cada uno de los meseros que había entrenado.

Evaluaba el desempeño del *bartender* y daba una mano al chef en lo que podía. Se sentía responsable por todo lo que sucediera en el trabajo.

Reparaba en Julián cuando él la detenía en medio de su indetenible carrera en sitios donde nadie los descubriera, ya fuera para darle un beso fugaz o decirle al oído lo hermosa que se veía nerviosa y hasta enfadada, bajando así su nivel de estrés.

Al terminar la noche y una vez que todo el mundo se había marchado, que cerraron el negocio y se despidieron de Sergio y de Malena, se fueron juntos a la casa completamente agotados, pero felices.

Se metieron los dos al baño y entre caricias y besos se dieron una ducha, luego cayeron en la cama de ella sin poder mover ni un solo músculo, solo lograron cerrar los párpados y perder la conciencia para dejarse atrapar por Morfeo.

Pero en la mañana, ya recuperados de las exigencias del bar, se dedicaron a amarse como nunca lo habían hecho. Dejaron sobre las sábanas la incontenible pasión que les corría por las venas.

Así pasaron el fin de semana, centrados en el negocio y en ellos. Hasta que el lunes, al regresar Elizabeth de haber hecho un envío de dinero a su madre, lo encontró sacando de su habitación la mesa y los objetos que habían formado parte del altar.

—¿Qué haces?

—Limpio mi dormitorio —explicó con tranquilidad y pasó a la habitación para sacar los

trastos que había utilizado para la limpieza.

Elizabeth se aproximó con precaución y vio con inquietud la urna de cenizas que descansaba sobre la mesa.

—Instalé una repisa en la pared —dijo Julián, al aparecer de nuevo en la sala con una escoba y un trapeador en las manos, y señaló el rincón donde se hallaba el objeto que había mencionado—. Allí dejaré las imágenes de la Virgen de los desamparados y de los ángeles. Ellos habían pertenecido a mi madre, para mí tienen valor sentimental, pero esta caja voy a guardarla —comentó tomando la urna y la abrió demostrando que estaba vacía—. No tengo por qué prenderle velas a una caja vacía, esa no es la forma correcta de superar el duelo. Además, eso solo me recuerda los momentos malos que tuve con Paulette, los errores que cometí y la forma en que ambos nos lastimamos. Quiero recordar solo los momentos de dicha, porque los hubieron, aunque fueron pocos, y de esa forma tenerla viva en mi corazón.

Elizabeth sonrió conmovida. La imagen que ahora le daba Julián era la de un niño que se había percatado de su travesura y buscaba las maneras de reponer su error. Vestía un viejo pantalón de chándal y una sudadera que había tenido mejores tiempos, estaba despeinado y veía la pequeña urna con mirada melancólica.

Se acercó a él y le quitó el objeto de las manos para dejarlo de nuevo sobre la mesa y así abrazarlo con fuerza mientras le acariciaba la espalda. No quería que él volviera a sentirse solo, apartado o culpable de nada, preso por el arrepentimiento. Deseaba verlo liberado, teniendo el control de su propia vida.

Esa semana no solo sacó el altar de su dormitorio, sino que desocupó dos habitaciones que había tenido cerradas y llenas de pertenencias de Paulette.

Las había guardado allí como represalia a la familia de ella, por las amenazas que le hicieron llegar cuando él comenzó a enterarse de la verdad detrás de los hechos que desencadenaron la tragedia de su muerte.

La madre de Paulette había reclamado las cosas de su hija, como los cuadros que pintaba, sus libros de arte, los diarios que escribía y sus objetos personales.

Julián empacó todo, ayudado por Elizabeth, y se puso en contacto con una prima de Paulette, con quien había logrado hacer amistad, para que lo ayudara a enviar todo a los padres de la mujer. La última vez que se había reunido con ellos no habían quedado en buenos términos.

Entre aquel necesario desprendimiento, la semana inaugural del bar y las remodelaciones de la planta baja de la casa se fueron los días, sumiéndolos a ambos en una vorágine de actividades.

Elizabeth al fin pudo conocer a Dominga, la mujer que ayudaba a Julián con la limpieza de la casa los fines de semana, quien había regresado de Alicante. Estuvo en esa ciudad un par de meses porque su hija había enfermado luego de dar a luz y ella estuvo ayudándola con el niño, y con sus otros hijos, mientras se recuperaba.

El semblante asombrado de Dominga fue demasiado evidente al encontrar a su jefe tan cambiado. Las conversaciones que mantenían ambas a espaldas de Julián eran reveladoras. Con ellas Elizabeth pudo conocer los terribles e injustos dramas que el hombre había tenido que atravesar esos años de soledad, atormentado por el fantasma de Paulette y por la familia de esta, que lo persiguió con abogados para evitar que manchara de alguna manera la reputación del apellido.

Al conocer la difícil vida que él tuvo que soportar se sorprendió por lo bien que llevaba los nuevos tiempos, aunque reconociendo que aquello no surgió como por arte de magia, mucho menos, por su intervención.

Julián ya venía experimentando una transformación desde antes de conocerla, gracias a que él mismo había decidido mezclarse con la sociedad al no soportar la crueldad de la soledad, y luego, por el reencuentro con Sergio.

Su amigo fue pieza clave en su proceso. No solo para reunirlo de nuevo con su vida pasada, esa que había sido más ligera y descomplicada, sino además, porque lo ayudó a recobrar la fe de sí mismo y lo motivó a formar parte de un negocio con el que podía despejar a su mente y alejarse de los traumas.

Allí ella entendió lo importante que era tener una amistad a su lado, a alguien que la escuchara, que la entendiera y la acompañara por los caminos engorrosos que le tocaban transitar. Pensó en Malena, así como en el resto de las amistades que había cosechado desde que había llegado a España, como Giselle, Hugo, Gabriela, Luciana y el mismo Sergio.

Agradeció el hecho de tenerlos de su lado, aconsejándola cuando creía perder el camino.

No podía abandonarlos ahora. Marcharse a Noruega y olvidarse de ellos como si no hubiesen significado nada en su vida no era justo ni siquiera para ella misma. Tal vez, en ese momento vivía otra época de crisis, pero, a diferencia de lo que le había sucedido en Venezuela, allí tenía medios y personas que podían ayudarla a salir adelante.

Emigrar ya no la veía como una opción, debía hallar otras soluciones que le permitieran superar la dura prueba.

Y no solo deseaba quedarse por todos ellos, sino también por Julián, con quien estaba disfrutando de una relación única, jamás experimentada.

Él no solo era sublime como amante y la hacía perderse en el limbo del placer cada vez que ponía sus manos sobre ella, sino que además, se convertía en otro gran amigo, alguien que la dejaba crecer a su manera y confiaba en su criterio sin limitarla ni ofenderla.

Se sentía muy a gusto a su lado y deseaba saber hasta dónde serían capaces de llegar estando juntos.

En esas divagaciones se le pasaron los días, hasta que en una ocasión Julián la abordó con una noticia que no se esperaba.

Elizabeth lo había visto días antes afanado en llamadas misteriosas, que creía tenían que ver con la familia de Paulette para entregarles las pertenencias de la mujer, pero resultó que estaban centradas en ella y en uno de sus problemas más delicados.

—Ubiqué a una persona que trabaja en la embajada de España en Chile, que puede ayudarte a buscar información de tu hermano.

La mujer quedó de piedra ante esa confesión y sintió una emoción súbita.

—¿Hablas en serio?

—Es el familiar de un antiguo compañero de trabajo que ahora forma parte del Ministerio de Hacienda. Desde hace tres años está en Chile, es analista de mercado en la oficina económica y comercial de la embajada de España.

Ella comenzó a ponerse ansiosa.

—¿Y lo hará gratis? ¿Debo pagarle algo? ¿O realizar algún trámite?

Él negó con la cabeza.

—Lo hará como un favor. Mi amigo estuvo hace días en el bar y allí hablamos del asunto. Me pidió unas asesorías para unos casos financieros que está llevando en el Ministerio y a cambio, me ayudará a ubicar a Asdrúbal en Chile a través de su familiar.

Las lágrimas se desbordaron en los ojos de la mujer, quien se lanzó sobre el hombre para darle un abrazo y un beso profundo como agradecimiento.

Con el apoyo de Yaneth, la antigua novia de Asdrúbal, Elizabeth pudo contactar a las

familias de dos de los venezolanos con los que su hermano había viajado de Colombia a Chile, tomando a pie el paso por la cordillera ubicado en la frontera con Bolivia.

Ellos le confirmaron que el joven se había marchado con sus familiares hacía mes y medio, atravesando tres países, pero que en Colchane, en la región de Tarapacá, se habían separado.

Sus familiares siguieron hasta Rancagua, al sur de Santiago, donde los esperaban para trabajar en un campo agrícola, pero Asdrúbal había dicho que se iría a Iquique, donde lo esperaba un amigo del que no dio datos.

Hasta allí llegaron las pistas que tenía. No pudo avanzar más. No sabía quién era ese supuesto amigo que Asdrúbal tenía en Iquique, ni Yaneth ni Jackson supieron darle razón. Incluso se había comunicado con otros amigos de su hermano en Caracas, y hasta en Ciudad Bolívar, pero nadie sabía nada.

Tal vez, había sido una mentira para no continuar el viaje con ese grupo y tomar su propio camino sin dar explicaciones. Asdrúbal siempre había sido muy independiente.

Por eso la noticia que le daba Julián la llenaba de nuevo de esperanzas. Esperaba de esa forma tener noticias de él, aunque el miedo le atenazaba el alma.

Un amargo presentimiento la invadía cada vez que pensaba en su hermano, temores que procuraba ignorar, pero que se hacían más vivos a medida que se acercaba a él.

Capítulo 27. Me gané la lotería.

Y como Elizabeth lo había temido, no fueron buenas noticias las que llegaron desde Chile. Asdrúbal había fallecido días después de separarse del grupo de venezolanos con los que había viajado. No encontró albergues disponibles, todos estaban repletos por la gran cantidad de inmigrantes que se encontraban en la zona, así que tuvo que dormir en la calle.

A los «coyotes» que habían contratado para que los guiara de Bolivia a Chile por el desierto, los contactó de nuevo para que lo trasladaran a Huara, un pueblo cerca de Iquique. Pero al parecer, lo estafaron, a él y a otros más, presentándose una pelea encarnecida donde varios inmigrantes habían quedado muy mal heridos.

Lo trasladaron a un centro de salud con algunos cortes profundos. Allí lo atendieron y le dieron refugio una noche. Luego, las autoridades médicas decidieron entregarlo a la policía de inmigración levantando un informe, pero él escapó.

Asdrúbal se quedó a la intemperie, soportando el frío y aún con las heridas frescas. No estaba preparado para las inclemencias del clima, así que su cuerpo pronto cedió. Lo encontraron muerto un día después y trasladaron su cuerpo a Iquique, donde esperaban que alguien lo reclamara.

Esa información doblegó a Elizabeth. Enterarse que su hermano había sufrido estando solo y siendo víctima del frío y del dolor le rompió el corazón.

Ella había atravesado una situación similar, aunque no tan drástica. Sin embargo, sabía lo que se sentía dormir en la calle, sobre el suelo helado, en rincones oscuros y sucios, y en medio de temperaturas bajo cero sin la indumentaria adecuada. Por eso le afectó la terrible pérdida de su hermano.

Lloró sin consuelo por días enteros. Agobiada además por la culpa de no haber hecho algo por él antes de la tragedia. Si tan solo hubiese iniciado esa búsqueda unos meses antes, lo habría hallado vivo y lo hubiese ayudado, pero ahora era demasiado tarde.

Julián la acompañó en ese tiempo de pena porque entendía su sentir. Él también había sido azotado por una pérdida repentina y por la culpabilidad. Ya su negocio tenía casi dos semanas de haber iniciado, por tanto, podía continuar sin ella.

Quería darle su tiempo para que se repusiera, sin permitir que se sintiera sola. Buscó a Sergio, a Malena, a Hugo y a todo el que pudo para que la apoyaran, haciéndola sentir siempre acompañada.

No deseaba que cayera en una espiral de rabias y penas como le había sucedido a él.

Pero el tema de Asdrúbal no llegó hasta allí. Avisarle a la familia en Venezuela fue otro sufrimiento más para Elizabeth. El dolor de su madre, no solo por la pérdida de su hijo, sino también, por el arrepentimiento de no haber insistido en buscarlo tiempo atrás la atormentó.

Nunca imaginó que sucediera una cosa así, las madres siempre se aferraban a la idea de que los hijos debían morir después de los padres.

Toda la familia quiso llamarla para saber de primera mano lo sucedido, así como los amigos. Entre todos reunieron dinero para pagar el viaje del tío que vivía en Ciudad Bolívar a Iquique y así reclamar el cuerpo del chico, cremarlo y llevar las cenizas a Venezuela.

No fue sencillo ni rápido el proceso. Allí Elizabeth no dudó en utilizar sus ahorros para colaborar con aquella dura tarea, porque su corazón no iba a soportar dejar abandonado el cuerpo de su hermano en esa ciudad lejana y desconocida.

Mientras eso se llevaba a cabo, ella no tuvo más opciones que reiniciar su vida, pensando en las situaciones que llevaron a Asdrúbal a tomar esas duras decisiones y que la empujaban a ella a hacer lo mismo.

Emigrar no era para todos, los riesgos siempre estaban a la vuelta de la esquina. Se necesitaba de mucho coraje y organización para llevarlo a cabo y evitar tomar caminos peligrosos que terminaran desgastándolos o dejándolos sin nada.

De nuevo reflexionó sobre su intención de emigrar a Noruega, donde solo tenía a una amiga con la que muy poco había interactuado el tiempo en que había estado en España. Retomó comunicación con ella cuando vio que la mujer había publicado en las redes sociales fotografías de su estadía en Noruega.

¿Estaría esa chica dispuesta a ayudarla si algo grave le sucedía viviendo en aquel país?

Ya no se sentía con ánimos de volver a arriesgarse en otro lugar atravesando duras necesidades y carencias, quería estabilidad, deseaba crecer como persona y como profesional.

En España tenía a una «familia», a un grupo de amigos que no dudó en dejar de lado sus problemas para acompañarla a llorar por los suyos y le habían dado no una, sino sus dos manos para sacarla de su aprieto.

Tuvo que recorrer miles de kilómetros para encontrarlos y ahora no podía perderlos. Ellos eran su mayor tesoro.

Reinició su trabajo en el bar de salchichas cuando pudo ponerse en pie, sin sentir que el corazón se le partiría en cientos de pedazos y retomó sus labores lo mejor que pudo tratando de hacer brillar una sonrisa.

En las mañanas, por ahora, había dejado de trabajar para así tener momentos libres que le permitieran pensar en sí misma y reponerse del todo, solo cumplía con sus horas cuidando a Guillermina los miércoles, porque la viejita le resultaba un agradable consuelo.

Los domingos seguía asistiendo a la casa de Malena para cocinar platillos venezolanos y distraerse.

—El pasticho de pollo es más rico que el de carne —comentó Elizabeth mientras picaba pimientos verdes y en referencia a una lasaña de pasta, carne molida en salsa, mozzarella, queso parmesano, jamón y salsa bechamel que preparaban.

—¿Cómo vas a decir eso? Solo a los caraqueños se les ocurre tal cosa —terció Luciana.

—No has probado el pasticho que yo preparo, hasta huevo duro le pongo.

—¡Oh, Dios! —exclamó la joven indignada—. De seguro parece una hamburguesa, porque los caraqueños todo lo hacen con forma de hamburguesa.

Elizabeth no pudo evitar carcajearse, sintiendo dolor en la panza por la risa. Tenía tiempo que no se reía de esa manera y se sintió extraña. Malena y Luciana habían vivido en la zona costera de Puerto La Cruz, en el estado oriental de Anzoátegui, no en Caracas como ella.

—Podemos cocinar la próxima semana una hamburguesa de pasticho de pollo —propuso Malena logrando que su hermana la mirara escandalizada.

—Y la patentamos —agregó Elizabeth a modo de broma—, le vendemos la receta a Giselle para que se haga famosa en su bar y nos hacemos millonarias.

—O la distribuimos nosotras y nos hacemos famosas y millonarias.

La idea de Malena desconcertó a Elizabeth.

—¿De qué hablas?

—¿Por qué no montamos nuestro propio bar?

La pregunta de Malena no solo impactó a Elizabeth, a quien estaba dirigida, sino también a Luciana, a Gabriela y a Alejandro, que jugaba en el extremo contrario de la mesa donde ellas

trabajaban con una consola de videojuegos portátil.

—¿Abrir un bar?

—Puede ser un bar informal, pequeñito y con terraza —expuso Malena retomando su trabajo de hacer puré unos tomates sancochados—. Elaboramos un menú especial usando la temática venezolana para que nos identifique y contratamos a un cocinero de nuestra tierra. Yo me puedo encargar de la contabilidad, la logística y las finanzas, y tú lo gerencias y entrenas al personal. ¿Qué te parece?

Elizabeth quedó sin habla mientras analizaba toda esa información. ¿Un bar suyo? ¿De su propiedad? ¿Gerenciado por ella?

—Tendrías las mañanas libres para estudiar o hacer otros trabajos entrenando a personal de otros negocios, o simplemente, para rascarte la panza.

—Abrir un bar no es cosa fácil. Se necesita de mucho dinero para invertir —rebatíó, algo nerviosa.

—Para eso están los créditos. ¿Cómo crees que hace Sergio para iniciar un negocio? ¿Crees que él saca dinero de su bolsillo?

Elizabeth seguía en shock, no podía creerse que estaba manteniendo esa conversación con su amiga.

—¿Y cómo pagamos esos créditos?

—El bar los pagará. Para eso necesitamos desarrollar un buen plan de negocios, con proyecciones financieras desglosadas por mes. Julián podría ayudarnos, él es experto en finanzas.

La mención de Julián hizo que el corazón de Elizabeth palpitara con emoción, sentimiento que la desconcertó aún más.

—Malena, acabo de gastar parte de mis ahorros con el viaje de mi tío a Chile. No es mucho lo que puedo aportar.

—Elizabeth, tienes un conocimiento valioso que será parte importante del negocio. Sin una buena gerencia del personal y del cuidado de los productos que ofreceremos estamos perdidas. Ya te dije que en cuanto a inversión hay créditos que pueden cubrir buena parte de las necesidades, he estado averiguando de ellos.

—¿Has investigado?! —preguntó sorprendida.

—Claro, desde que estamos con este juego de preparar platillos de nuestra tierra los fines de semana y viendo las hermosas y exquisitas comidas que hacemos, se me ocurrió la idea del bar. —Dejó a un lado lo que hacía para hablarle con mayor atención—. Sergio tiene buenos contactos en entidades financieras y me dijo que podría asesorarnos y recomendarnos.

—¿Hablaste de esto con Sergio?!

—¡Hablo de todo con Sergio! —expuso ofendida.

Luciana y Gabriela se carcajearon.

—Mamá, ¿puedo trabajar en ese bar?

Malena calcinó a su hijo con una mirada salvaje.

—Claro que no, ¿para qué quieres trabajar? Estás muy pequeño para eso, tu trabajo ahora es estudiar y sacar buenas notas.

—Pero tengo cosas que comprarme, necesito dinero —se quejó Alejandro con rostro fastidiado.

—¿Qué tienes que comprar?! Tu padre y yo te damos todo lo que necesitas, si quieres algo solo tienes que decírnos y sacar buenas notas para que te lo ganes.

—¿Ves? Si yo tengo mi propio dinero no tengo que sacar buenas notas para comprar lo que

quiero. Lo hago y ya.

Malena abrió su boca en una O perfecta impactada por lo que decía el chico, pero Alejandro salió rápido de la cocina impidiendo que siguiera la discusión.

—¡Ja! —exclamó indignada—. Ahora este quiere trabajar.

—Pronto tendrá quince años, a esa edad Asdrúbal, mi hermano, tenía novia y casi no paraba en casa —comentó Elizabeth con tristeza, cambiando por completo el clima alegre que se había posado en la cocina.

Malena estiró una mano sobre la mesa para apretar una de ella y así infundirle apoyo.

—¿Cómo van las cosas en Venezuela con el tema de tu hermano?

Elizabeth alzó los hombros como si quisiera restarle importancia al tema.

—Mi tío llega el miércoles con las cenizas y el sábado le harán una misa funeral. Mi tía Mercedes, que vive en Barinas, fue a Caracas por unas semanas para estar con mi madre y me ayudó a adquirir un nicho en un columbario en el cementerio de su ciudad para depositarlo allí.

—¿Se lo llevarán a Barinas?

—Es que mi madre se irá a vivir con ella.

—¿Se mudará por mucho tiempo?

—Así parece. En Caracas ella dice que está muy sola y mi tía, luego de que sus hijos emigraran a Estados Unidos, se siente igual. Su marido trabaja todo el día y ella no tiene con quien hablar, así que decidieron hacerse compañía mutua.

—¿Y tus hermanos? —preguntó Gabriela con curiosidad.

—El menor se irá con una tía paterna que vive en Panamá. Son gente de dinero y de mucho carácter, podrán domar la personalidad conflictiva de ese adolescente. Mi mamá prefiere que se vaya con ella y no se quede en Caracas encerrado en su habitación con su noviecita. Si la embaraza, será un lío monumental.

—¿Y el otro? —quiso saber Malena—. Tienes un hermano de diecisiete años, ¿cierto?

—Mi tío quiere llevárselo a Ciudad Bolívar. Dice que lo pondrá en cintura para que no pierda su juventud. Creo que en parte busca resarcir el error cometido con Asdrúbal, al abandonarlo a su suerte sin aconsejarlo. Se ha sentido muy mal por lo ocurrido, cada vez que hablo con él se deshace en llantos.

—Las culpas y los arrepentimientos son lo único que nos queda luego de las tragedias.

—Es difícil escapar de eso —masculló Elizabeth con pena y en medio de un suspiro.

Malena de nuevo apretó su mano.

—Hay que seguir, amiga. No podemos detenernos. Tu hermano tomó sus decisiones y de seguro tuvo sus motivos, ahora tú tienes que tomar las tuyas.

—Debí estar allí para él —dijo con lágrimas en los ojos.

—Y estuviste —aseguró Malena sin soltarle la mano—. Lo buscaste. Si no hubiera sido por ti, su cuerpo seguiría abandonado en ese lugar, y lo enterrarían en una fosa común, sin lápida y sin nadie que vele por él. Además, de haber llegado antes, ¿crees que lo hubiese convencido de regresar o de hacer las cosas de forma diferente?

Elizabeth la observó un instante, antes de que una lágrima bajara por su mejilla y la obligara a mirar al suelo.

—No. Solo habríamos tenido una discusión. Desde que mi madre nos echó a la calle, él ha tomado sus propias decisiones sin consultar a nadie. Si ve que alguien lo presiona mucho, se aleja, como hizo con mi madre, con mi tío y con su novia. Yo soy un poco igual —confesó con una sonrisa afligida.

Malena se acercó a ella y la abrazó por el cuello cuidando de no llenarla de harina, había

estado amasando.

—El asunto es que tú te topaste con gente más terca que tú. Si te alejas, nosotros te buscamos y te sacamos de donde estés metida para arrastrarte por los pelos de nuevo al camino bueno.

Después de decir aquello, la besó con firmeza en la mejilla, arrancándole una sonrisa.

—Me gané la lotería con todos ustedes —dijo acariciando los brazos de su amiga y recibiendo más besos cariñosos.

—Nosotros nos la sacamos contigo. Tú has sido un gran apoyo para todos nosotros. Para Sergio y para Giselle porque los has ayudado a mejorar sus negocios, para Hugo porque tiene a alguien de confianza cuidando de su bella abuela, para Luciana y para Gabriela porque les has enseñado a ser muy buenas en el trabajo y para mí porque has sido mi mayor soporte y confidente cuando más sola me sentí, y ahora serás mi socia en mi primer emprendimiento personal —dijo con suficiencia, logrando que Elizabeth se emocionara más por esa idea—. Y para Julián...

Otra vez la mención de ese nombre hacía saltar su corazón, le erizaba la piel y despertaba su anhelo. El tema comenzaba a preocuparle.

—Ahí, carajo —exclamó inquieta en medio de un suspiro.

—¿Qué pasa?

La mirada que Elizabeth y Malena compartieron habló más que si se hubiesen dicho miles de palabras. Enseguida Malena comprendió que aquel suspiro tenía nombre y apellido y era producto de un acercamiento que cada vez se hacía más estrecho y profundo, volviéndose imprescindible.

Así se comunicaban las amigas.

—¡Seremos socias! —bromeó Elizabeth para evitar que las otras chicas se percataran de la verdad, ya que sentía cierta vergüenza.

No estaba acostumbrada a que la vieran vulnerable, mucho menos, enamorada.

—¡Claro que seremos socias! —aseguró Malena y dio un golpe a la mesa para sellar esa propuesta.

Esa tarea era lo que ambas necesitaban para seguir creciendo, tomar la dirección de su propio barco y llevarlo a puertos seguros.

Capítulo 28. ¿Y si las cosas salen mal?

Elizabeth preparó la mesa como si fuese a servirle la cena a un distinguido comensal. Sacó el mejor mantel, elaboró un bello ramo de flores frescas, usó los cubiertos de plata y hasta compró una buena botella de vino.

Sirvió en bol de vidrio la ensalada y en otro el pan sazonado con ajo, aceite de oliva y especias, y esperó impaciente.

Para la tranquilidad de sus nervios, Julián subió minutos después. Había estado con el contratista evaluando los últimos arreglos que habían hecho a la planta baja de la casa.

—¿Elizabeth? —preguntó desde la sala.

—¡Aquí! —respondió ella, parada muy firme junto a la mesa, algo nerviosa.

Cuando él entró en la cocina y vio la forma elegante en que ella había arreglado la mesa se sorprendió.

—¿Tienes hambre?

—Sí —respondió él sonriente.

Nunca se le ocurría decir lo contrario después de semejante protocolo y al verla con los ojos brillando de alegría.

—Siéntate —le indicó, y apenas él lo hizo, ella abrió el vino y lo sirvió en las copas.

Enseguida fue a la encimera a buscar las dos cazuelas con el pasticho de carne que ese día había preparado en casa de Malena. El aroma del queso mozzarella y el parmesano inundó el ambiente de forma provocativa.

—Eso huele de maravilla —comentó él impaciente.

—Es una especie de lasaña de carne, pero al estilo venezolano. Usamos una receta de la madre de Malena y ha quedado genial.

—Ustedes se están tomando eso de la cocina venezolana muy enserio —dijo, y olfateó el platillo que habían puesto frente a él fascinado con los aromas que desprendía.

—Comenzó como una diversión para controlar la añoranza, pero se ha vuelto una obsesión —explicó ocupando su puesto junto a él—. Nos pasamos toda la semana planificando lo que haremos el domingo, ha sido muy entretenido.

Julián tomó la copa de vino y la alzó para proponer un brindis. Elizabeth lo imitó dejando relucir la dicha en su rostro risueño.

—Por esas comidas tradicionales que nos acercan más a lo que somos y nos empujan a lo que queremos ser.

Ambos chocaron sus copas y le dieron una probada al vino antes de dárselo al pasticho.

Julián comprimió el rostro en una mueca de deleite y gimió al dar el primer bocado.

—Esto está...

Quedó sin palabras, aunque sus ganas por dar otra probada y sus gemidos decían lo que Elizabeth quería escuchar.

La sonrisa a la mujer se amplió en su máxima expresión, satisfecha con el resultado.

—Esta semana podrás mudarte a la planta baja —informó el hombre sin dejar de comer, apurando los bocados—. Mañana instalarán las lámparas que faltan y Dominga vendrá para comenzar la limpieza. El miércoles llegan los muebles ya con el nuevo tapizado y desde ese día podrás comenzar a trasladar tus cosas.

Elizabeth sintió una gran emoción por la noticia. La idea de tener un piso amplio solo para

ella le aceleraba las pulsaciones.

Nunca había tenido un sitio para sí misma, siempre le tocó conformarse con pequeñas habitaciones o rincones polvorientos, donde debía tener sus pertenencias abarrotadas. Ahora tendría tanto espacio y tan pocas cosas que no sabía cómo empezar a vivir.

Esa semana tendría que ir de compras para adquirir objetos que llenaran su nueva «baticueva» y le concedieran la comodidad que siempre había soñado.

—Es injusto, deberíamos ajustar el precio por el alquiler de ese piso tan grande.

—Ya hablamos de eso —se quejó él con la boca llena y masticó rápido apurando el bocado para hablarle—. No necesito ese dinero, solo quiero que estés tranquila.

—¿Y por qué quieres que esté tranquila?

Aquella pregunta fue con intención. Elizabeth comprendía los motivos que lo empujaban a él a tomar esa decisión, unos que ella no quería seguir ignorando más.

Julián la observó con atención un instante sintiéndose descubierto. Bebió un poco de vino antes de intervenir.

—Te lo mereces. Tienes muchas ganas de comerte al mundo y para eso, necesitas contar con ciertas estabilidades. Yo solo quiero darte una parte de esa base, para que así puedas impulsarte con fuerza.

—Gracias —respondió ella luego de un instante de silencio.

—¿Por qué? —consultó él retomando su comida.

—Por darme el espacio que necesito para desarrollarme. Son muchas las cosas que tengo poner en orden en mi vida antes de *comerme al mundo* —expuso eso último con tono burlón, aunque ninguno de los dos tomaba eso como una broma pasajera.

—Yo también tengo mucho que ordenar —reveló sirviéndose un poco de ensalada—. Pasé mucho tiempo fuera de servicio y ahora quiero reactivarme. Hay cosas que aún debo tratar con la familia de Paulette, así que posiblemente los veas seguido por aquí, y pienso retomar mi trabajo como asesor financiero, al tiempo que saco adelante mi bar. Él ha servido como una distracción necesaria que me ayuda a centrar mis ideas, pero las finanzas son lo mío.

—Qué bueno que vas a retomar tu trabajo antiguo, porque voy a necesitarte pronto.

Julián la observó incrédulo.

—¿Necesitarme? ¿Para qué?

—Para que me asesores —dijo ella con obviedad, sin mirarlo a la cara. Con su atención puesta en su pasticho—. Debo hacer proyecciones financieras para un plan de negocios y no tengo idea de cómo se hace eso.

Él soltó los cubiertos para verla con fijeza, con el desconcierto y la emoción titilando en sus pupilas.

—¿Un plan de negocios?

Ella siguió devorando su comida como si no le diera mucha importancia al asunto, cuando en realidad, estaba ansiosa por comunicarle sus decisiones.

—Malena y yo tenemos la intención de montar un bar con temática venezolana, espero no te moleste la competencia.

Julián soltó toda la tensión acumulada en un resoplido.

—¿No te irás a Noruega?

Elizabeth lo observó con atención.

—Pienso ir a Venezuela, pero de visita por unas semanas para Navidad. Hay asuntos que debo resolver con mi madre y cerrar algunos ciclos. Salí tan a las apuradas hace cuatro años, que siento que no me despedí como era debido. Pero el viaje a Noruega está descartado. Quizás vaya

de vacaciones algún día...

No pudo seguir su relato porque Julián apresó su mano por encima de la mesa. Su cara reflejaba la enorme alegría que experimentaba.

—¿Hablas en serio? ¿Te quedarás en España?

—Por eso es que casi me estás regalando un piso en tu casa, ¿no es así?

Él sonrió con nerviosismo.

—¿Fui muy evidente?

Ella amplió su sonrisa y con sus dos manos se aferró a la de él acariciándola con dulzura.

—Yo también quiero quedarme cerca de ti, para descubrir hasta donde seremos capaces de llegar con nuestra relación. Me gustas muchísimo, más de lo que imaginé que podía sentir por un hombre, por eso no dudé en aceptar tu ofrecimiento. El hecho de que estemos ahora, juntos pero no revueltos, nos ayudará a los dos a estabilizar nuestras vidas antes de que decidamos dar un paso más importante.

—Te daré todo el espacio que necesites, solo quiero que estés bien y que no te vayas de mi lado.

Elizabeth se puso de pie para acercarse a él y Julián apartó un poco la silla de la mesa para permitir que ella se sentara en sus piernas y así abrazarla a gusto.

—¿Y si las cosas salen mal y terminamos odiándonos? —preguntó ella, envolviendo sus brazos en el cuello de él y fijando su enfebrecida atención en los labios del hombre.

—Deja eso de material para otra novela. Ahora vamos a centrarnos en el presente.

Se besaron con arrebato, entrelazando sus lenguas dentro de sus bocas para saborearse con deleite.

Él comenzó a mover sus manos con ansiedad por su cuerpo, colándose por debajo de su blusa y bajo su falda. Buscaba el fuego que emanaba de su piel para quemarse en él.

—¿Puedo encargarme de tu patio? —consultó ella mientras Julián se devoraba su cuello con besos y mordiscos, haciéndola gemir de placer—. Me gustaría hacerlo habitable. En cualquier momento podría salir Tarzán o King Kong y darme un buen susto.

—Construye un parque de diversiones allí si así lo deseas —expuso antes de tomarla por la cabeza para obligarla a mirarlo a los ojos, fundiendo sus miradas apasionadas—. Haz conmigo lo que quieras, solo... no me abandones —suplicó antes de morder su labio inferior.

—Que conste que tú lo pediste —dijo Elizabeth a modo de broma antes de hundirse de nuevo en su boca, cumpliendo así el deseo de él... y de ella.

Quería disfrutar al máximo el presente sin pensar mucho en el futuro, dejando que sus corazones recuperaran juntos el ritmo por la vida.

Sin parar de amarse se fueron a la cama para desbordar la pasión que los invadía.

Sobre la mesa quedaron las ideas y las nuevas propuestas. Ya tendrían tiempo de hablar de ellas y de hacer sus sueños realidad.

Capítulo 29. Difícil de controlar.

Elizabeth pasó como un rayo a la cocina y tomó las dos bandejas ya dispuestas sobre el mesón que contenían arepas con diferentes rellenos, chichas, jugos con zumo de frutas, empanadas y tequeños de queso. Todas comidas venezolanas.

Atravesó el bar hasta llegar a la terraza, donde los comensales la esperaban ansiosos y con sonrisas anchas marcadas en los rostros.

—Aquí tienen, mis amores. Disfruten la comida. —El grupo no esperó a que ella apoyara las bandejas en la mesa para atacar los platos. La mujer sonrió divertida—. Si necesitan algo más, me avisan.

—¿Podrías traer más salsa de ajo para echarle a las empanadas?

—Iré por ella.

De nuevo entró como un rayo en el bar y se llegó a la cocina. Malena colocaba queso blando a unas cachapas que un cliente había solicitado. La ayudó a culminar el *emplatado* decorando con salsas.

—¡Hoy ha sido una locura! —expuso Malena.

El negocio que juntas había fundado, meses después de haberlo conversado, resultó todo un éxito desde su inauguración.

Los primeros días se llenaba gracias a amigos. Sergio, Julián, Hugo y Giselle corrieron la voz entre los clientes de sus respectivos negocios y con sus conocidos, llevándoles un flujo de personas que les abarrotaron el pequeño establecimiento instalado en pleno centro de Valencia.

Luego los clientes fueron llegando de manera voluntaria, atraídos por el aroma de los deliciosos platillos que ofrecían.

Ahora, semanas después de haber abierto, había días en que no se daban abasto. Eso obligaba a Malena y a Elizabeth, quienes solo organizaban el trabajo y supervisaban al personal, a ponerse los delantales y ayudar con la atención y la preparación de los platillos.

—No te quejes, hace un par de horas abrimos. Aún no ha llegado la hora crítica —la regañó Elizabeth y pasó a decorar una bandeja de patacones de pollo que habían puesto sobre la mesa, para que la mesera lo llevara a quien lo había solicitado.

—¡Chicas, chicas! Un influencer gastronómico se acaba de sentar en una de las mesas del bar. No ha pedido nada, pero comenzó a grabar un video en vivo hablando del ambiente que hay dentro del negocio —informó Luciana al acercarse a las carreras, seguida por Gabriela, quien se veía pálida por los nervios y abrazaba una bandeja vacía como si esta pudiera protegerla de algún peligro.

—¿Qué hacemos?! —preguntó Malena horrorizada y se asomó por la ventana que daba al interior del local para ubicar al fulano influencer.

—Mantengan la calma —exigió Elizabeth con firmeza—. Boris, prepárame una tapa variada con todos los productos principales del bar —ordenó a uno de los chef.

Recibió una respuesta positiva inmediata y vio como el hombre se afanaba con la preparación ayudado por un asistente.

—Gabriela, sirve un vaso de chicha pequeño y un jugo de guayaba. Luciana, prepara un café con crema y que le dibujen un teléfono móvil y una carita feliz. Malena, trae muestras de torta tres leches, dulce de lechosa y una cerveza bien fría —comenzó a lanzar instrucciones observando satisfecha como todos corrían para cumplirlas.

Le pidió a uno de los meseros que llevara al grupo ubicado en la terraza no solo la salsa de ajo que habían pedido, sino dos variedades más así como unos tequeños adicionales.

Cuando terminó de decorar toda la comida solicitada, se acercó a la mesa del influencer acompañada por Malena, que se mantenía tras ella algo nerviosa.

El joven, que había asistido solo, hablaba con su audiencia a través de su teléfono móvil con un carisma desbordante mientras otros clientes también lo grababan.

—¡Vaya, pero miren todo lo que me han traído! —comentó el joven sorprendido cuando ellas comenzaron a dejar la comida en su mesa—. ¡¿Es todo para mí?!

—Y no puedes dejar nada. Te lo comerás todo —bromeó Elizabeth frente a la cámara. El chico hizo una exclamación de felicidad y comenzó a evaluar la comida.

—¡Miren toda esta belleza! —expresó antes de mostrar a su audiencia cada uno de los platos, al tiempo que las interrogaba a ambas sobre la preparación de los alimentos, sus recomendaciones y sus apreciaciones por el gran éxito que estaba teniendo su negocio.

—Me voy a desmayar —exclamó Malena horas después al llegar a la cocina y poder quitarse los zapatos.

Ese día no había parado de caminar de un lado a otro con los tacones puestos para que el bar no perdiera su ritmo. Aunque el influencer ya se había ido, el flujo de clientes continuaba acelerado.

—A partir de mañana me vengo con las zapatillas —aseguró y estiró la espalda para hacer sonar sus huesos.

—Lleven más café a la mesa dos y repongan las salsas y las servilletas en las mesas de la terraza —siguió ordenando Elizabeth—. Preparen más pudín de parchita y más masa para cachapas. Es lo que más han pedido hoy.

—¡Mujer, respira! —le pidió Malena con una sonrisa.

—Lo haré cuando llegue a casa —dijo enfocada en decorar una bandeja con variadas muestras de arepas de diferentes rellenos.

—¡Chicas! —volvió a gritar Luciana al entrar a las carreras a la cocina—. ¡Otro influencer!

—Maldición —mascó Malena y se puso de nuevo los zapatos.

—Y afuera hay dos más grabando en la entrada del bar, aunque no sé si van a entrar —informó Gabriela—. Parece ser que la visita del primero los atrajo.

—Y ellos atraerán a más clientes —dedujo Elizabeth y de nuevo comenzó a lanzar órdenes a todos para atender con prontitud cada una de las situaciones presentadas.

Horas después, cuando ya todos los comensales se habían marchado, el bar estaba limpio y los empleados se despedían para marcharse, ella se giró hacia Malena. La mujer se derrumbó en una silla luego de quitarse los zapatos como si la hubiesen golpeado con fuerza en el rostro.

Se detuvo frente a su amiga con las manos apoyadas en las caderas.

—¿Ya estás muerta?

—Por favor, crema mi cuerpo y espárcelo en el Cañón de Churún, para que se mezcle con el agua.

Elizabeth torció los ojos con fastidio. Su amiga se refería al Cañón donde estaba ubicado el Salto Ángel, en la meseta del Auyantepuy venezolano, la cascada más alta del mundo con una caída vertical total de 979 metros (3.212 pies).

—¿Estás loca? Ahora no puedo viajar a ningún lado, el negocio recién comienza. Si te mueres te guardo en una de las neveras hasta que pueda ocuparme de tu cuerpo.

Malena la observó ofendida y estuvo a punto de insultarla por ser tan insensible cuando

escuchó un grito.

—¡Llegó Sergio! —anunció Luciana.

Malena tomó los zapatos y corrió descalza a su encuentro.

—¡Vaya, la muerte te duró muy poco! —bromeó Elizabeth y dio una última mirada al local antes de seguirla para asegurarse que todo estuviese cerrado, apagado y guardado.

Al terminar su supervisión, salió al estacionamiento para cerrar el local. Una sensación de dicha y satisfacción se le mezclaba con el cansancio en el pecho.

Al fin se sentía estable, con un rumbo qué seguir, complacida con los logros que obtenía a pesar del desgaste físico y mental que experimentaba.

Al menos, toda aquella inversión de energías estaba centrada en algo suyo, porque su nombre estaba impreso en el documento de propiedad de aquel negocio.

Por primera vez en su vida sentía el trabajo con un gusto sabrosito en los huesos, que al terminar el día no le dejaba depresiones y enfados, sino sonrisas y más ansiedades. Deseosa porque amaneciera pronto para regresar a seguir dejándolo todo en aquel lugar.

Al darse la vuelta, halló a su segunda mayor alegría. Julián la esperaba con paciencia junto a su auto.

También tenía un aspecto agotado, ya que venía de haber pasado la noche en su bar ubicado a varias calles de distancia, pero con la satisfacción refulgiendo en sus pupilas mezclada con el amor.

—¿Cómo estuvo el día?

—Terrible —bromeó ella y lo abrazó con fuerzas fundiendo sus bocas en un beso reparador—. Ahora tengo ganas de ti —susurró y mordió con sensualidad su mandíbula y cuello.

—Entonces, vamos a casa —expresó él mientras la apretaba contra su cuerpo en un abrazo irrompible y gemía por los besos que ella dejaba regados en su piel.

Para detenerla, apretó su puño en sus suaves risos y echó hacia atrás su cabeza para apoderarse de su boca y devorarla a placer, arrancando en la mujer jadeos ávidos.

—Vámonos ya —ordenó el hombre al sentir que todo su ser se tensaba hasta el extremo por culpa de los sonidos eróticos que la mujer emitía.

Subieron al auto sin dejar tocarse y de compartir besos dulces. El amor que sentían el uno por el otro les resultaba difícil de controlar.

Capítulo 30. Pinta tus cicatrices con oro.

Dos años después, Elizabeth aterrizaba en Oslo bajo un sol radiante. Con lo poco que la mujer veía a través de la ventanilla del taxi quedó fascinada, no paraba de tomar fotografías con su móvil.

La arquitectura y la naturaleza que se presentaba en esas tierras, para ella, poseían una belleza singular, casi mágica.

No sabía si había sido por el *jet lag* o por lo que veía de aquel país, pero sentía que caminaba en las nubes. Le resultaba irreal haber logrado realizar aquel viaje sola, una experiencia que necesitaba para terminar de conocerse a sí misma y avanzar.

Se dirigió a Stavanger, una región al sur de los fiordos, y pronto llegó al edificio donde la esperaba la joven con la que semanas antes se había comunicado por internet.

Solfrid era una antropóloga noruega que había vivido varios años en Argentina realizando estudios de su carrera, por eso hablaba un español fluido. Ofrecía hospedaje a mujeres turistas y un paseo guiado por la ciudad.

Elizabeth investigó sobre sus referencias y, motivada por las excelentes reseñas de sus anteriores clientes, contrató sus servicios por una semana. Por eso estaba allí, parada en medio de la sala diminuta cuyos ventanales ofrecían una mirada idílica a un parque cementerio antiguo que albergaba a algunas personalidades famosas de aquel país.

No solo fue recibida por Solfrid, sino también por Selma, una perrita bulldog francés que con gran entusiasmo se lanzó sobre sus piernas para darle una alegre bienvenida.

Luego de merendar con la mujer y escuchar sus recomendaciones, se encerró en su habitación a responder los miles de mensajes que tenía en su teléfono móvil.

Malena le exigía que le diera una prueba de vida cada media hora. Luciana, Gabriela y Giselle pedían que les enviara fotografías de todo lo que veía. Hugo y Sergio no paraban de darle instrucciones para que no se metiera en problemas y Olivia le enviaba videos de Guillermina, donde la viejita le contaba sobre los nuevos dramas de los vecinos mientras su gato Lolo se atravesaba a cada segundo frente a la cámara del móvil reclamando atención.

El chef del bar venezolano le mandaba fotografías de los empleados haciendo su trabajo sin equivocarse y de las mesas limpias y ordenadas, para que ella se percatara que podían sobrevivir una semana solos sin destruir o incendiar el lugar.

No pudo evitar responderle con un montón de órdenes y advertencias. Eso no solo era parte de su personalidad, sino que aquel emprendimiento se había convertido en su motivo de vida. Ni estando lejos se desconectaba de él. Amaba su trabajo y por él daba lo mejor de sí.

Su madre también le había escrito desde Venezuela. Ya no le hacía asfixiantes exigencias o mantenía con ella discusiones agobiantes. Desde la última vez que se habían visto en su país, un año atrás, la relación entre ellas comenzó a fluir de una forma más respetuosa y amigable.

Felicia ahora vivía con su hermana en Barinas y trabajaba con ella para una cooperativa textil donde confeccionaban uniformes que vendían a empresas y organismos del estado. Haber cambiado de ambiente y tener una ocupación que distrajera a su cabeza de los problemas, la ayudó a mejorar su actitud y su forma de ver y enfrentar al mundo.

Ahora se mostraba más comprensiva, y hasta colaborativa, preocupada de verdad por sus hijos. Siendo incluso, una persona mucho más agradable.

Con rapidez respondió a todos, feliz de tener a tantas personas preocupándose por ella. Eso

impedía que se sintiera sola. Luego se enfocó en su necesidad más apremiante: comunicarse por videollamada con Julián.

Cuando él atendió la llamada y ella pudo ver su rostro atractivo y sonriente en la pantalla, el corazón le estalló en el pecho por la alegría y un oleaje de deseo se expandió por su cuerpo, excitándola.

Lo único que lamentaba de haber viajado sola, era no tener a ese hombre a la mano para hundirse en la profundidad de su boca y quedar oculta entre el calor de sus brazos.

—¡Ey, ¿qué tal tus primeras horas como mochilera? —preguntó él divertido, con el brillo del deseo y la ansiedad refulgiendo en sus ojos.

También la extraña y ansiaba tenerla siempre consigo, pero sabía que ella necesitaba de esos momentos de privacidad para reconciliarse consigo misma.

—Increíbles. Me siento tan extraña que no sé cómo describirlo, me parece que estoy viviendo en un sueño.

—Es común. Todo resulta maravilloso cuando lo disfrutas de verdad.

—Sí. Es mi primer viaje por diversión, no para huir de algo o cumplir con alguna responsabilidad. Esta vez, no vomité en el avión, aunque sí sentí un desgarre.

—Te liberas de miedos. Si no nos desprendemos de ellos es difícil avanzar.

Ella lo miró conmovida, feliz de que pudiera entenderla tanto. Cuando decidió realizar aquel viaje, su primera experiencia en solitario y solo como esparcimiento, él al principio se mostró asustado.

Era un hombre sobreprotector, acostumbrado a mantener bajo un férreo control todo a su alrededor, pero desde que estaba con ella aprendía a soltar ataduras.

Entendía que, al dar libertades, se las concedía a sí mismo y así evitaba vivir menos agobiado por responsabilidades y culpas. Disfrutaba más de lo que hacía concediendo a otros un poco de autonomía.

Dejarla ir sola fue como la prueba final que debía atravesar. Cuando ella viajó a Venezuela, la acompañó, porque el viaje le permitiría entenderla más al conocer a los suyos y el ambiente donde se había criado. Además, quería presentarse en persona ante su madre, no a través de una pantalla de teléfono. Pero aquella experiencia era diferente.

Cuando Elizabeth le informó que deseaba viajar sin compañía a Noruega, el miedo le atenazó todo el organismo. Su temor a perderla y a volver a la oscuridad que lo había asfixiado en el pasado le palpitó en las sienes.

Sin embargo, ella lo ayudó a que entendiera su necesidad logrando que el hombre manejara sus miedos y se desprendiera de ellos para apoyarla.

En parte, él también requería de ese tiempo a solas. Necesitaba ponerse al día consigo mismo y terminar de desechar las emociones y costumbres tóxicas que poseía.

—¿Y qué tal Solfrid? —preguntó Julián.

—Genial, es muy dulce y atenta. En una hora saldremos a dar una caminata por los alrededores. ¡Vamos a recorrer el cementerio! —dijo emocionada.

El hombre sonrió divertido.

—No entiendo cómo te atraen tanto esos lugares sombríos.

—Siento especial interés por todo lo misterioso y melancólico. Por eso terminé enamorada de ti desde el primer momento en que te vi.

Una mezcla de alegría y sorpresa se dibujó en el rostro de él al escuchar esa confesión. Elizabeth ya le había dicho cientos de veces que lo amaba, igual que él a ella, pero no podía evitar emocionarse como un niño cada vez que lo repetía.

Aún le parecía sorprendente que una mujer como ella, tan radiante y segura de sí misma, se fijara en un sujeto tan desequilibrado como él.

—¿Me estás comparando con un cementerio? —preguntó con fingida indignación.

Las carcajadas de la mujer a Julián le hicieron latir el corazón con fuerza y aumentaron su añoranza.

—Solo digo que para mí eres algo fascinante. Un reto que estoy dispuesta a asumir hasta el final.

—¿Estás segura? ¿Llegarás hasta el final conmigo? —quiso saber, sin poder evitar que los nervios de nuevo lo atenazaran.

Elizabeth alzó su mano izquierda para mostrarle el anillo de compromiso que meses antes él le había entregado, en una ceremonia privada y bastante cursi que a ella le arrancó muchas risas, pero también, lágrimas de felicidad. Y que culminó con una larga sesión de sexo sobre la mesa de la cocina.

—Ya no tiene escapatoria, jefe. Nada lo librará de mi influjo hasta que la muerte nos separe.

Julián sonrió satisfecho. Le gustaba que ella siguiera llamándolo «Jefe» en la intimidad, como cuando trabajaban juntos en el bar que Sergio y él habían fundado. Aquella palabra solía preceder a sus momentos más ardientes y amorosos.

Era la clave que Elizabeth utilizaba para indicarle que el hambre por él la sobrepasaba.

—Maldición, ¿por qué estás tan lejos? —se quejó arrancando más risas en ella.

—Te prometo que cuando vuelva, te compensaré.

—Me encargaré de que cumplas esa promesa.

La mujer sintió un nuevo estallido de felicidad en su pecho. Con Julián siempre pasaba. Se sentía tan dichosa a su lado que no podía disimularlo.

Hablaron unos minutos más para jurarse amor eterno e idear su futura boda en una playa del caribe venezolano hasta que ella decidió cortar la llamada. Debía prepararse para su primer paseo por Oslo.

Estaba emocionada por dar ese paso en su vida, por disfrutar consigo misma de las delicias de la libertad.

Atravesó infinidad de dolores y miedos antes de hacer ese viaje, derramó demasiadas lágrimas y soportó muchas crueldades, pero ahora estaba allí, de pie, sintiéndose una mujer fuerte y renovada.

Una a quien la adversidad no había doblegado y a quien el amor enaltecía.

Ya no se sentía fragmentada, sino una sola entidad dura y decidida. Sus partes se soldaron y, aunque algunas heridas seguían visibles, ya no sangraban.

Ella las había pintado con oro para que demostraran que era irrompible.

¿Te gustó?

Espero hayas disfrutado de esta romántica historia.

¿Puedes regalarme una RESEÑA en la página de Amazon?

También te invito a visitar mi [**TIENDA**](#) donde encontrarás más novelas de mi autoría, tanto new adult como de romance contemporáneo, juveniles, de suspenso y comedia. Todas disponibles en Kindle Unlimited.

Te recomiendo:

[**DOS AMORES Y UN DESTINO**](#)

[**HIJOS DE PECADO. UN ROMANCE PROHIBIDO**](#)

[**LA HEREDERA**](#)

[**SÉ MI CHICA**](#)

¡No dejes de leerlas!

Si quieres formar parte de mi comunidad lectora (y escritora) suscríbete en el siguiente enlace: [**http://eepurl.com/budMpH**](http://eepurl.com/budMpH) o escríbeme a mi correo [**jonairacampagnuolo@gmail.com**](mailto:jonairacampagnuolo@gmail.com). Me encantará conocer tu opinión sobre la lectura.

Un abrazo.

SOBRE LA AUTORA

Jonaira Campagnuolo, escritora de novela romántica que nació una tarde de febrero en la ciudad venezolana de Maracay, pero ahora reside en Argentina, con su esposo y sus dos hijos. Es amante de los animales, la naturaleza y la literatura. Desde temprana edad escribe cuentos que solo ha compartido con familiares y amigos. En la actualidad se dedica a escribir a tiempo completo y a dictar talleres de escritura.

Sígueme en mis redes sociales:

Instagram: [@jonairacampagnuolo](#)

Twitter: [@jonaira16](#)

Facebook: [JonairaCampagnuoloAutor](#)